

MARCO POLO

VIAJES POR LA TIERRA DE KUBLAI KHAN



EL
GRAN
KHAN ES EL
E MÁS PODERO
NDO EN SÚBDITO
ESOROS, MÁS QUE NIN
NUESTRO PRIMER PADRE ADÁN; Y LOS QUE LE EST
ÁN SOMETIDOS ACEPTAN SU PODER CON TAL OBEDIE
NCIA COMO NUNCA SE HA VISTO, NI SIQUIERA BAJO
EL GOBIERNO DE LOS MÁS ANTIGUOS REYES EL GRA
N KHAN ES EL HOMBRE MÁS PODEROSO DEL MUNDO
EN SÚBDITOS, TIERRAS Y TESOROS, MÁS QUE NINGÚN
OTRO DESDE NUESTRO PRIMER PADRE ADÁN; Y LOS
QUE LE ESTÁN SOMETIDOS ACEPTAN SU PODER CON
TAL OBEDIENCIA COMO NUNCA SE HA
ERA BAJO EL GOBIERNO DE LOS MÁS AN
ES EL GRAN KHAN ES EL HOMBRE M

HOMBR
SO DEL MU
S, TIERRAS Y T
GÚN OTRO DESDE



ESPA
PDF

Tras dejar una profunda influencia en la visión que la Europa medieval se formó del mundo, esta narración de las asombrosas experiencias de un comerciante veneciano del siglo XIII en la corte del gran líder mongol Kublai Khan sigue siendo uno de los más fascinantes relatos de aventuras jamás escritos.



Marco Polo

Viajes por la tierra de Kublai Khan

ePub r1.0

Un_Tal_Lucas 15.09.16

Título original: *Le divisament dou monde, Il Milione, Viajes* (Extractos)

Marco Polo, 1324

Traducción: Juan Barja de Quiroga

Editor digital: Un_Tal_Lucas

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

El camino a Catai

Donde trata de los Khanes que reinaron tras la muerte de Gengis Khan

Habéis de saber que después de Gengis Khan fue Kui Khan quien ostentó la Señoría; y Batú Khan fue el tercer Señor; Oktai Khan, el cuarto; Mongú Khan, el quinto, y Kublai Khan, el sexto; este último fue más grande y poderoso que ninguno de los anteriores. Y ni siquiera los otros cinco juntos hubieran podido reunir tanto poder como Kublai, pues éste ha heredado cuanto los otros

tenían, y mucho más le añadió, habiendo permanecido más de sesenta años en el trono. Por eso puedo asegurar que todos los emperadores y reyes del mundo reunidos, tanto cristianos como sarracenos, no podrían igualarle en poderío, pues Kublai Khan en todo los supera, siendo Señor de todos los tártaros del mundo, de los de Levante y de los de Poniente, todos son súbditos y servidores suyos. Por lo demás, la palabra Khan quiere decir en nuestro idioma emperador. Y todo a lo largo de este libro iréis viendo con perfecta claridad su enorme y gigantesco poder.

Tienen allí la siguiente costumbre: que todos los emperadores de los

tártaros, descendientes en línea directa de Gengis Khan, una vez muertos son conducidos a enterrar hasta una gran montaña llamada Altai. Hacen esto aunque su muerte se produzca a más de cien jornadas de distancia; pues está dispuesto que sólo puedan ser enterrados en aquel lugar. Sabed también que cuando los cuerpos de estos emperadores son transportados hasta la montaña, aunque se encuentren a cuarenta o más días de distancia, quienes los llevan van dando muerte con su espada a todo aquel que se cruza en su camino. Y matándolos dicen: «Así serviréis en el otro mundo al Gran Señor». Y lo creen firmemente; hacen lo

mismo con los caballos que encuentran, así calculan cuántos tiene el Señor en el más allá, pues a su muerte matan para él los mejores caballos, camellos y mulas que tenía. De este modo, cuando falleció Mongú, el quinto Khan, mataron a más de veinte mil personas a lo largo de la ruta, según se iban cruzando con el cuerpo que llevaban a enterrar.

Ya que hemos comenzado a hablar de los tártaros, añadiré que suelen criar muchos rebaños de vacas, ovejas y caballos; y que nunca los mantienen en el mismo lugar, sino que en invierno se dirigen hacia las llanuras y sitios cálidos, donde pueden encontrar ricos herbazales y buenos pastos para su

ganado; en cambio, en el verano, se van a vivir a los lugares fríos, a unas montañas y valles en los que encuentran agua, madera y buenos pastos para sus animales; como viven en lugares de baja temperatura, tanto ellos como sus rebaños, se ven libres de moscas, mosquitos y otros insectos; avanzan así durante dos o tres meses, subiendo siempre hacia los lugares más elevados y siguiendo la ruta de los pastos, pues si se quedaran siempre en el mismo lugar no tendrían hierba suficiente para la gran multitud de sus rebaños. Viven en pequeñas casas con forma de tienda, redondas y construidas con largas varas, recubiertas de pieles; llevan estas

tiendas consigo cuando se desplazan, en carros de cuatro ruedas. Y colocan con tan buen orden las largas varas que digo, que, reunidas en un haz, pueden transportarlas con facilidad a donde les plazca. Y siempre que extienden y enderezan sus viviendas, colocan la puerta en dirección a Mediodía. Tienen también otras magníficas carretas, de dos ruedas, cubiertas de fieltro negro, tan bueno y bien dispuesto que aunque llueva durante todo un día el agua no puede mojar nada de cuanto va en su interior. Usan como animales de tiro bueyes o camellos. Y en el interior de estas carretas llevan a sus mujeres, y a sus hijos, y todos cuantos víveres e

instrumentos necesitan. Así van donde quieren, llevando siempre consigo su propia casa.

Las mujeres tártaras compran, venden y hacen todo cuanto precisan su familia y su marido. No son una carga, pues obtienen grandes beneficios con su trabajo. Son además muy previsoras en cuanto concierne a su familia y muy cuidadosas preparando las comidas; realizan todas las labores domésticas con gran diligencia. Sus maridos dejan la casa enteramente a su cuidado y no se ocupan sino de la caza, de la guerra y de la cetrería; pues, igual que los Señores de nuestra tierra, son muy amantes de los halcones y azores, y toman de ellos gran

placer. Son los suyos los mejores halcones del mundo, igual que sus perros. Se alimentan de caza, leche y carne; y comen también unos animalitos semejantes a los conejos, de los que en nuestra tierra llaman *ratas del faraón*^[1], que son allí muy abundantes y viven bajo tierra. Comen también carne de caballo, de perro, de yegua y de camello, y beben la leche de sus camellas y burras. Toman, en general, todo tipo de carnes.

Por nada del mundo cortejarían a las mujeres ajenas, pues lo tienen por algo extraordinariamente malvado y deshonesto. La fidelidad de los maridos para con sus esposas es extraordinaria, y

sus mujeres son tan virtuosas que aunque sean diez o veinte, reina entre ellas una paz y una unión inestimables, sin maltratarse jamás, ni siquiera de palabra; todas se preocupan mucho, como dije, por sus propios negocios, apasionándose por vender, comprar y ocuparse de todo lo que les corresponde: de la vida de la casa y del cuidado de la familia y de sus hijos; suelen tener mucha descendencia.

Éstas son, a mi juicio, las mujeres más admirables del mundo por sus virtudes y se hacen dignas de las mayores alabanzas por su castidad, ya que sus maridos pueden tomar tantas esposas como quieran, lo que ha de

asombrar enormemente a las mujeres cristianas de nuestros países, pues cuando un hombre no tiene sino una sola mujer debería reinar en ese matrimonio una fidelidad y castidad extremas, so pena de profanar tan noble sacramento. Por esto me parece indignante ver la infidelidad de las mujeres cristianas comparadas con aquéllas, que siendo hasta un centenar de esposas para un solo hombre se mantienen siempre virtuosas y guardan su honor para gran vergüenza de todas las demás mujeres del mundo. En verdad que aquellas mujeres son las más castas del mundo, las más leales y las mejores para con sus maridos.

Los matrimonios se celebran de la siguiente forma: cada uno puede tomar tantas mujeres como le plazca, hasta cien mujeres, si puede mantenerlas. Los hombres conceden a su mujer y a su suegra una pensión cuando se casan, mientras que la mujer nada entrega al marido. Y siempre consideran a la primera de sus esposas como la más respetable y la mejor de todas; y la misma consideración tienen por los hijos de ésta. Tienen muchos más hijos que los demás hombres, a causa de la gran cantidad de esposas, y es admirable ver cuántos hijos puede llegar a tener un solo hombre; es decir, uno de aquellos que puede mantener muchas mujeres. Se

casan también con sus primas y cuando uno muere, el hijo mayor toma por esposas a todas las mujeres de su padre, excepto a su madre y sus hermanas. Igualmente toma por esposa un hermano a la mujer de su hermano muerto. Y al casarse hacen grandes bodas, con mucha fiesta y gran número de invitados.

Donde trata del dios de los tártaros y de su fe

Ésta es su ley: dicen que existe un Dios celeste, grande y sublime, al que diariamente, honrándolo con incienso, no piden sino salud y buen juicio en

todas las cosas. Y tienen otro dios, llamado Natigai, dios terrenal, que cuida de sus mujeres, de sus hijos, de sus animales y de sus cosechas. También a éste le dedican grandes honores y devoción, manteniendo su imagen en el lugar preferente de la casa. Este dios está confeccionado de trapo y fieltro; y como creen que tiene mujer e hijos hacen una imagen femenina, también de trapo, y dicen que es la esposa del dios; y haciendo otras imágenes, más pequeñas aún, dicen que son sus hijos. Colocan la mujer a la izquierda del dios y ante ellos los hijos, haciendo reverencia a la pareja; estas imágenes van muy decentemente cubiertas, y a

todas las colman de honores y atenciones. Antes de la comida o de la cena toman grasa de la carne, y con ella ungen la boca del dios, de su mujer y de sus hijos; y después, con agua hirviendo, les lavan la boca; en honor de los restantes espíritus arrojan el agua ante la puerta de la casa o de la habitación donde está el dios. Y en cuanto han hecho esto, considerando que el dios y su familia ya han tenido su parte, comen y beben cuanto les place.

Beben leche de yegua, mas saben prepararla de tal forma que parece vino blanco, de exquisito sabor; y le llaman en su idioma *chemis*.

Así son sus vestidos: los más ricos y

nobles visten paños de oro y seda bajo el manto, y se abrigan con pieles de armiño, marta cibelina y zorro, y otras muchas, todo con mucha riqueza; todos sus atuendos y ropas de piel van bellamente bordados, y son de mucho valor.

Sus armas son arcos y flechas, espadas y mazas, lanzas y hachas, pero utilizan especialmente el arco, pues son magníficos arqueros, los mejores del mundo, y desde muy niños practican con sus flechas. Se revisten el cuerpo con una armadura de cuero de búfalo, o de otro animal similar, y la hacen muy gruesa, hirviendo el cuero hasta que queda muy duro y resistente.

Son buenos y valerosos guerreros, teniendo en poco la vida y exponiéndola sin miramientos a todo tipo de riesgos. Son también muy crueles, y por lo que ahora os diré comprenderéis que tienen una resistencia superior a la de cualquier otro hombre. Cuando el Ejército se pone en marcha, sea para ir a la guerra o por cualquier otro motivo, aceptan sus trabajos gustosos y con más bravura que nadie; en caso necesario pueden caminar o permanecer todo un mes sin otro alimento que la leche de una yegua y la carne de los animales que puedan cazar con sus arcos. Sus caballos pastan, mientras caminan, cualquier tipo de hierba que encuentran

a su paso, de modo que no precisan llevar consigo avena, paja o heno. Son muy disciplinados y obedientes a su Señor, y en caso necesario pueden mantenerse a caballo dos días con sus noches sin apearse nunca; así permanecen a caballo la noche entera, cargados con sus armas duermen sobre el caballo y éste avanza mientras va pastando la hierba que encuentra al borde del camino. Estos hombres trabajan duramente y son los mejores del mundo en soportar fatigas, haciendo muy poco gasto y contentándose con comer muy pequeña ración; ésta es la razón por la que son superiores a todos los demás en el arte de conquistar ciudades, tierras

y reinos poderosos. Y así, como todo el mundo sabe, y ya lo habéis oído a lo largo de este libro, estos antiguos siervos son ahora señores del mundo.

Se organizan tal y como ahora voy a explicar. Cuando un Señor tártaro va a la guerra lleva consigo cien mil jinetes, y ordena a su tropa del siguiente modo: nombra a un jefe para cada decena, otro para cada centenar, otro para cada millar, y otro jefe aún para cada diez mil hombres; de esta suerte, sólo con estos diez últimos, forman su consejo. A su vez los que son Señores de diez mil hombres consultan con otros diez hombres sus órdenes; el Señor de una centuria ordena a otros diez, y así, cada

uno de ellos es responsable ante su jefe. Los diez jefes de diez hombres responden ante un jefe de cien, los diez jefes de cien, ante un jefe de mil, y los diez jefes de mil ante un jefe de diez mil; así cada oficial, sin excesiva fatiga ni complejidad, sólo tiene que controlar a diez hombres; esto permite una organización extraordinaria. Cuando el Señor de los cien mil hombres desea, por alguna razón, enviar a una compañía para cumplir una misión cualquiera, ordena a un jefe de diez mil que le entregue mil hombres; éste ordena a los jefes de millar que le den una cuota parte cada uno, es decir cien hombres; los jefes de mil dan la orden a los jefes

de cien, y éstos ordenan a su vez a los jefes de diez hombres que le entreguen un guerrero cada uno; así se forma una compañía de mil hombres. Como cada jefe de diez sabe siempre el porcentaje que tiene que suministrar, y lo mismo los centuriones, y lo mismo los jefes de mil hombres, es muy sencillo elegir mil hombres entre diez mil. Realizan esto con tal organización que todos son enviados en misión por igual, cuando les corresponde. Y una vez elegidos, todos obedecen de inmediato, cumpliendo lo que les ordenan con una exactitud superior a la de cualquier otro guerrero. Cada agrupación de cien mil hombres se llama en su lengua un *tuc*, y cada una de

diez mil un *toman*. Todo el Ejército se organiza por millares, centurias y decenas, tanto si se trata de un ejército grande como de uno pequeño.

Cuando el Señor, junto con sus tropas, va a conquistar alguna ciudad o algún reino, sea en terreno llano o en las montañas, envía siempre doscientos hombres dos jornadas por delante, para que vayan reconociendo el país y sus caminos; otros tantos, y a la misma distancia, los pone a sus costados y a su retaguardia; de este modo tienen vigilancia en las cuatro direcciones. Así el Ejército no puede ser atacado por parte alguna sin llegar a saberlo. Cuando hacen mucho camino no llevan arnés ni

ninguna cosa para dormir. Viven, durante la mayor parte de la campaña, sólo de leche, como dije; llevan consigo unos dieciocho caballos y yeguas por guerrero, de modo que cuando una montura está fatigada por el largo camino, cambian de caballo. No llevan consigo víveres, salvo uno o dos pellejos de cuero, en los que guardan la leche; lleva también cada uno una pequeña piñata, o sea, una olla de barro, en la que cuecen la carne. Mas si cuando cazan un animal no tienen pote, lo matan; y tomando su caparazón, lo vacían para verter agua en su interior; cortan después en trozos la carne que quieren cocer y la echan dentro del caparazón

lleno de agua, después lo ponen al fuego y lo cuecen; una vez cocido se comen toda la calderada. Llevan también consigo una pequeña tienda de fieltro, bajo la que duermen cuando llueve.

Algunas veces, cuando la urgencia de una empresa les obliga a realizar apresuradamente una larga marcha, pueden cabalgar más de diez jornadas sin tomar carne cocida y sin hacer fuego, pues la cocción de los alimentos retrasaría su avance; prescinden si es necesario de tomar frutos y en muchas ocasiones, faltos de vino o agua, sobreviven bebiendo la sangre de sus caballos; hacen esto de modo que cada uno, picando en una vena a su caballo

pega a ella la boca y bebe de su sangre hasta saciarse; y entonces la dejan que otra vez se coagule, cerrándose la herida. Llevan con ellos sangre y cuando quieren comer, cogiendo un poco de agua la vierten en ella y, dejándola disolverse, se la beben.

Llevan también leche desecada, sólida como pasta. Y así la desecan: hierven la leche y la crema que flota en su superficie la cambian de vasija, y hacen con ella mantequilla, pues mientras que la leche contenga nata no se puede desecar. A continuación ponen la leche al sol y así se deseca. Cuando marchan a la guerra suelen llevar unos diez litros de esta leche; toman un poco

por la mañana de la siguiente forma: cada hombre, tomando media libra, la pone en un pequeño recipiente de cuero, semejante a una botella, y vertiendo agua en su interior la agitan con un palo, así la llevan consigo hasta que la leche se disuelve totalmente a fuerza de cabalgar, así la beben en su momento, haciendo con ella su desayuno.

Cuando traban batalla con sus enemigos, los vencen tanto por la persecución como por medio de la huida; no se avergüenzan de huir, ya que jamás se enzarzan en un combate directo cuerpo a cuerpo, sino que galopan alrededor del enemigo, cambiando de posición y disparando sus flechas; muy a

menudo fingen huir arrastrando así al enemigo hasta donde desean, y le causan grandes pérdidas con sus dardos. Tienen tan bien adiestrados a sus caballos que a la menor indicación se revuelven, dirigiéndose hacia donde ellos quieren, tal como haría un perro. Perseguidos y en plena fuga combaten tan bien y tan bravamente como cara a cara, pues huyendo con rapidez y volviéndose, armados con sus arcos, hacen caer una lluvia de flechas sobre sus enemigos, matándolos a ellos y a sus caballos; así, creyendo muchas veces los que con ellos combaten que ya huyen vencidos y descompuestos son entonces arrollados; así matan a muchos hombres y caballos

con sus flechas envenenadas. Cuando los tártaros ven que ya han matado muchos hombres y caballos, todos a una se colocan en línea y, volviendo grupas, retornan juntos al campo de batalla; hacen sus maniobras con tan buen orden y se comportan tan valerosamente y con tanto ruido, que ponen en fuga al ejército contrario y al final lo vencen. Es así como han ganado muchas batallas y han vencido a muchos ejércitos.

Todo lo que os he contado, sin faltar a la verdad, son los usos y costumbres de los verdaderos tártaros. Mas lo cierto es que hoy se han mezclado mucho y han abandonado alguno de estos hábitos: así, los que frecuentan Catai se comportan

según las costumbres y usos de los idólatras, y muchos han abandonado su fe; y muchos de los tártaros de Levante se comportan según el estilo de los sarracenos y han adoptado la ley de Mahoma.

En cuanto a su justicia, se comportan así: no hay perdón para el asesinato. Si un hombre atenta contra otro, usando la espada o algún otro hierro, tanto si lo hiere como si no, o si amenaza a otro, perderá su mano. Quien hiere es condenado a recibir una herida similar a la del herido. Cuando un hombre roba alguna cosa, si ésta no tiene mucha importancia consideran que no deben matar al ladrón, condenándole entonces

a ser azotado. Le dan siete golpes con una vara, mas si ha robado dos cosas lo condenan a recibir diecisiete golpes; a tres cosas robadas corresponden veintisiete golpes; y así siguen con treinta y siete, cuarenta y siete y hasta ciento siete golpes, aumentando siempre diez por cada cosa. Muchos mueren así, a causa de los golpes recibidos. Y si un hombre roba quince bueyes, haciéndose merecedor de más de ciento siete golpes, o si roba un caballo u otra cosa por la que deba perder la vida, lo cortan en dos con una espada, mas si puede pagar y acepta entregar nueve veces cuanto ha robado se salva.

Cada Señor, o cada propietario de

gran número de ganados, caballos, burros, camellos, vacas, bueyes y otros grandes animales, los marca, imprimiendo su sello sobre el pelaje; una vez marcados los dejan pastar tranquilamente en montes y llanuras, sin guardarlos; si al volver a recogerlos se han mezclado con otros, quien los encuentra reconoce la marca del propietario y los devuelve; así todos encuentran siempre a sus animales. Mas los rebaños de animales pequeños, corderos, ovejas y cabras no tienen marca, y por eso los acompañan siempre sus pastores. Sus rebaños suelen ser extraordinariamente grandes, compuestos de animales gordos y bien

alimentados.

Mas había olvidado describiros otra sorprendente costumbre. Cuando se encuentran dos hombres, y a uno de ellos le murió algún hijo, quizá a los cuatro años, o en cualquier momento antes de tener edad para el matrimonio, si el otro tuvo una hija y le murió también antes de llegar a la edad núbil casan a los dos muertos cuando el varón hubiese alcanzado la edad de tomar mujer, y le dan esposa —al muchacho muerto, la chica muerta— levantando acta de este matrimonio. Después un nigromante arroja el acta al fuego y la quema y al ver subir su humareda dicen que les llega a sus hijos, que están en el otro

mundo y les anuncia su matrimonio; a partir de ese momento, ambos, en el otro mundo, lo saben y se consideran marido y mujer. Entonces celebran grandes bodas y esparcen comida por el suelo, diciendo que es para sus hijos que están en el otro mundo y que la joven esposa y su marido reciben así su parte del festín. Construyen entonces dos imágenes, una con forma de mujer y la otra de varón, y colocándolas en un coche de caballos bellamente adornado las pasean con gran alegría y regocijo por todos los alrededores; y conduciéndolo después junto a una hoguera queman ambas imágenes. Con grandes plegarias suplican a sus dioses para que el

matrimonio sea muy feliz en el otro mundo. Y hacen además dibujos y retratos en papel con forma de ciervos, caballos y otros animales, dibujando también todo tipo de trajes, monedas, muebles, utensilios y todo cuanto sus padres acuerdan entregarles como dote, aunque en realidad no la entregan; y tras quemar todas estas imágenes dicen que sus hijos tienen todos estos bienes en el otro mundo. Una vez hecho esto, todos los parientes de los muertos se consideran aliados, manteniendo este lazo durante el resto de su vida, igual que si sus hijos vivieran en el mundo.

Así os he descrito y mostrado, con toda claridad, las tierras de los tártaros,

sus usos y costumbres, y aunque no he hablado todavía de las grandes hazañas y empresas del Gran Khan, Gran Señor de los Tártaros, ni de su grandísima corte imperial; ya habrá tiempo y lugar de hablar de todo ello a lo largo de este libro, pues hay allí grandes maravillas, dignas y merecedoras de ser puestas por escrito. Y hablaremos del gobierno del Gran Khan y de su corte, pues según mi parecer, tras haber visto y observado muchas partes del mundo, ninguna otra potencia puede compararse al poderío, riqueza y dominios del Gran Khan, que son asombrosos y casi increíbles para quien no los haya visto con sus propios ojos. Y de todo esto no he de decir sino

la verdad, para que mi testimonio sea reconocido por todos como verídico, sobre todo por aquellos que en los tiempos futuros puedan ver y entender cuanto yo conocí. Mas volvamos ahora a nuestro relato, que habíamos dejado en la gran llanura al comenzar la relación de los hechos y gestas de los tártaros.

*Donde trata de la llanura de Bargú y
de las diversas costumbres de sus
habitantes*

Saliendo de Caracorum y de los montes de Altai, donde entierran los cuerpos de los grandes Señores Tártaros de la Casa

del Gran Khan —tal como antes dije—, se continúa en dirección a la Tramontana por una comarca a la que llaman llanura de Bargú; no hay allí sino muy pocos lugares habitados. Esta llanura se extiende a lo largo de cuarenta jornadas; y sus habitantes, que son salvajes, se llaman los Mecrit. Viven sobre todo de la caza, especialmente de los grandes ciervos que en sus tierras abundan. Además, cosa totalmente extraordinaria, domestican a aquellos ciervos y los montan como si fueran caballos, pues son lo bastante grandes como para hacerlo así. También se alimentan de las aves que cazan, pues hay en la región muchos lagos, charcas y pantanos. Esta

llanura llega en dirección a la Tramontana hasta el mar Océano; las aves que dije cambian su pluma y pasan allí la mayor parte del verano; una vez que les cae todo el viejo plumaje, antes de que les salga el nuevo, no pueden volar y entonces los habitantes del lugar las cogen a placer; también se alimentan de pescado. En cuanto a sus usos y costumbres, se comportan como los tártaros y son súbditos del Gran Khan. No tienen trigo ni vino; y en verano cazan grandes cantidades de aves y otros animales, pero en invierno en cambio ningún animal se puede cazar, pues a causa del enorme frío huyen volando hacia regiones más templadas.

Tras avanzar durante cuarenta días por esta inmensa llanura, se llega — como dije— al mar Océano; en su ribera hay una alta montaña donde anidan los azores y halcones peregrinos; mas ya nadie habita esta región, ni hombre ni mujer ni ave ni ningún otro animal, excepto aquellos halcones y una especie de pájaros llamada *bagherlac*, de la que se alimentan aquéllos. Estos pájaros son grandes como perdices de gran tamaño y en sus patas se parecen a los loros, su cola es semejante a la que tienen los milanos y se comportan con gran vivacidad, de modo que los halcones tienen que ser rapidísimos para atraparlos. Cuando el Gran Khan desea

tener algunas nuevas crías de halcón peregrino, los manda a buscar hasta aquella montaña y tiene prohibido que nadie los capture, si no es para llevarlos a su corte o para enviarlos como presente suyo a otros Señores. En las islas que hay en aquella mar, no lejos de la costa, hay también gerifaltes en mucha abundancia.

Esta región está en dirección a la Tramontana, muy lejos, en los confines de la Tierra, y para ir allí hay que rebasar el polo norte y el astro que conocemos como estrella de la Tramontana, de modo que el caminante deja estos lugares a su espalda, en dirección al Mediodía.

Los gerifaltes que viven en aquellas islas son tan abundantes que el Gran Khan tiene tantos como pueda desear. Por esto no es cierto que algunos cristianos lleven dichas aves al Gran Khan, al país de los tártaros, pues tiene tantas que no sabría qué hacer con ellas; es cierto en cambio que las llevan a Levante, para ofrecerlas a Argón y a los demás Señores de aquellos territorios, que lindan con los armenios y los cumanos.

[...]

Dejando ahora esta región con sus ciudades, avanzaremos otras tres

jornadas hasta llegar a la ciudad de Ciagannor, lo que en nuestro idioma quiere decir *Lago Blanco*. Hay allí un palacio hermoso y grande que pertenece al Gran Khan, donde reside cuando vive en estas tierras. Lo que hace muy a menudo y muy gustoso el Gran Señor, por haber mucha caza en sus alrededores y muchos ríos y lagos donde viven grandes bandadas de cisnes y otras muchas aves. Hay allí una enorme llanura, toda llena de grullas, faisanes, perdices y otras muchas especies. Por esto el Gran Khan es muy aficionado a residir allí, una vez al año, durante la estación de la caza; y la practica con halcones y gerifaltes, atrapando muchos

pájaros, con gran fiesta y regocijo.

Hay allí cinco tipos de grullas, según ahora os las describiré. Las primeras enteramente negras como cuervos, muy grandes y con enormes alas. Las segundas son totalmente blancas; y sus alas son más grandes aún que las anteriores y de muy grande hermosura, pues sus plumas están pintadas y moteadas de ojos redondos como los que tienen los pavos en la cola; mas éstos son de un color dorado y resplandeciente; su cabeza es roja y negra, muy bien formada; tienen el cuello negro, blanco y dorado, y son mucho mayores que las otras y aun mucho más bellas; sus ojos son de muy

diversos colores, la mayoría de ellos blancos, negros o de tonos azules. La tercera especie es similar a la que conocemos en Italia. La cuarta es de pequeño tamaño, menor que la de nuestras tierras, con plumas rojas y azules, bellamente dispuestas; y junto a las orejas tienen otras plumas muy largas, rojas, negras y blancas, que les cuelgan con mucha gracia y elegancia. La quinta especie es totalmente gris, con la cabeza hermosa y bien formada, de color blanco, negro y rojo; y es muy grande de tamaño.

Cerca de esta ciudad hay un valle donde el Gran Khan hizo construir muchas casitas de madera y piedra, en

las que anidan gran cantidad de *cator*, que vienen a ser grandes perdices como las de nuestra tierra. Para su alimentación tienen siempre dispuesto mijo, panizo, y otros granos muy apreciados por estos pájaros; el Gran Khan ordena que los siembren en verano, en las pendientes de aquellas colinas, prohibiendo que se recoja la cosecha para que aquellas aves tengan siempre comida en abundancia. Viven allí muchos hombres a cuyo cuidado están las aves, y así evitan que las roben. Aquellos pájaros están tan acostumbrados a que les den su comida que, cuando oyen silbar a sus guardianes, acuden hacia ellos desde

lejos; y en tan gran número que forman un espectáculo extraordinario. Así, cuando el Gran Khan viene a cazar a este país, cuenta con gran abundancia de aves, tantas como pueda desear. En invierno, cuando están muy crecidas, como no vive allí a causa de los grandes fríos de esta región ordena que se las lleven a donde esté, a lomo de camellos.

Quiere que tengan siempre dispuestas estas cosas, para él, su familia y su corte; con tanta magnificencia que la nobleza y refinamiento de su forma de vida es admirable y asombrosa. Mas partiendo de aquí, y avanzando otras tres jornadas, entre la Tramontana y el Viento Griego,

seguiremos adelante.

Donde trata de la ciudad de Ciandú y del maravilloso palacio del Gran Khan

Saliendo de la ciudad a la que antes nos hemos referido, y avanzando otras tres jornadas, se llega a la ciudad de Ciandú, construida por el Gran Khan que ahora reina, llamado Kublai. En el interior de esta ciudad, Kublai Khan hizo edificar un hermoso palacio de mármol y de otras piedras nobles, muy hábilmente trabajadas; uno de sus extremos llega al corazón de la ciudad, y cae el otro sobre su muralla. Sus salas, cámaras y

corredores son totalmente dorados, muy bellamente adornados con frescos y dibujos, de aves y de todo tipo de animales, árboles, flores, y otros muchos motivos; siendo extraordinaria la habilidad y gusto de la decoración.

A partir del palacio comienza una segunda muralla, construida en dirección opuesta, que por un lado termina en el muro de la ciudad y por el otro en el otro extremo de aquél; encierra así en su perímetro, que es de dieciséis millas, una gran llanura en la que no se puede penetrar sino desde el propio palacio. Esta muralla está fortificada al modo de los castillos; y en la llanura hay gran cantidad de fuentes y arroyos, con agua

muy abundante, y muchas praderas y bosquecillos. El Gran Khan cría allí toda suerte de animales salvajes de los no feroces, como ciervos, corzos y gacelas, para alimentar a sus halcones y gerifaltes. Tiene allí gran cantidad de éstos encerrados en sus jaulas, hasta más de doscientos gerifaltes, sin contar los halcones. Y los visita, cuando menos, una vez por semana, para vigilar personalmente los jaulones. Otras muchas veces el Gran Khan cabalga por el parque encerrado en sus muros, llevando en la grupa de su montura un leopardo amaestrado; y, cuando le apetece, suelta al leopardo para que atrape a uno de aquellos animales,

gamos, ciervos o corzos; luego alimenta con él a los halcones y gerifaltes que allí guarda. Hace esto muchas veces para su propio placer y diversión, pues aquel lugar está tan cuidado, y decorado con tanto gusto, que resulta extraordinario para disfrutar y solazarse.

En medio de este parque cercado, en el bosquecillo, el Gran Khan construyó un gran palacio de bambú erigido sobre hermosos pilares, dorados y barnizados; sobre cada uno de los pilares hay un gran dragón dorado que enrolla su cola alrededor de cada columna, y sostiene con su cabeza la techumbre; y, abriendo sus brazos, los apoya en el techo, a derecha e izquierda, para dar mayor

resistencia al edificio. Dentro y fuera todo es dorado, y está lleno de pinturas hábilmente ejecutadas que representan aves y todo tipo de animales. También el techo es de bambú, dorado y barnizado, con tal espesor en su barniz que el agua no le daña ni borra las pinturas. Es un palacio extraordinario y maravilloso, incluso para quienes, no habiéndolo visto, sólo hayan podido tener noticias suyas. Y ahora os diré cómo preparan los bambúes.

Estos tienen más de tres palmos de grosor y longitud de diez a quince pasos, más o menos. Los cortan por la mitad de cada nudo; y hendiéndolos después todo a lo largo en dos partes iguales, fabrican

una teja o, por mejor decir, fabrican dos de cada vez. Con los bambúes mayores y más gruesos construyen los pilares, las vigas, los tabiques, y otras piezas similares con las que van levantando todo el edificio. Todo este palacio del Gran Khan es de bambúes. Sujetan con clavos cada teja, para protegerla del viento; y las unen unas con otras con tanta precisión que logran proteger la casa de la lluvia; pues la hacen correr bajando a los aleros, y desde allí hasta el suelo. Tal como el Gran Khan levantó su palacio, del mismo modo y sin gran esfuerzo lo hace desmontar, para llevárselo a donde le apetezca; y una vez reconstruido lo sujeta con más de

doscientas cuerdas de seda, muy resistentes, que lo mantienen en pie como una tienda de campaña; pues de lo contrario, a causa de la ligereza del bambú, el viento podría derribarlo.

Reside allí el Gran Khan durante tres meses al año, en junio, julio y agosto, unas veces en el palacio de mármol y otras en el de bambú; y lo hace así para huir del ardoroso calor, pues el aire es más fresco y templado en aquel lugar. Durante estos tres meses mantiene en pie su palacio; mas en cuanto se va lo hace desmontar, guardándolo durante los restantes meses del año, troceado en muchos paquetes para conservarlo mejor.

Todos los años, el día veintiocho de la luna de agosto, abandona el Gran Khan la ciudad de Ciandú y su palacio; ahora sabréis por qué. Posee una gran manada de caballos y yeguas, blancos como la nieve, sin mezcla de ningún otro color; y son numerosísimos, pues sólo de las yeguas hay más de diez mil. Posee además gran cantidad de vacas, que también son blanquísimas. Nadie en todo el mundo, salvo el Gran Khan y sus descendientes pertenecientes al linaje del imperio, osaría beber de la leche de aquellas yeguas. Aunque además de ellos también otras gentes del país, llamadas *Horiat*, pueden beber de estos animales; pues Gengis Khan les

concedió este honor y privilegio para celebrar una gran victoria, obtenida antaño con su ayuda; por lo que decretó que tanto ellos como todos sus descendientes tendrían derecho a participar de los mismos alimentos que el Gran Khan y todos los de su raza. Así, sólo estas dos familias viven de la leche producida por aquellos blanquísimos animales.

Cuando los llevan a pastar por bosques y prados, si al ir por los caminos se cruzan con alguno, éste, sea un sencillo hombre del pueblo o sea un barón o un gran señor, de ningún modo se atreverá a pasar por medio del rebaño, en virtud del gran respeto que le

tienen; sino que sólo pasará tras esperar a que todos aquellos animales crucen primero; y aun aguarda hasta que los ve desaparecer a gran distancia. Todos les ceden el paso haciendo lo posible por complacerles; pues, tal como os digo, los respetan tanto como a su propio Señor.

Según dicen los astrólogos idólatras, el Gran Khan debe esparcir cada año, por la tierra y por el aire, algo de la leche de aquellas blancas yeguas, el día veintiocho de la luna de agosto, a fin de que los espíritus puedan beberla; así, en virtud de este acto de caridad, los espíritus y los ídolos protegen todos sus bienes, prosperando sus negocios, sus

gentes, sus mujeres, sus aves, sus ganados, sus cosechas y todos los demás frutos que la tierra produce.

Por esta razón el Gran Khan abandona aquel parque en el mes de agosto de cada año, dirigiéndose a otro lugar, tras ofrecer con sus propias manos el sacrificio de la leche debido a sus dioses. El día de la ceremonia se dispone gran cantidad de leche de burra en las copas lustrales, y el rey en persona va vertiéndola en tierra abundantemente, en honor de sus dioses. Dicen los astrólogos que los seres divinos beben la leche que se ha vertido. Tras el sacrificio, el rey bebe a su vez leche de sus blancas yeguas; y siempre

observa solemnemente este rito el veintiocho de agosto de cada año.

Quiero relatar ahora otra cosa extraordinaria que había olvidado mencionar. Pues mientras el Gran Khan permanece en su palacio, tres meses al año tal como ya hemos visto, siempre que hay lluvia, niebla o mal tiempo en general, tiene junto a él a unos sabios, astrólogos y encantadores, que suben al techo del palacio; y, en virtud de su ciencia y encantamientos, ordenan a las nubes, a la lluvia y al mal tiempo que se aparten de la residencia del Señor; de modo que sobre él nunca llueve ni hay temporal, pues lo ahuyentan y tienen poder sobre estos fenómenos; o, en todo

caso, la lluvia, la tempestad y el temporal caen a su alrededor, mas nunca sobre el palacio del Gran Khan.

Los sabios que hacen esto son de dos razas, unos llamados *tibet*, y otros *cachemir*, pues proceden de esos dos pueblos idólatras. Conocen las artes diabólicas y los ensalmos, siendo en esto superiores a todos los demás hombres; y tienen poder sobre los demonios, hasta el punto que dudo que haya en toda la Tierra brujos más poderosos. Todo cuanto hacen se cumple por la ciencia y el poder que el diablo les transmite; aunque, engañando a la demás gente, les dicen que tienen tal poder por su bondad, su santidad y su

ciencia divina. Van muy sucios y sórdidos de sus personas, sin cuidado de su propia decencia ni de cuantos los ven; llevan la cara manchada y no se lavan ni se peinan nunca, comportándose siempre muy suciamente. Son la más horrible raza de nigromantes y encantadores de cuantos he conocido; y tienen además una espantosa costumbre que ahora os daré a conocer. Pues cuando se condena a muerte a un hombre por haber cometido muchos crímenes, el poder legal les entrega al condenado; entonces, cogiéndolo, lo cuecen y lo devoran; mas por nada del mundo aceptarían comer a quien muere de su propia muerte, sin sufrir condena.

Hay tan gran cantidad de encantadores de esta raza que parece increíble. Y además de los que he dicho, también están los llamados *bacsi*, lo que viene a ser una orden religiosa como las de nuestros frailes menores y predicadores; y son tan sabios e instruidos en sus artes mágicas y diabólicas que casi pueden hacer cuanto desean.

Estos *bacsi*, concedores de tan terribles conjuros, hacen lo que ahora os diré. Cuando el Gran Khan está sentado en su gran sala para comer o cenar, ante su mesa, situada a distancia de los restantes y a más de ocho codos de altura sobre todos los demás, a punto de

iniciar su comida —estando las copas de oro dispuestas sobre otra mesa, en mitad del enlosado, al otro lado de la sala y a más de diez pasos de donde come el Señor, llenas de vino, leche y otras excelentes bebidas—, tanto poder muestran entonces aquellos sabios hechiceros y encantadores con sus ciencias y conjuros, que las copas, llenas como están, se alzan por sí solas y avanzan por el aire hasta colocarse frente al Gran Khan, siempre que quiere beber; hacen esto sin que nadie las toque, volviendo las copas por sí mismas al lugar de donde vinieron, una vez que el Gran Señor las ha apurado. Muchas veces hacen esto ante diez mil

testigos atentos, y ante todos aquéllos a los que el Señor quiere mostrar este prodigio. Y podéis tener por cierto lo que os digo, por ser digno de fe y sin mezcla alguna de mentira, ocurriendo esto todos los días ante la mesa del Señor. E interesa añadir a cuanto he dicho que los sabios de nuestro país que conocen la nigromancia afirman que, en verdad, puede realizarse este portentoso.

He de añadir aún que, cuando es la fiesta de alguno de sus ídolos, los *bacsi* se presentan al Gran Khan y le dicen:

—Señor, ahora va a ser la fiesta de tal ídolo, y va a ser tal día.

Nombran así el ídolo al que se refieren, y después añaden:

—Buen Señor, bien sabes cuánto poder tiene este ídolo, que puede ordenar al mal tiempo y a la peste que vengan, causando así la pérdida de todos tus bienes, tus animales y tu grano, si no se le honra con holocaustos y ofrendas. Por eso te rogamos, buen Señor, que nos entregues tantos corderos de cabeza negra —y así dicen el número que les parece—, y tanto incienso, y tanta madera de aloe, y tanto de tal cosa y tanto de tal otra —según les conviene—; y así podremos rendirle grandes honores y sacrificios al ídolo, para que nos proteja a nosotros, a nuestros bienes, a nuestros animales, a nuestros granos, a los frutos de nuestra tierra y a

todas nuestras cosas.

Así hablan los *bacsi* a los barones que rodean al Gran Khan, y también a quienes tienen autoridad para dirigirse al Gran Señor en nombre de todos los otros; y éstos también se lo dicen al Gran Khan; al llegar la fecha señalada el Señor ordena que se les entregue cuanto piden para celebrar la fiesta de los ídolos, así como carne, vino y pan en abundancia. Una vez que los *bacsi* han obtenido todas estas cosas, tributan grandes honores al ídolo cuya fiesta celebran, con muchas músicas y canciones, dulces y suavísimas, con hermosas plegarias y muchas luminarias encendidas. Y queman ante la imagen

incienso, y lo perfuman con especias; cuecen la carne y la depositan ante los ídolos; esparcen caldo y leche por todos los rincones, y dicen que sus ídolos se alimentan con todo esto a placer. Hacen así en presencia del pueblo, que observa el sacrificio con gran devoción; creyendo firmemente que con este ritual, agradable a los dioses, quedará protegido su Señor contra todo peligro, y la mayor prosperidad reinará sobre todas las cosas. Ésta es la forma en que honran a los ídolos en sus fiestas.

Cada ídolo es celebrado anualmente durante un día que tienen prefijado, tal como nosotros hacemos con los santos. En este país hay muchos monjes

dedicados al exclusivo servicio de sus ídolos, pues les tienen dedicados grandes monasterios y abadías. Algunos de ellos son tan extensos como una pequeña ciudad; y según la categoría y grandeza de cada templo, viven en él mil o dos mil monjes o incluso más, sirviendo a sus dioses según sus costumbres. Estos sacerdotes se visten con mayor honestidad que los demás hombres de su raza, y llevan la cabeza y la barba afeitadas con más cuidado que los laicos. Honran a sus ídolos constantemente con cánticos y luces encendidas, aunque no todos son los mismos; pues hay muchos tipos diferentes de monjes idólatras en aquel

país. Aún he de añadir que hay una orden de estos *bacsi* cuyos miembros pueden casarse y tomar varias esposas; y, haciéndolo así, tienen muchos hijos; mas estos *bacsi* se visten de distinta forma que los otros.

Hay aún otra clase de religiosos, llamados *sensin* en su idioma; son hombres de gran abstinencia, que llevan una vida muy dura y sacrificada. Pues en toda su vida no comen sino sémola y salvado, es decir, la corteza que se aparta al moler la harina de trigo candeal. La preparan como hacemos nosotros para echársela a los cerdos; pues, tomándola, la ponen en agua caliente para que se ablande; y tras

dejarla allí un corto espacio de tiempo la comen así, simplemente hervida, sin aroma. Ayunan mucho tiempo cada año y sólo comen lo que os he dicho; y sólo beben agua; y pasan mucho tiempo de sus vidas haciendo oración, de suerte que llevan una vida extremadamente dura. Tienen muchos ídolos, todos ellos muy grandes, y algunas veces adoran al fuego. Los demás idólatras religiosos, que observan unas reglas de vida mucho más dulces y llevaderas, dicen de los que viven en tan gran abstinencia que son heréticos, pues no adoran sus ídolos de la misma forma. Hay grandes diferencias entre una y otra regla; pues estos últimos por nada del mundo

tomarían esposa; llevan la cabeza y la barba afeitadas y visten ropas azules y negras, de tela de saco, de la más basta y común que tienen; y aunque tuviesen que llevar hábitos de seda, los llevarían del color que antes dije. Duermen siempre sobre unas esteras de junco, muy baratas. ¿Puede hallarse en todo el mundo vida más dura que la suya? Sus templos y monasterios están separados de todos los demás y sus ídolos son todos mujeres, o sea, todos tienen nombre de mujer; y los llaman así para inducir a las mujeres a adorarlos.

Mas dejemos esto y pasemos ahora a hablar de los muy altos hechos y maravillas del nobilísimo Señor de

señores, emperador de todos los tártaros del mundo, el muy noble y poderoso Gran Khan al que llaman Kublai.

Kublai Khan

Donde trata de los hechos del Gran Khan que ahora reina, llamado Kublai, y de cómo mantiene su corte y administra justicia entre sus súbditos; y aún dice más de otros asuntos y negocios

Comenzaré ahora a relatar en esta segunda parte de nuestro libro, por extenso y detalladamente, los grandes hechos y portentos realizados por el Gran Señor de los Tártaros que ahora reina sobre todos ellos y se llama

Kublai Khan, lo que en nuestro idioma quiere decir emperador y señor de los señores; nombre y título que le cuadran de maravilla; pues el Gran Khan es el hombre más poderoso del mundo en súbditos, tierras y tesoros, más que ningún otro desde nuestro primer padre Adán; y los que le están sometidos aceptan su poder con tal obediencia como nunca se ha visto, ni siquiera bajo el gobierno de los más antiguos reyes.

A lo largo de este segundo libro veréis cómo es cierto lo que os digo, y comprobaréis que aquél es el más poderoso señor que jamás reinó sobre la Tierra. Lo que en los siguientes capítulos he de demostraros.

*Donde trata de la gran batalla reñida
entre el Gran Khan y su tío el rey
Naián*

Habéis de saber que Kublai es descendiente en línea directa de Gengis Khan, primer Señor de todos los Tártaros del mundo, pues el rey de los Tártaros sólo puede pertenecer a esta dinastía. Este Kublai Khan es el sexto de los grandes Khanes, o sea el sexto gran señor de los Tártaros hasta esta fecha. Comenzó su Señorío el año 1256 después de Cristo, pues es ésta la fecha en que comenzó a reinar. Y fue

proclamado Señor en virtud de su valor y arrojo, y también por su gran prudencia; pues sus parientes y hermanos se la disputaban. Mas, con gran audacia, les arrebató el poder de entre las manos; y lo logró para sí, pese a los esfuerzos de sus hermanos, unidos contra él; pues la Señoría le correspondía por directa designación hereditaria. En la actualidad cuenta ya cuarenta y dos años desde el comienzo de su reinado, hasta este año de 1298. Su edad actual viene a ser de unos ochenta y cinco años, de modo que debía tener cuarenta y tres en la fecha de su coronación. Antes de alcanzar el imperio solía guerrear constantemente; y

siempre participaba en todas las decisiones, pues era experimentado guerrero y muy valeroso y esforzado con las armas, y había alcanzado gran renombre como gran capitán, el más sabio y atrevido —en su consejo y estrategia— que nunca tuvieron los tártaros. Mas, una vez que alcanzó el mando supremo, nunca volvió personalmente a dirigir las campañas salvo una vez, en el año 1286, por la razón que ahora voy a exponeros.

Había entre los tártaros un gran señor llamado Naián, tío de Kublai Khan; era joven y noble, de unos treinta años de edad, amo y señor de muchas tierras y regiones hasta el punto de que

podía reclutar hasta cuatrocientos mil hombres de a caballo. Todos sus antepasados habían sido súbditos del Gran Khan, tal como él lo era de su sobrino Kublai, debiéndole obediencia según el derecho y la justicia. Pero, como ya dije, sólo contaba treinta años; y viéndose tan fuerte que podía levantar hasta cuatrocientos mil hombres en pie de guerra, enorgulleciéndose de su juventud y poderío ya no quería seguir sometido al Gran Khan; sino que decidió sublevarse, e intentaba arrebatarse el trono y todo su imperio.

Entonces, Naián, con mucho secreto, envió sus mensajeros ante Kaidú, otro grande y poderoso señor; y era éste de

la Gran Turquía y sobrino del Gran Khan más rebelde contra él y muy su enemigo. Y le pedía que se aprestase con todas sus fuerzas —que eran grandísimas— a caer sobre el Gran Khan, atacándolo por uno de sus flancos; mientras él, con todas sus tropas, se lanzaría contra el otro, arrebatándole así su tierra y su dominio. Conociendo lo que Naián planeaba y pareciéndole bien, Kaidú lo aprobó, creyendo llegado el momento de realizar sus deseos. Y respondió que estaba dispuesto a acudir en su ayuda, con todas sus gentes, en el momento que acordasen, para atacar juntamente al Gran Khan. Sus fuerzas eran tantas que podía disponer de más

de cien mil jinetes. ¿Qué más os diré? Una vez que ambos barones, Naián y Kaidú, alcanzaron un acuerdo, en el mayor de los secretos reclutaron sus tropas, jinetes e infantes, para marchar contra el Gran Khan; y decidieron reunirse en cierta llanura. Mas a pesar del secreto, el Gran Khan llegó a conocer sus malvados designios.

*De cómo el Gran Khan avanzó contra
Naián*

Al saber el Gran Khan que Naián venía contra él con tan gran ejército, no se amedrantó; sino que, como hombre

prudente y de gran valor, se preparó a toda prisa para avanzar con sus hombres a su encuentro, como quien no teme a los malvados; y, reuniendo sus tropas, dijo que no seguiría llevando la corona y gobernando su imperio si no lograba acabar con aquellos dos traidores desleales.

Realizó entonces el Gran Khan sus preparativos en sólo veintidós días; y con tan gran secreto que nadie lo supo, salvo los que participaron en su Consejo. Pues, sin perder tiempo, hizo poner vigilancia en todos los pasos que llevaban a las tierras de Naián y Kaidú, para que no supiesen cuanto pensaba hacer; a continuación ordenó que

cuantos vivían en las cercanías de Cambaluc^[2], en un radio de cinco jornadas a la redonda, se preparasen a toda prisa, llegando a reunir así trescientos sesenta mil jinetes y más de cien mil hombres de a pie. Hizo leva de tan poco número de gente porque ésas eran las tropas que, en aquel momento, le acompañaban; pues deseaba atacar al enemigo de modo urgente e imprevisto. Sus restantes ejércitos, hasta doce, guardaban continuamente las tierras de Catai, y eran diez veces más numerosos; mas se hallaban tan distantes, ocupados en la conquista de otros pueblos y ciudades, dispersos, siguiendo sus órdenes, en tan diferentes direcciones,

que no hubiesen podido llegar a tiempo aunque los llamase. Pues harían falta treinta o cuarenta días para que vinieran, con lo que se hubieran descubierto sus preparativos.

Para que comprendáis mejor cuanto se refiere a los ejércitos del Gran Khan quiero explicaros que, en todas las regiones de Catai, de Mangi y del resto de su imperio, hay muchos súbditos infieles y desleales, que se rebelarían contra su Señor tan pronto como pudiesen. Por esta razón era imprescindible mantener sus ejércitos en todas las provincias que contasen con grandes ciudades y pueblos numerosos, acampados a cuatro o cinco millas de

los lugares habitados; en éstos estaba prohibido erigir murallas a su alrededor o colocar puertas, para que las tropas pudiesen penetrar en su interior en cualquier momento. El Gran Khan cambia cada dos años de lugar a sus ejércitos, así como a los capitanes que los mandan. Y así, bien sujeto, el pueblo se mantiene tranquilo sin agitarse ni causar daño ninguno. Estos ejércitos viven del salario que les entrega el Gran Khan, que proviene de sus rentas en cada provincia, así como del infinito número de rebaños que tienen, cuya leche venden en las ciudades; y con estos ingresos adquieren cuanto necesitan. Por esto están sus tropas

dispersas en diferentes lugares, que distan treinta, cuarenta o hasta sesenta jornadas.

Si el Gran Khan hubiese reunido todas sus fuerzas, hubiera tenido tantos jinetes como pudiera desear, y tan gran multitud de guerreros que parecería imposible creerlo. Mas los trescientos sesenta mil hombres de a caballo, sin contar con los de infantería que había logrado reunir, pertenecían a su guardia, además de sus halconeros, los criados de su casa y otros muchos que permanecían siempre próximos a su persona.

En cuanto el Gran Khan tuvo dispuestos estos pocos guerreros que

digo, preguntó a los astrólogos si conseguiría vencer a sus enemigos y salir con bien de aquellas dificultades; o si, por el contrario, sería vencido en la batalla. Éstos, tras haberlo considerado según sus artes mágicas, respondieron:

—Señor, tenemos buenas noticias que darte. Y en nombre de nuestros dioses podemos afirmar que dispondrás a voluntad de tus enemigos.

Pues siempre acostumbraba el Gran Khan a solicitar la opinión de los adivinos, para proporcionar así más moral a sus tropas.

Oyendo esto, se alegró enormemente; y dando gracias a los dioses, tras arengar a su ejército con

elocuentes palabras se puso en camino junto con todos sus guerreros; marchó contra el país de Naián, cabalgando día y noche, con tanta rapidez que, en sólo veinte días, llegó a una colina, desde donde se dominaba una gran llanura; allí estaba Naián, acampado con todos sus hombres, más de cuatrocientos mil contando sólo los caballeros. Llegó muy de mañana; y con tal secreto que el enemigo nada supo, ni Naián, ni ningún otro; pues el Gran Khan tenía interceptados, y vigilados por sus espías, todas las rutas y pasos de modo que nadie pudiera ir y venir sin caer prisionero. Así que sus enemigos, que no esperaban su llegada, se quedaron

estupefactos y amedrentados. Y he de añadir que, cuando llegó el ejército del Gran Khan, el propio Naián estaba con su mujer en el lecho, dentro de su tienda, gozando de ella pues la amaba mucho.

Aquí comienza el relato de la batalla del Gran Khan y de Naián, su tío

¿Qué más os diré? Al amanecer el día de la batalla, el Gran Khan apareció con todo su ejército sobre un otero que dominaba la llanura. Pero Naián aún estaba en su tienda, y todos sus hombres permanecían tranquilos y dispersos, sin armarse; pues no creían que el Gran

Khan pudiera llegar contra ellos con tal rapidez, para atacarlos. Por esto permanecían despreocupados, sin guardar el campo ni colocar centinelas, ni en vanguardia ni en retaguardia; consiguió sorprenderlos porque, en condiciones normales, eran precisas treinta jornadas para que el Gran Khan pudiese llegar hasta allí con todo su ejército; mas sólo veinte había empleado en su avance, espoleado por el gran deseo que lo poseía de alcanzar a su enemigo.

¿Qué más os diré? El Gran Khan apareció en la altura, en el interior de un gran pabellón de madera, repleto de arqueros y ballesteros, porteado por

cuatro elefantes que tenían los cuerpos protegidos por corazas de cuero hervido, de mucha dureza y resistencia; y bajo él sobresalían grandes paños, de seda y oro. Sobre el pabellón ondeaba su real enseña, con las figuras del sol y de la luna; y la llevaba tan alta que desde muy lejos y desde todas partes se la podía ver. Sus guerreros, dispuestos según su costumbre en doce divisiones de treinta mil hombres, rodearon en un momento el campamento de Naián. Junto a cada jinete de los primeros escuadrones avanzaba un infante, tras la grupa del caballo, llevando en la mano una lanza. Así desplegó el Gran Khan todo su ejército, agrupado en

escuadrones, alrededor de los reales de su enemigo, hasta cubrir todo el campo.

Una vez que sus servidores los hubieron despertado a toda prisa, informándole de que Kublai se acercaba, Naián junto con sus hombres se quedó aterrorizado, al ver al Gran Khan con todo su ejército en orden de batalla, formado en torno a su campamento. Corriendo entonces a por las armas, formaron a su vez sus escuadrones. Y cuando ambos bandos llegaron a estar al alcance de la mano, hicieron sonar sus chirimías y demás instrumentos, poniéndose todos sus guerreros a cantar, a voz en grito; de modo que hasta el aire retemblaba; pues

esta es la costumbre de los tártaros, que cuando están dispuestos y preparados para entrar en combate nunca comienzan la batalla hasta que suenan los tambores de sus capitanes. Mas, mientras que no redoblan los tambores, los soldados cantan y hacen sonar sus instrumentos. Por esto, la música y los cantos eran estentóreos, en uno y otro bando.

Cuando todos estuvieron dispuestos pudo oírse el fragor de los grandes tambores del Gran Khan, así como los de Naián que les respondían. Y desde ese momento ambos partidos se arrojaron el uno contra el otro, luchando con sus arcos, sus espadas, sus mazas y sus lanzas; mas la mayor parte de la

infantería del Gran Khan tenía también ballestas y otras armas de asalto. ¿Qué más os diré? Comenzó entonces una feroz lucha, cuerpo a cuerpo; y tantas flechas volaban por los aires que se hizo una gran oscuridad, y el cielo ya no se veía; pues todo estaba lleno de dardos, cual si lloviera. Muchos jinetes caían muertos con sus caballos, hasta que la tierra quedó cubierta de cadáveres. Y tanto era el estrépito y el griterío que ni siquiera los truenos del Señor Dios hubiesen podido escucharse.

Tras terminar con las flechas se acometieron desde más cerca con sus lanzas, sus espadas y sus mazas, guarnecidas de hierro. Y la

muchedumbre de hombres y caballos que yacían, unos sobre otros, era tal que a veces impedía que los de uno y otro bando se alcanzasen; pues la batalla era dura, encarnizada y sin cuartel. Y he de deciros que Naián era cristiano bautizado; y que durante toda la batalla llevó la cruz de Cristo en su bandera.

¿Para qué seguir? Sólo diré que este combate fue el más peligroso y de dudoso resultado que nunca se había visto; pues nunca, en nuestros tiempos, volvió a haber tantos guerreros reunidos en un campo de batalla; ni tantos hombres de a caballo, pues eran más de setecientos sesenta mil sin contar los infantes, también numerosísimos.

Murieron allí tal cantidad de hombres en uno y otro bando que el espectáculo era increíble. La igualdad de fuerzas mantuvo la fortuna, por un momento, en el fiel de la balanza, durando el cuerpo a cuerpo desde la aurora al mediodía. Más al fin el Gran Khan se alzó con la victoria. Y cuando Naián y sus hombres comprendieron que ya no podían resistir, comenzaron la huida; mas estando completamente cercados, de nada les sirvió; pues los tártaros los seguían de cerca, matándolos, causándoles mucho daño y haciendo en ellos grandes estragos. Y tan pronto como Naián cayó prisionero, todos sus barones y sus hombres, entre ellos muchos cristianos,

rindieron sus armas ante el Gran Khan.

*De cómo el Gran Khan condenó a
muerte a Naián*

Al saber el Gran Khan que Naián había caído prisionero, ordenó muy complacido que lo ajusticiasen de inmediato; pues no quería verlo, temiendo compadecerse de su suerte, ya que era de su propia carne y de su propia sangre. Y así lo mataron: pues envolviéndolo y atándolo muy estrechamente dentro de un tapiz, lo sacudieron y arrastraron en todos los sentidos hasta producirle la muerte,

dejando el cadáver en su interior. Así murió Naián; y lo ajusticiaron de este modo, pues los tártaros no quieren que la sangre del linaje del emperador caiga sobre la tierra, ni que ninguno de los suyos colme los aires con sus lamentos, ni que el sol o el aire presencien su muerte; ni tampoco querían que los miembros de Naián, siendo de la familia del Gran Señor, fuesen profanados por ningún animal, después de muerto.

Tras vencer el Gran Khan en la batalla, tal como habéis oído, todos los hombres, grandes y pequeños, y los barones de las cuatro provincias que pertenecían a Naián vinieron a rendirle pleitesía; y le juraron lealtad. Éstas eran

las cuatro provincias que digo: la primera Ciorcia, Caolí la segunda, Barscol la tercera, y Sichintingiú la cuarta; y de todas ellas era Señor Naián, pues tenía mucho poderío.

Tras la victoria del Gran Khan todos los sarracenos, idólatras, judíos y otros muchos que no creen en Dios, que eran súbditos de Naián y naturales de estas cuatro regiones, comenzaron a hablar mal de la fe cristiana y de la cruz que llevaba el rebelde en su estandarte. Y con gran burla e irrisión decían a los cristianos: «Ya veis de qué manera ayudó a Naián, que era cristiano, la Cruz de vuestro Dios».

Hacían tanto ruido y se burlaban

tanto que los cristianos fueron a quejarse de ellos ante el Gran Khan. Éste, tras escucharlos, llamó a los principales sarracenos, judíos y cristianos; y pronunciando severas palabras contra los que se burlaban, comenzó a confortar a aquellos últimos, diciendo:

—Bien obró la Cruz de vuestro Dios al no ayudar a Naián; pues siendo santa, nada debe hacer que no sea justo y bueno. Naián, al avanzar contra su Señor, era traidor y felón; por eso es de justicia cuanto le ha sobrevenido; así la Cruz de vuestro Dios ha obrado bien, al no auxiliarle a él contra el derecho; pues siendo cosa santa, sólo el bien puede hacer.

Dijo todo esto en alta voz, para que todos lo oyesen. Y los cristianos, llenos de júbilo, respondieron:

—Verdad has dicho, nobilísimo Señor; pues la cruz no puede ser villana y desleal, como lo fue Naián, traicionando a su Señor; y, por ello, nada podía hacer por él, que obraba mal. Y así, terminó cual merecía.

Éstas fueron las palabras que hubo entre el Gran Khan y los cristianos a propósito de la cruz que Naián llevaba en su bandera; y, gracias a ellas, los sarracenos no se atrevieron a continuar con sus burlas; y nadie osó maldecir ni combatir la fe cristiana, sino que, muy al contrario, se mantenían quietos y

aplacados.

*De cómo volvió el Gran Khan a la
ciudad de Cambaluc*

Tras vencer a Naián, tal como habéis oído, el Gran Khan decidió volver a su capital, Cambaluc; y en el camino de vuelta pasó por Ciandú, noble ciudad de su imperio, abundante en todo género de bienes, y situada en el corazón de los mejores territorios de caza. Pasó allí algunos días plenteramente, para que sus guerreros descansaran. Y cuando ya estaban repuestos, en el mes de noviembre hizo su entrada, con gran

pompa y triunfo, en su capital de Cambaluc; donde permaneció entre grandes festejos y celebraciones, organizados en toda la ciudad para conmemorar la gran victoria obtenida; hasta que llegaron los meses de febrero y marzo, en las fechas en las que nosotros celebramos las Pascuas; entonces, sabiendo que era una de nuestras principales fiestas, llamó ante sí a todos los cristianos y les pidió que le trajeran el libro de los cuatro Evangelios, ante el que muchas veces quemaba incienso con gran respeto y ceremonia; tras besarlo devotamente, indicó a todos sus barones y Señores allí presentes que hicieran lo mismo;

pues observa siempre esta costumbre en Pascua y en Navidad, que son las principales fiestas de los cristianos. Lo mismo que hace con las principales fiestas de los sarracenos, de los judíos y de los idólatras; y cuando le preguntaron por qué lo hacía así, respondió:

—Existen cuatro profetas, en muchas tierras adoradas, de modo que todos los hombres rinden homenaje a alguno de ellos. Los cristianos dicen que su Dios fue Jesucristo, los sarracenos adoran a Mahoma y los judíos a Moisés, y los idólatras a Sagamoni Burkan^[3], primero entre los ídolos. Yo rindo a estos cuatro, honor y reverencia; y al ser alguno de ellos el mayor en el cielo y el más

verdadero, devotamente le ruego que me ayude.

Mas según lo que el mismo Kublai Khan afirmaba, consideraba la fe cristiana como la mejor y más verdadera; pues según decía, nada ordena que no esté lleno de bondad y santidad. No obstante, de ninguna forma permitía que llevasen una cruz ante él, pues sobre ella sufrió y murió un hombre tan grande como lo fue Cristo.

A esto se podría objetar: «ya que consideraba superior la fe cristiana sobre todas las otras, ¿por qué no se convierte, haciéndose cristiano?». A esto respondió en cierta ocasión a Micer Nicolo y a Micer Mafeo, al enviarlos

como embajadores ante el Papa. Pues cuando ellos le hablaban de la fe de Cristo, les dijo:

—¿Por qué queréis que me haga cristiano? Bien sabéis que los cristianos de estas tierras son tan ignorantes que carecen de todo poder. Mientras que los idólatras todo lo pueden, y hacen llegar hasta mí cuando me siento a la mesa, llenas de vino y de otras bebidas, las copas que están en el centro de la sala, sin que nadie las toque; y así bebo de ellas. También sabéis cómo obligan a las tempestades a dirigirse en uno y otro sentido, y cómo hacen otras muchas maravillas; y sus ídolos les hablan, predicándoles cuanto desean saber. Mas

si me convierto a la fe de Cristo y me hago cristiano, mis barones y cuantos no creen en él me podrán decir: ¿por qué te has hecho bautizar? ¿Por qué has escogido la fe de Cristo? ¿Qué poderes, qué milagros has visto realizar en su nombre? Pues los idólatras dicen que, cuantos milagros realizan, se producen por la virtud y santidad de sus ídolos. En consecuencia nada podría responderles; esto causaría gran inquietud entre ellos así como entre los idólatras, quienes, como digo, con sus ciencias y artificios logran cuanto quieren; y quizá intentarían y lograrían matarme.

»Marchad pues a la presencia de

vuestro Pontífice; y rogadle de mi parte que me envíe un centenar de hombres sabios y conoedores de vuestra religión, que sean capaces de refutar, ante estos idólatras, cuantos milagros hacen; y que puedan demostrar que son tan sabios como ellos y que podrían hacer otro tanto, aunque no lo deseen por no actuar en nombre del diablo y de los espíritus malignos; y que también puedan impedir a los idólatras que continúen realizando tales portentos. Si logro ver esto, reprobaré a los idólatras y a su ley, y me haré bautizar; una vez bautizado, todos mis barones y la gente principal de mis reinos se bautizarán también; y entonces sus súbditos

aceptarán el bautismo. Así llegará a haber aquí más cristianos que en todas vuestras tierras».

Pues bien, si tal como he dicho al principio, el Papa hubiese enviado algunos misioneros, hábiles en la predicación de nuestra fe, el Gran Khan sería hoy cristiano; pues es público y notorio que tiene grandes deseos de convertirse.

Durante tres días invitó a todos sus súbditos a comer y beber en su corte. Las fiestas, pródigas e inmensas, y de los géneros más variados, se prolongaron durante muchos días. Se dedicaron grandes sacrificios a los dioses. Y aunque Cambaluc tiene seis

millas de largo y amplios suburbios no podía contener la inmensa cantidad de gente que llegó para las fiestas; sino que parte de ella dormía en los arrabales, y otra gran parte fuera de la ciudad. Al terminarse los festejos y las celebraciones licenció su ejército; y todos los hombres volvieron a sus casas.

En cuanto al otro barón llamado Kaidú, que también era rey y había acordado con Naián atacar al Gran Señor, en cuanto supo que aquél había sido derrotado y muerto se afligió mucho; y se abstuvo de combatir, aunque así lo había prometido; pues le dominaba el recelo y el temor de acabar como Naián.

Ahora que os he hablado de la única vez que el Gran Khan fue personalmente a guerrear, a partir del día en que fue nombrado rey, añadiré que en todas las demás campañas enviaba a sus hijos al frente de los ejércitos, o a sus barones; mas en aquella ocasión no quiso que ningún otro dirigiese las tropas sino él personalmente, en atención a la enorme maldad y arrogancia de Naián. Mas dejemos esto y volvamos a los hechos del Gran Khan.

Ya dije a qué linaje pertenecía y cuál era la edad del Gran Señor. Y ahora habéis de saber qué honores y recompensas concedió a los barones que se habían distinguido más en la batalla,

y qué hizo con los viles y cobardes. Tiene el Gran Khan doce barones, que son los encargados de supervisar y controlar las acciones militares de los capitanes y soldados, en el curso de sus expediciones y en el campo de batalla; y, cumpliendo su misión, llevan luego su informe al Gran Señor. Por eso a cada uno de los capitanes de valerosa conducta, si eran jefes de una centuria los nombraba jefes de millar; a los que mandaban mil hombres, los hacía jefes de diez mil; y así elevaba a cada uno según su rango, de acuerdo con el mérito demostrado. Regalaba además a cada uno una vajilla de plata; entregándoles también una nueva y más rica tablilla, en

señal de su recién adquirida autoridad. Y aún añadió a su recompensa muchas bellas joyas de oro y plata, y muchas perlas, pedrerías y caballos. Tanto dio a cada uno de los más distinguidos que era digno de verse. Mas, a la verdad, bien se lo habían merecido; pues nunca se habían visto unos guerreros más devotos de su Señor y que tanto valor derrocharon en la guerra, por amor de su amo.

Las tablillas que digo, que representan el mando que tiene cada uno, están hechas de la siguiente forma: quien manda sobre cien hombres recibe una tablilla de plata; quien manda sobre mil, tablilla de oro o, por mejor decir,

plata dorada; al señor de diez mil le dan una tablilla de oro, grabada con cabeza de león. Ahora añadiré cuál es el peso de cada una de las tablillas, y lo que significan. La tableta de los jefes de cien o de mil hombres pesa 120 *saggi*; y las que llevan impresa una cabeza de león pesan 200 *saggi*; y en todas ellas inscriben una orden que reza así: «Por el poder y la gloria del gran Dios, y por la Gracia que a nuestro Emperador ha otorgado, bendito sea el nombre del Gran Khan; y que cuantos no le obedezcan sean siempre destruidos, hallando así su muerte». Todos los que poseen estas tabletas tienen también una credencial, escrita en un papel, donde se

dice cuánto pueden y deben hacer en el ejercicio de su mando.

Para completar lo que os digo habéis de saber que quien tiene poder sobre cien mil hombres, o el que es Señor de alguna provincia donde reside un ejército permanente, tiene una tableta de oro de cuatrocientos *saggi* de peso, en la que están inscritas las palabras que antes os refería; en su parte inferior lleva grabado un león, un gerifalte o algún otro animal, y encima del texto las imágenes del sol y de la luna. Tienen además en su poder un título, suscrito por el Gran Khan, en señal de su gran autoridad. Cuantos poseen esta tableta, que es la de mayor categoría, si

aparecen en público a caballo deben caminar bajo un palio, es decir, bajo una sombrilla de largo mango sostenida sobre sus cabezas, como símbolo de la alta alcurnia que poseen. Y cuando se sientan en la gran sala de su corte deben hacerlo sobre un trono de plata. A algunos de estos les concede el Gran Señor una tableta que lleva un gerifalte; aunque sólo se la entrega a los más grandes y nobles de entre sus barones, para que tengan plena autoridad, tal como si de su propia persona se tratase. Cuando quiere enviar a algún lugar a sus embajadores les entrega también una de estas tabletas para que, en caso necesario, puedan tomar cuantos

caballos precisen, sean de quien sean y en cualquier lugar en que se encuentren; y para que lleven consigo si les place, de una en otra ciudad, un ejército entero en calidad de guardia, tal como corresponde a todo gran príncipe sometido al Gran Khan; gracias a ella pueden tomar los caballos de un rey, o incluso los del Gran Khan si es ése su deseo. Y digo los de un rey para que comprendáis que también pueden tomar los de cualquier otra persona. Así, ordenadamente, se especifica en aquellas tabletas todo aquello en lo que deben ser obedecidos; y si alguno se atreviese a oponerse a quienes las poseen, como rebeldes al Gran Khan

serían condenados a muerte de inmediato.

Mas dejando ahora este tema, pasaremos a describir al Gran Khan en persona.

Donde trata del aspecto del Gran Khan

Éste es el aspecto de Kublai Khan, Señor de los Señores: es de buena estatura, ni muy bajo ni muy alto, sino de mediana talla. No es excesivamente gordo ni delgado sino de adecuadas proporciones, bien formado de todos sus miembros. Tiene su rostro muy blanco con mejillas bermejas, del color de la

rosa, lo que le da una agradable expresión, con los ojos negros y hermosos y la nariz bien hecha y adecuada a sus facciones.

Tiene cuatro mujeres a las que considera como sus verdaderas esposas; y un hijo primogénito que, por pleno derecho, será Señor de todo el imperio cuando fallezca el Gran Khan. Las cuatro esposas tienen título de Emperatriz, distinguiéndose cada una por su nombre; todas ellas presiden una hermosa corte en su propio palacio y ninguna tiene menos de trescientas damas de honor, muy jóvenes y escogidas por su gentileza y hermosura. Tienen muchos criados eunucos y otros

muchos servidores, hombres y mujeres, manteniendo cada una de estas damas una corte de unas diez mil personas.

Cuando el Gran Khan quiere yacer con una de las cuatro la hace venir a su cámara; y otras veces es él quien se dirige a la habitación de sus esposas. Y tiene además muchas concubinas elegidas del siguiente modo. Hay una tribu tártara, llamada Ungrat, cuyos miembros son de hermosa piel y bien proporcionados; sus mujeres son de una gran belleza, realzada aún más por una educación exquisita. Cada dos años escogen cien vírgenes, las más hermosas de la tribu, y las llevan ante el Gran Khan. Los mensajeros que el Gran Señor

envía a esta provincia tienen como misión seleccionar las doncellas más hermosas, de acuerdo con el tipo de belleza que aquél determina. Para elegirlas, estos mensajeros llaman a su presencia a todas las doncellas de la región; y establecen jueces experimentados quienes, viendo y considerando por separado todas las partes del cuerpo de cada una, cabello, rostro, cejas, boca, labios y otros miembros, de modo que sean armoniosas y proporcionadas al conjunto, van evaluando a las más bellas en dieciséis quilates, diecisiete, dieciocho, veinte o más, según su mayor o menor hermosura. Y si el Gran Khan

les ha encargado seleccionar las que alcancen hasta veinte o veintiún quilates, las llevan ante su presencia de acuerdo con la cifra exigida. Cuando llegan ante él las hace comparecer ante otros jueces; y, de entre todas ellas, quedan al final para su servicio las treinta o cuarenta que más quilates han logrado. A continuación confía su guarda a las viejas damas de palacio, una por cada una de ellas, que se aplican con mucho cuidado en vigilarlas; así manda el Señor que se acuesten con ellas en el mismo lecho, para saber si cada una de las elegidas tiene buen aliento, y si es limpia, y si duerme tranquila, sin moverse y sin roncar, y si no tiene mal

olor en parte alguna; y también para que comprueben si es virgen y si está sana de todas sus partes. Tras ser detalladamente examinadas y observadas, las que resulten buenas, hermosas y totalmente saludables, son enviadas a servir a su Señor. Cada tres días con sus noches escogen seis de estas doncellas para que dediquen toda su atención al Gran Khan, desde que se acuesta hasta que se levanta, tanto en su cámara como en su lecho, realizando todos sus deseos; y así hace con ellas cuanto le apetece. Al cabo de estos tres días con sus noches vienen otras seis doncellas a ocupar el lugar de las primeras, que abandonan su presencia; y

de este modo durante todo el año las seis doncellas van cambiando cada tres días con sus noches, hasta llegar al número de cien; entonces comienza de nuevo la misma rueda.

Algunas veces, mientras que una parte de ellas permanece en la cámara del Señor, otras esperan en una habitación contigua; de suerte que si el Gran Khan tiene algún deseo o necesidad, como beber, comer, o cualquier otra cosa que se le venga a las mientes, las que están en la cámara del Señor ordenan a las que aguardan en la vecina cuadra lo que deben hacer o preparar; y ellas cumplen de inmediato cuanto se les ordena. Así el Señor nunca

es servido sino por estas doncellas. En cuanto a las que obtuvieron una calificación inferior en quilates, permanecen con las demás mujeres del Señor, en el interior del palacio, aprendiendo a coser, cortar, confeccionar guantes y realizar todo género de nobles trabajos. Y cuando un gentilhombre busca una esposa, el Gran Khan le concede una de aquéllas junto con una gran pensión; y así va encontrando para todas un marido de alcurnia.

A esto se podría objetar: «¿Mas no se ofenden los hombres de aquellas provincias cuando el Gran Khan les arrebatara sus hijas?». Desde luego que

no; y, muy al contrario, ven en ello un gran favor y un honor inmenso; y se alegran de tener hijas hermosas que el Señor se digna aceptar, pues se dicen: «Si mi hija nació bajo el influjo de un planeta favorable y goza de buena suerte, el Gran Señor la colmará de bienes y la casará noblemente, cosa que yo no podría hacer de la misma manera». Y si la hija en cuestión no se comporta bien, o tiene mala suerte, dice su padre: «Esto le ocurre por tener mala estrella».

Donde trata de los hijos del Gran Khan

Habéis de saber que el Gran Khan tuvo, de sus cuatro esposas, veintidós hijos varones. Y el primogénito de la primera de ellas se llamaba Gengim, en recuerdo del buen Gengis Khan, primer Gran Señor de los Tártaros; éste es el que debía ser Gran Khan y Señor de todo el imperio, tras la muerte de Kublai, su padre. Ya en vida del Emperador fue confirmado como Señor y heredero; mas ocurrió que este Gengim vino a morir antes que Kublai Khan. Por esto, el hijo que dejó, llamado Temur, habrá de ser Gran Khan tras la muerte de Kublai, lo que es de toda justicia por ser hijo del primogénito del Gran Khan. Quiero añadir que este Temur es ya un hombre

valeroso, lleno de bondad, sabio, prudente, y que muchas veces ha demostrado su arrojo en las batallas.

Tiene además el Gran Khan otros veinticinco hijos habidos con sus concubinas; y todos ellos son buenos y valerosos, pues continuamente los ha ejercitado en las cosas de la guerra; y todos tienen la categoría de barones.

De la descendencia que tuvo de sus cuatro esposas siete hijos son reyes de vastos reinos y provincias; y todos mantienen el derecho y la justicia en sus Señoríos, pues son sabios y prudentes. Y es natural que sean dignos y valerosos Señores; pues su padre, el Gran Khan, es el hombre más sabio y mejor

preparado, el más excelente Señor de los ejércitos y el mejor gobernante de sus gentes e imperios y también el más valeroso y capaz de cuantos hubo nunca en todas las tribus de los Tártaros.

Y ahora que ya hemos hablado de los hechos del Gran Khan, de su aspecto, de sus esposas, de sus concubinas y de sus hijos, intentaremos describir cómo rige su corte, y cómo la tiene organizada.

Donde trata del palacio del Gran Khan

En la capital de Catai, llamada Cameluc, reside el Gran Khan durante tres meses

del año, en diciembre, enero y febrero. Y junto a la parte nueva de esta ciudad, que mira al Mediodía, tiene su gran palacio, tal como ahora diré.

Este palacio es cuadrado por todas partes; y lo primero que se ve es un cuadrado cuyos muros tienen ocho millas de largo, con un profundo foso que lo rodea. En mitad de cada uno de sus lados hay una puerta por donde entra multitud de gente, procedente de los más diversos lugares. Adentrándose por una de ellas se llega a un espacio vacío que tiene una milla de ancho, donde están los retenes de soldados de vigilancia. Tras este espacio hay otro cuadrado amurallado que mide por cada lado seis

millas; la fachada que mira hacia el Mediodía tiene tres puertas, igual que la que mira a la Tramontana; pero la puerta del centro es la más amplia y permanece siempre cerrada, abriéndose sólo si el Gran Khan quiere entrar o salir de su palacio; las otras dos más pequeñas, una a cada lado de la gran puerta central, permanecen siempre abiertas, siendo por ellas por donde entra y sale la gente. En cada ángulo de esta muralla, así como en el centro de cada fachada, hay un vasto y soberbio alcázar; de suerte que, alrededor de los muros, ocho hay en total. En ellos se guardan todas las pertenencias del Gran Khan, de una sola especie por edificio; en uno de ellos se

guardan bridas, sillas, estribos, y cuanto se refiere al arnés de los caballos; en otro están los arcos; las cuerdas, las aljabas, las flechas y todo cuanto se relaciona con ellos; en otro aún hay corazas, corseletes y otros objetos semejantes, de cuero hervido. Y de la misma forma están organizados los siguientes alcázares.

Estos muros contienen en su interior una nueva muralla cuadrada, cuyos lados alcanzan una milla de largo: es decir que su perímetro es de cuatro millas. Es muy gruesa y tiene más de diez pasos de altura. Su fachada exterior está enteramente revocada de color rojo y blanco, rematada de almenas al modo de

los castillos. En cada ángulo de la muralla hay construido, como en la anterior, un gran palacio, rico y hermosísimo, donde también se conservan, de la misma forma, las pertenencias del Gran Khan: arcos, flechas, aljabas, estribos, sillas, bridas para los caballos, lanzas, mazas, cuerdas de arco, tiendas, y cuantas cosas necesitan los ejércitos. Nuevamente, entre los dos palacios de las esquinas y en medio de cada uno de los lados de la muralla, hay un palacio similar a los anteriores; de suerte que, en todo el perímetro del muro, viene a haber ocho; todos ocupados por las pertenencias del Gran Señor. Esta muralla tiene cinco

puertas en la fachada que mira al Mediodía; la del medio es mucho mayor que las otras y no se abre nunca, salvo cuando el Gran Khan sale o entra por ella, cerrándose de nuevo tras su paso; pues está reservada al solo uso del rey. A cada lado de la gran puerta central hay otras dos más pequeñas, por las que entra la escolta del Gran Khan. Y junto a cada ángulo del muro hay otras dos más grandes, por las que pasan los demás. En los otros tres lados de la muralla sólo hay una puerta central; y todos pueden pasar por estas tres puertas, quedando sólo exceptuada la mayor de todas, de la que antes os hablé.

Dentro de esta muralla hay aún otra

más, la última, que es más larga que ancha. Tiene también ocho alcázares, iguales a todos los demás de los que ya he hablado, donde se guardan de la misma forma los pertrechos y pertenencias del Gran Señor. Tiene también cinco puertas mirando al Mediodía, idénticas a las del muro que se alza frente a ellas. Y en medio de cada uno de los tres lados de la muralla hay una sola puerta, que cualquiera puede atravesar. Por fin, en el centro de estos muros, está el palacio del Gran Khan, construido como ahora os voy a describir.

Es éste el palacio más vasto y maravilloso que nunca se haya

edificado, unido a la muralla por los costados de la Tramontana y del Mediodía, con un espacio libre por donde van y vienen los barones y soldados del Señor. Carece de diferentes pisos; y su enladrillado llega, aproximadamente, a unos diez pies de altura sobre el suelo; el techo se eleva mucho; y a su alrededor, un muro de mármol sostiene una terraza al nivel de las paredes; tiene dos pasos de anchura; y el palacio está dispuesto de modo que esta terraza que lo rodea constituye una especie de paseo por donde se puede ir y venir y vigilar el exterior; tiene en sus bordes una hermosa balaustrada de columnas que sirve para apoyarse.

Los muros de las salas y de las diferentes cámaras están totalmente recubiertos en su interior de plata y oro; y en ellos se representan, finamente cincelados, leones y dragones, pájaros y todo tipo de animales, bellas historias de damas y caballeros y otras bellísimas escenas y sucesos guerreros. También el techo está construido de tal suerte que sólo se ven en él plata, oro y pinturas muy diversas. En cada fachada del palacio una gran escalinata de mármol sube desde el suelo hasta lo alto del muro que la rodea, construido del mismo material; y es por estos escalones por donde se llega allí arriba.

El salón principal es tan amplio y

extenso que más de seis mil hombres podrían comer en su interior; y hay allí además cuatrocientas cámaras, número que parece verdaderamente increíble. El palacio es tan grande, tan hermoso, tan rico y tan proporcionado, que ningún hombre en el mundo podría imaginarlo o construirlo mejor. Sus techos, en la parte más alta y vistos desde fuera, son de colores rojos, verdes, amarillos y de distintos tonos del azul, de los más claros a los más oscuros; en fin, de todos los colores, tan bien barnizados todos ellos que brillan como cristal resplandeciente, y se les ve lucir desde mucha distancia a la redonda; y es tan fuerte el techo y está tan sólidamente

unido y construido, que ha de durar mil años.

Tras el palacio hay unos grandes edificios, con sus cámaras y salas, donde se guardan los objetos personales del Señor, todo su tesoro, su oro, su plata, su pedrería, sus perlas, y su vajilla de plata y oro. Allí viven también sus damas y concubinas, teniéndolo todo organizado a su gusto y manera; y nadie, excepto éstas o su Señor, penetra en aquel lugar del que ahora os hablo.

Entre los diversos cinturones amurallados que antes os decía hay bellas y muy grandes praderas y jardines, con hermosos árboles frutales

de variadísimas especies; y muchos extraños animales, ciervos blancos, bichas almizcleras, corzos, gamos, ardillas, armiños y otros muchos aún. Todos los patios interiores están repletos de estos bellos animales, excepto los caminos reservados al paso de la gente. Los prados tienen hierba en abundancia, pues los paseos están pavimentados y elevados dos codos sobre el suelo, de modo que en ellos no se forma fango ni se encharca el agua de la lluvia; sino que, vertiendo en las praderas, abona el suelo y hace crecer la hierba en abundancia.

En el ángulo del palacio que mira hacia la Osa Mayor hay un lago grande y

muy profundo, lleno de todo género de peces que cría allí el Señor; de modo que, en cualquier momento, puede disponer de ellos según su voluntad. Un río no muy grande, que allí corre, lo llena; y forma una especie de vivero, donde beben los animales que antes vimos. Después sale del lago; mas todo está dispuesto de tal modo que ningún pez escapa; pues tanto a la entrada como a la salida, unas redes de hierro les impiden el paso. También hay allí cisnes y otras aves acuáticas.

También he de decir que, en dirección a la Tramontana, distando del palacio un tiro de ballesta, tiene el Gran Khan una colina construida

artificialmente en el interior de la muralla, que alcanza los cien pasos de alto y más de una milla de circunferencia. Está cubierta de hermosos árboles que en ninguna estación pierden sus hojas, manteniéndose siempre verdes y lozanos, tal como está también tapizada de verde hierba la propia colina que decimos. Y os aseguro que el Gran Señor, cuando tiene noticia de que en algún lugar hay un árbol muy bello, lo hace arrancar con todas sus raíces; y con mucha tierra alrededor de aquéllas lo hace transportar por elefantes, para plantarlo en su colina. Sea cual sea el tamaño del árbol, el Gran Khan logra

siempre su objetivo. Tiene allí de este modo los más hermosos árboles del mundo, siempre verdes y frescos. Y además el Gran Señor hizo cubrir todo el monte de *piedra azur*, que es de un color muy verde; y de esta suerte, siendo verdes los árboles y verde toda la colina, sólo se ven allí cosas de este color; por esto le llaman Monte-Verde, y en verdad que merece bien el nombre.

En medio de la cumbre hay un amplio y hermoso palacio, verde por dentro y verde también por fuera. Y todo ello, la colina, los árboles y el palacio son tan grato espectáculo a causa de tanta verdura que cuantos lo llegan a conocer se quedan admirados. Y en

verdad que la hermosa vista que le proporciona es la razón por la que el Gran Señor construyó este conjunto; pues es tal su armonía que constantemente le reconforta, alegrándose en su contemplación en muchas y diversas ocasiones.

Donde trata del palacio del nieto del Gran Khan, que debe reinar tras él

Aún tengo que añadir que, junto al palacio principal, el Gran Señor mandó construir otro semejante al suyo en todos sus aspectos; de suerte que en nada se diferencian. Allí vive el nieto del Gran

Khan, Temur, hijo de Genjim, que es el heredero y futuro Señor; y todos los usos, costumbres y ceremonial que exhibe su abuelo, el Gran Khan Kublai, también allí se adoptan en atención a su futura Señoría. Por eso usa Temur una bula de oro y el sello del imperio; mas de modo distinto que el Gran Khan, mientras éste esté aún vivo. Y para pasar de un palacio al otro hay que cruzar un puente construido sobre el río.

Ahora que ya he descrito los palacios del Gran Khan y de su nieto, os hablaré de la ciudad de Taidú, la gran ciudad de Cambaluc donde están enclavadas sus mansiones; y primero diré cómo y por qué razón se construyó.

Junto a un gran río de la provincia de Catai había una antigua, grande y noble ciudad llamada Cambaluc, que quiere decir en nuestro idioma «la ciudad del Señor». Mas a través de sus astrólogos supo el Gran Khan que aquella ciudad llegaría a ser rebelde, haciendo gran oposición a su imperio; por esto la mandó destruir y dejarla en ruinas, construyendo la nueva ciudad de Cambaluc al lado de la antigua, mas al otro lado del gran río; y haciendo salir de la vieja ciudad a todos sus habitantes los llevó a la de nueva formación, llamándola Taidú. Y sólo permitió que siguiesen viviendo en la ciudad antigua a aquéllos en los que confiaba

plenamente, sin temor a que se rebelasen; pues en la de nueva construcción no podían alojarse tantos habitantes como en la otra, que era grandísima. Y aún ahora es tan grande como os voy a contar.

Tiene veinticuatro millas de circunferencia, seis millas por cada lado, pues es totalmente cuadrada sin que mida más por uno u otro costado. Está amurallada; y sus muros, que son de tierra, miden en su parte baja diez pasos de espesor por veinte de altura. Mas no son uniformemente gruesos de arriba a abajo, sino que según suben se van estrechando, hasta que en la parte más alta no tienen sino tres pasos de grosor.

Son totalmente blancos y almenados y tienen doce puertas; y sobre cada una de ellas hay un grande y hermoso alcázar. De modo que, en cada lado de los muros, hay tres puertas y cinco alcázares; puesto que también hay uno en cada esquina. Y todos tienen en su interior muy grandes salas, donde se aloja la guarnición que vigila la villa.

Toda la ciudad está trazada a cordel; sus calles principales son rectas como una I, llegando de uno a otro extremo tan amplias y derechas que quien se sube a una puerta, sobre el muro, puede ver a lo lejos la puerta contraria; pues están proyectadas de modo que cada puerta se ve desde la puerta de enfrente. Por todas

partes, a lo largo de las calles principales, se ven tiendas y puestos de todas clases, así como hermosos palacios y albergues y muchas buenas casas. Y todos los terrenos sobre los que están construidas son espaciosos, con patios y jardines. Estas porciones de suelo se conceden a cada cabeza de familia; así a tal fulano de tal clan le corresponde tal lote, y otro a otro fulano, y así sucesivamente. Rodeando estos lotes, de forma cuadrada, hay calles anchas por donde se atraviesa. Así es el interior de la ciudad, totalmente distribuido en cuadrados como un tablero de ajedrez, siguiendo un diseño tan bello y magistral que no es

posible describirlo.

En medio de la capital hay un gran palacio con una enorme campana que suena tres veces cada noche; y nadie debe caminar por la ciudad después de los tres toques. Pues cuando, según está dispuesto, suena la campana tres veces, ya nadie se atreve a caminar por la ciudad hasta el amanecer; salvo las comadronas, que van a asistir a las parturientas, y los médicos que atienden a los enfermos; y los que tienen que salir por cualquier causa, más vale que lleven luces. Está dispuesto que un grupo de mil hombres guarde la puerta de la ciudad todas las noches; mas no creáis que montan guardias por temor de otras

gentes; solamente lo hacen en honor del Gran Khan que allí reside; y también por impedir que los ladrones perjudiquen la ciudad donde habita. Pues el Gran Señor siempre se preocupa de que rateros y ladrones sean intimidados y detenidos. Además, a causa de las profecías de los astrólogos, tienen alguna desconfianza del pueblo de Catai. La guardia patrulla sin cesar por la villa durante toda la noche, en grupos de treinta o de cuarenta hombres, vigilando que ninguno circule en horas prohibidas después del tercer toque de campana. Si se encuentran con alguien, arrestándolo, lo llevan a la cárcel; a la mañana siguiente los funcionarios judiciales lo interrogan; y

si lo encuentran culpable de algún delito, lo castigan según su gravedad, con mayor o menor número de varetazos; e incluso algunos mueren por la dureza del castigo. Así castigan los crímenes de aquella gente, porque no quieren verter sangre humana; ya que los *bacsi*, que son astrólogos muy sabios, dicen que es malo hacerlo. Y ahora que os he dicho lo que hay en la ciudad de Taidú, os contaré cómo los habitantes de Catai meditaban rebelarse dentro de la ciudad.

Sobre la traición ideada para provocar la rebelión de la ciudad de Cambaluc, y de cómo sus autores fueron hechos prisioneros y condenados a muerte

Tal como más adelante os explicaré con mayor detalle, hay doce hombres que son los encargados de disponer sobre las tierras, los gobiernos y todo lo que a éstos se refiere; y entre ellos había un sarraceno llamado Acmat, hombre enérgico y hábil, que ejercía sobre el Gran Khan mayor influencia y autoridad que todos los demás consejeros. Hasta tal punto era el favorito del Señor que

tenía carta blanca para hacer cuanto quería. Pues, tal como se supo después de su muerte, este Acmat cegaba al Señor con sus palabras, hasta el punto de realizar enteramente su voluntad, concediéndole el mayor crédito y audiencia a cualquier cosa que dijese. Él, personalmente, distribuía todos los puestos de gobierno y los diferentes cargos y oficios; y era quien castigaba a todos los malhechores. Y cuando odiando a alguno, con o sin justicia, deseaba hacerlo morir, iba al encuentro de su Señor y, llegado a su presencia, le decía:

—Fulano es reo de muerte, pues ofendió a Vuestra Majestad de tal o cual

manera.

Y el Gran Señor contestaba:

—Haz como te parezca.

Y de inmediato Acmat lo mandaba matar. Mas cuando se hizo patente que podía actuar con plenos poderes y que el Señor tenía tan enorme confianza en su palabra que nadie osaba contradecirle en lo más mínimo, ya no hubo ningún personaje, por grande que fuera y por mucha autoridad de la que gozara, que no sintiera por él un temor inmenso. De modo que, cuando alguna persona era acusada por él ante el Señor de haber cometido un crimen capital, aun queriendo defenderse no podía refutarlo ni exponer sus propios argumentos, pues

nadie se atrevía a contradecir al favorito. Fue así como aquel Acmat hizo morir injustamente a muchos hombres.

Por lo demás no había hermosa dama que no lograra, si se encaprichaba con ella; pues si no estaba casada la tomaba por esposa; y, en caso contrario, la hacía consentir en su deseo. Cuando sabía que alguno tenía una hija hermosa sus rufianes se presentaban al padre y le decían:

—¿Qué decides? Sabemos que tienes una hija. Dásela por esposa al Bailo —a aquel Acmat, pues le llamaban Bailo, es decir ministro— y tendrás a cambio, durante tres años, tal gobierno o tal oficio.

Así el padre entregaba a su hija, y Acmat decía al Gran Señor:

—Tal gobierno está vacante o queda vacante tal día. Y fulano es el hombre indicado para él.

Respondía entonces el Señor:

—Haz lo que te parezca mejor.

Y de inmediato le concedía el cargo.

De tal suerte, en parte por ambición de acaparar cargos y oficios, en parte por el temor que inspiraba, Acmat tomaba por esposas a las más bellas mujeres, o las lograba a placer. Sus hijos, unos veinticinco, ocupaban los más altos cargos; y muchos de ellos, bajo el nombre y protección de su padre, cometían adulterios como él y

realizaban otras mil acciones nefastas y criminales. Además Acmat había amasado un tesoro gigantesco, pues cuantos deseaban obtener cargos y oficios le enviaban algún rico presente.

Así imperó, en el culmen de su poder, durante veintidós largos años. Y al final de este tiempo los habitantes de aquel país de Catai, viendo las infinitas injusticias y los irrepetibles crímenes que cometía sin freno alguno, tanto contra sus esposas como contra todos ellos en su personas, ya no podían resistirlo; por eso acordaron matarlo y rebelarse contra el gobierno de la ciudad.

Había un catayense llamado

Chenchú, jefe de mil hombres, cuya madre, cuya hija y cuya esposa habían sido forzadas por Acmat. Entonces, colmado de indignación, acordó con otro catayense llamado Vanchú, señor de diez mil hombres, acabar con el favorito. Y decidieron actuar cuando el Gran Khan terminase su período trimestral de residencia en Cambaluc, retirándose a pasar los tres meses que reside en Ciandú anualmente; también hacía esto su hijo Genjim, mientras que Acmat quedaba al cargo del gobierno y guarda de la villa; y, si ocurría algo de importancia, enviaba un mensajero a Ciandú ante la presencia del Gran Khan, para que le comunicase su decisión al

respecto.

Chenchú y Vanchú, tras elaborar juntos su plan, lo comunicaron a los más nobles catayenses del país; y de común acuerdo pusieron sobre aviso a muchos de sus amigos de otras ciudades de lo que habían decidido hacer, y de cuándo lo harían; a fin de que tan pronto como se diese la señal, matasen a todos cuantos tuviesen barba; y les pedían que pasaran la señal a otras ciudades, para que en todas ellas actuaran de la misma forma.

Habían decidido asesinar a todos los barbados, pues los catayenses son lampiños por naturaleza, mientras que los tártaros, sarracenos y cristianos

llevan la barba crecida. Todos los catayenses detestaban el gobierno del Gran Khan, pues los gobernadores que les había nombrado eran, en su mayor parte, tártaros y sarracenos; y aceptaban esto muy a disgusto, pues consideraban que esta situación equivalía a la servidumbre. Porque habéis de saber que el Gran Khan no gobierna Catai por derecho, sino que lo ganó por la fuerza; y no confiando en sus habitantes, había entregado el gobierno del país a tártaros, sarracenos y cristianos, quienes, al ser de casa, le eran fieles, pues ninguno de ellos era originario de Catai.

Por su parte, Vanchú y Chenchú, al

llegar la fecha que se habían fijado, entraron una noche en palacio. Vanchú se sentó sobre el trono, poniendo ante él gran cantidad de candelas encendidas; y envió un mensajero ante el Bailo Acmat, que vivía en la ciudad antigua, para que se hiciese pasar como enviado de Gengim, hijo del Gran Khan, con el encargo de decirle que su Señor acababa de llegar durante la noche, y que reclamaba urgentemente su presencia. Oyendo esto Acmat, muy extrañado, se dirigió enseguida al palacio, pues mucho temía al hijo del Gran Señor. Entrando por la puerta de la ciudad se encontró con un tártaro llamado Cogatai, jefe de doce mil

hombres, con los que continuamente patrullaba el recinto; y éste le dijo:

—¿Adónde vas tan tarde, Acmat?

—Voy ante Gengim, que ahora mismo acaba de llegar.

Mas Cogatai pensó:

«¿Cómo es posible que haya venido con tanto secreto que no me haya enterado?»; y los siguió, acompañado de alguno de sus hombres. Y mientras los catayenses se decían:

«Si logramos matar a Acmat ya nada tendremos que temer».

Cuando Acmat entró en palacio, viendo tantas candelas encendidas se arrodilló ante Vanchú creyendo que era Gengim; y Chanchú, que estaba allí

mismo y tenía dispuesta su espada, le cortó la cabeza. Viendo esto Cogatai, que se había quedado junto a la puerta de la sala, gritó: «Traición». Y disparando de inmediato una flecha contra Vanchú, que estaba sentado en el trono, le mató. Llamando entonces a sus hombres, hizo prisionero a Chanchú y proclamó un bando en toda la ciudad por el que anunciaba que haría matar al instante a cuantos se encontraran fuera de sus casas.

Los catayenses, viendo que los tártaros habían descubierto el complot y que ellos carecían de jefe, pues uno había muerto y otro estaba prisionero, se encerraron en sus casas sin poder dar la

señal a las demás ciudades para que se rebelasen tal como estaba previsto.

Al punto Cogatai envió mensajeros al Gran Khan para que le refirieran detalladamente cuanto acababa de ocurrir; y aquél le respondió ordenándole interrogar con toda diligencia a los habitantes de la ciudad, y castigarlos por sus crímenes, según lo que cada uno hubiera merecido. Al llegar la mañana Cogatai interrogó a todos los catayenses, y condenó a muerte a muchos al descubrir que eran parte en la conspiración; lo mismo se hizo en las demás ciudades, ajusticiándose a todos aquéllos de los que se supo que habían participado en aquel crimen.

Al volver el Gran Khan decidió averiguar la causa de lo que había ocurrido; y descubrió entonces cómo el maldito Acmat, junto con sus hijos, había cometido los enormes delitos y maldades que antes os referí. Se descubrió así que, al igual que siete de sus hijos —pues no todos eran malvados—, habían tomado por esposas a innumerables damas de la provincia, sin contar con las numerosísimas que habían logrado por la fuerza.

El Gran Kahn hizo transportar a la nueva ciudad todos los tesoros que Acmat había reunido en la ciudad antigua y los añadió a su propio tesoro; entonces pudo comprobar qué inmensa

fortuna había acumulado su favorito. Y al ver esto, ordenó que sacasen de la tumba el cuerpo de Acmat y lo arrojasen por las calles, para que fuese desgarrado por los perros. En cuanto a los hijos que habían imitado las malas acciones de su padre, los hizo desollar vivos a todos.

Y recordando que, según la odiosa secta de los sarracenos, todo pecado es legítimo, y que pueden matar a cualquiera que no sea de su ley, por lo que tanto el maldito Acmat como sus hijos no creían haber cometido falta alguna, despreció su fe y la consideró abominable. Llamando entonces ante sí a los sarracenos les prohibió realizar

muchas de las cosas que su ley ordena; y los conminó a tomar mujer según la ley de los tártaros y a no cortar la cabeza de los animales, tal como hacían para comer su carne, imponiéndoles en cambio el abrirles el vientre para matarlos. En la época en que ocurrió todo esto, Micer Nicolo que os lo cuenta, se encontraba personalmente en aquellas tierras.

Ya hemos hablado de la ciudad. De sus arrabales y de sus restantes grandezas hablaremos en otra parte del libro; mas ahora, para continuar, hablaremos de la forma en que el Gran Señor tiene organizada su Corte y de sus restantes hechos y costumbres.

*De cómo el Gran Khan tiene una
guardia de doce mil hombres de a
caballo*

Habéis de saber que el Gran Khan, en razón de su grandeza y dignidad, se hace guardar día y noche por doce mil hombres de a caballo, que están a su sueldo y se llaman *quesitan* en su idioma, lo que en el nuestro quiere decir «Caballeros mercenarios al servicio del Señor». Mas no mantiene esta vigilancia porque tema a ningún hombre, sino para realzar su nobleza, grandeza y magnificencia.

Sus guardias se organizan de la siguiente forma: estos doce mil hombres tienen cuatro capitanes, cada uno de los cuales es jefe de tres mil guerreros. Un capitán, junto con su compañía de tres mil soldados, permanece en el interior del palacio del Gran Khan durante tres días con sus noches, sin salir nunca de él, ni de noche ni de día; comen y beben a cargo de la Corte y duermen allí mismo. Tras haber montado guardia durante estos tres días con sus noches, salen de palacio, y viene entonces el segundo capitán con sus tres mil hombres respectivos, quienes vigilan y patrullan durante los tres días y tres noches siguientes; así se van turnando

para hacer la guardia durante todo el año. Durante el día los otros nueve mil no abandonan nunca el palacio, si no es por cumplir algún servicio del Gran Khan o para proveer a sus propias necesidades; mas para salir deben tener permiso de su capitán. Y si les sucede algo grave, si el padre, el hermano, o algún pariente de alguno está a punto de morir, o si les sorprende alguna desgracia de forma que no puedan incorporarse con rapidez al servicio, tienen no obstante que pedir licencia a su Señor. Mas por la noche estos nueve mil vuelven a sus casas.

Cuando el Gran Khan se sienta ante su mesa de la gran sala, por alguna

reunión de la Corte o por alguna fiesta o celebración, lo hace de esta forma. La mesa del Gran Khan está mucho más alta que las otras. Su sitio está situado en la parte norte de la sala, de modo que su rostro mira al Mediodía; su primera esposa se sienta a su izquierda; y a su derecha, en distinta mesa pero más abajo, se sientan sus hijos y nietos, ordenados según las edades, así como sus parientes de sangre imperial, quedando sus cabezas al nivel de los pies del Gran Señor. A continuación los barones, príncipes, y demás personas, están situados en mesas aún más bajas, según su dignidad, edad, y estado. El mismo orden se sigue con las mujeres: a

los pies de la primera reina, están las mesas de las otras y de los hijos pequeños del Gran Khan; todas las esposas de los hijos y nietos del Gran Señor, así como de sus sobrinos y parientes, se sientan a la izquierda, del lado de la Emperatriz, pero más abajo. Vienen después las mujeres de los caballeros y barones, situadas más abajo todavía. Todos saben en qué lugar les corresponde sentarse, según su rango y dignidad, por orden del Señor. Y disponen las mesas de tal forma que el Gran Khan los puede ver a todos a pesar de su número. Mas no habéis de creer que todos están sentados a la mesa, sino que, muy al contrario, la mayor parte de

los caballeros y barones comen en esta sala sentados en sus tapices.

A los lados de la sala hay otras muchas, pues los banquetes reales se componen muchas veces de más de cuarenta mil comensales, sin contar con los que forman parte de la Corte, que vienen en gran número a cantar y a realizar todo tipo de juegos. Muchos hombres llegan cargados de ricos presentes, procedentes de regiones extranjeras, con gran cantidad de joyas y objetos extraños y curiosos; entre otros, los solicitantes de dominios y señoríos diversos. Y vienen también innumerable cantidad de bufones. Por ello se apelotona siempre una enorme

muchedumbre cuando el Gran Khan convoca a la Corte y organiza sus banquetes.

En medio de la sala en la que está la mesa del Gran Señor hay un hermoso pedestal, parecido a un cofre cuadrado; tiene cada uno de sus lados tres pasos de longitud y está adornado con dorados relieves que representan diversos animales; en su centro es hueco y contiene un precioso recipiente, un enorme jarro de oro fino de tanta capacidad como un gran tonel, lleno de vino o de otras deleitosas bebidas. Al pie de este jarro y en torno suyo, es decir en cada esquina del cofre, hay un cántaro de plata muy fino y de gran

valor, de capacidad similar a la de una cuba de las que se utilizan para recoger la uva, lleno de extraordinarias bebidas especiadas. En uno de estos recipientes hay leche de yegua, en otro de camella, y así van guardando todo tipo de líquidos. Sobre el cofre, en su centro, ponen todas las vasijas del Señor, de las que procede su bebida; y de la mayor de ellas, sacan el vino y otro líquido, vertiéndolo en las copas más pequeñas que la rodean. Sirven el vino y las demás bebidas en unas grandes jarras de oro lacado, llenas hasta los bordes y capaces de contener más líquido del que pueden trasegar ocho o diez hombres. Cada una de estas jarras, barnizadas de

laca, se coloca entre cada dos comensales; y todos ellos tienen una copa, cuyo pie y asa son de oro, con la que cogen el vino. De la misma forma, entre cada dos damas colocan una de aquellas grandes jarras y dos copas, igual que entre los hombres.

Todas las jarras de oro y los demás recipientes son de gran valor; pues el Gran Señor tiene tal profusión de vajilla de oro y plata que cuantos lo ven se quedan boquiabiertos; y nadie que no lo haya visto puede imaginárselo, ni dar crédito a tanta riqueza.

Hay allí algunos barones que se encargan de colocar correctamente a los extranjeros que están de paso y

desconocen las costumbres de la Corte; estos barones se mueven sin cesar por la sala en todos los sentidos, preguntando a los comensales si necesitan algo; y si alguno quiere vino, leche, carne, o alguna otra cosa, se lo envían al momento por medio de los sirvientes. En cada puerta de la sala, o de cualquier otra cámara en la que se encuentre el Señor emplazan siempre dos enormes individuos de gigantesco tamaño, uno a cada lado, llevando un gran bastón en la mano; hacen esto porque está prohibido pisar el umbral: pues según su costumbre hay que poner el pie más allá, traspasándolo. Y si alguno, por casualidad o accidente, lo pisa,

cogiéndolo los guardias le arrebatan sus ropas; y si las quiere recuperar debe rescatarlas por dinero; en caso contrario, arrebatándole los vestidos, le dan tantos golpes como está prescrito. Mas cuando llegan allí algunos extranjeros que no conozcan esta regla, los barones que tienen como función introducirles se lo advierten de inmediato. Hacen esto porque pisar el umbral es muy mal presagio. En cambio para salir, como muchos están borrachos y no pueden controlarse por más que lo intenten, no se establece ninguna pena ni requisito.

Los numerosos barones que atienden al servicio de la comida y la bebida del

Gran Khan tienen todos la boca y la nariz cubiertas con un velo de seda y oro bellamente tejido; y hacen esto para no contaminar con su aliento los alimentos y bebidas del Señor.

Cuando el Gran Khan quiere beber, todos los instrumentos de música, de los que hay muchísimos y muy variados, comienzan a sonar. Cuando el Gran Señor toma en su mano la copa, el servidor que se la presenta se retira tres pasos y se arrodilla ante él, al igual que se arrodillan todos los barones y la demás gente que allí se encuentra, en signo de gran acatamiento; sólo entonces bebe el Gran Señor; y, cuando ha terminado, los instrumentos enmudecen y

todos los presentes se levantan de nuevo. Esta ceremonia se repite cada vez que bebe o cada vez que le presentan un nuevo plato.

De la comida nada diré, pues es claro que en una Corte de tal magnificencia es abundantísima y enormemente variada. Sólo he de advertir que ningún barón ni caballero come allí sin llevar consigo a su primera esposa, que se sienta y come junto a las otras damas.

Cuando terminan de comer se retira el servicio de las mesas; y, levantándose, los artistas interpretan dulces melodías; llegan entonces a la sala, ante el Gran Señor y todos los que

le acompañan, multitud de juglares y acróbatas, echadores de la buena ventura, comediantes y cómicos, realizando cada uno su número y sus habilidades; todos se comportan con gran fiesta y regocijo ante el Gran Señor, mientras que los espectadores ríen y se divierten, y cuando todo termina se marchan todos y cada uno vuelve a su mansión o a su casa respectiva.

*Donde trata de la gran fiesta que
celebra el Gran Khan en
conmemoración de su nacimiento*

Todos los tártaros y sus vasallos tienen por costumbre festejar el día de su nacimiento. El Gran Señor Kublai nació el día veintiocho de la luna del mes de septiembre, y todos los años celebra durante ese día la mayor de sus fiestas exceptuando la del primero de año, en las calendas de febrero; pues es en esta fecha en la que sitúan el comienzo del año, siendo para ellos el mes de febrero el primero de su año lunar.

El día de su cumpleaños el Gran Khan viste sus mejores y más nobles ropas de oro batido. Y los doce mil barones y caballeros que tienen el título de Fieles Compañeros del Señor se ponen ropas similares, en su color y

forma, a las que lleva el Gran Khan. Naturalmente no llevan trajes tan costosos como los de aquél, pero sí de seda y oro y todos del mismo color; llevan grandes y valiosísimos cinturones de cuero adornados con hilo de oro, y otros de plata trabajados con mucho arte; y sandalias de cuero, iguales que los cinturones; pero es el Gran Señor quien les proporciona estos vestidos. Y puedo aseguraros que las perlas y pedrerías que lleva el Gran Khan pueden valer más de diez mil bizancios de oro; y otras similares llevan los barones llamados *quesitan* que, en atención a su lealtad, son los más allegados al Gran Señor. Trece veces

por año, en las trece solemnes fiestas que celebran los tártaros, una en cada luna, entrega el Gran Khan a sus doce mil barones y caballeros ricos vestidos adornados de perlas, oro, y otras pedrerías, junto con cinturones y sandalias de cuero como las que arriba dije, hasta ciento cincuenta y seis mil en total; y a todos los reviste con capas similares a las suyas, todas de enorme valor, de modo que todos ellos pueden pasar por reyes. La ropa de estos barones está siempre dispuesta, pues no se confecciona cada año sino que, más o menos, viene a durar unos diez; y la distinción entre unas y otras ocasiones viene establecida por el color del traje.

Y en verdad me parece que, en todo el mundo, no hay otro Señor salvo éste que pueda hacer otro tanto.

Sigue hablando de la fiesta que celebra el Gran Khan el día de su cumpleaños

El día en que celebra su nacimiento, todos los tártaros del mundo y todas las provincias y regiones que le están sometidas celebran grandes fiestas y le entregan muchos ricos presentes, cada uno de acuerdo con su estado, según lo previamente dispuesto. También llegan ese día otros muchos hombres cargados de regalos, que vienen a pedir favores al

Señor, solicitándole que les conceda algún Señorío. Mas el Gran Khan nombra a doce barones, que son los encargados de sus asuntos; y entre éstos se preocupan de entregar los señoríos a uno u otro, según les parece conveniente.

Ese día todos sus súbditos, sean del pueblo que sean y cualquiera que sea su fe, idólatras, cristianos, judíos, sarracenos y otros muchos, elevan a su dios o a sus ídolos grandes oraciones y plegarias, con muchos cánticos, incienso, y gran cantidad de luminarias, solicitando protección para su Señor, y larga y feliz vida con salud, seguridad y prosperidad. Tal como os he dicho se

celebra este día la fiesta de su nacimiento. Mas dejemos esto ahora para hablar de otra gran fiesta que organizan al comienzo del año, a la que llaman *La Fiesta Blanca*, la más importante de todas.

Donde describe la grandísima fiesta que celebra el Gran Khan a comienzos del año

Los tártaros celebran la solemne fiesta que llaman *Blanca* al comienzo de su año, en las calendas de febrero. Y tanto el Gran Señor como sus súbditos hacen así cuando viene este tiempo: según su

costumbre, el Gran Khan, y del mismo modo todas sus gentes, hombres y mujeres, pequeños y grandes, visten trajes blancos en esta ocasión, si tienen medios para hacerlo. Creen que las blancas vestiduras son de buen augurio, y por esto se las ponen al comenzar el año para que todo cuanto en él les ocurra sea feliz y venturoso. Aquel día todos los pueblos y provincias, regiones y reinos que están sometidos al Gran Khan le ofrecen grandes presentes de oro, plata, perlas, piedras preciosas, multitud de hermosos y ricos ropajes de color blanco, y otras muchas cosas, según conviene a cada uno; mas todo cuanto le regalan ha de ser de color

blanco. Además, los barones, caballeros, y en definitiva todo el pueblo, intercambian regalos a su vez, todos ellos de color blanco, se abrazan, se celebran unos a otros, y se dicen mutuamente igual que nosotros hacemos:

—Que tengas buena suerte y que todo te salga bien.

En este día hacen venir desde los más distintos lugares más de cien mil camellos y caballos blancos, hermosos y de buena raza, y los entregan como regalo al Gran Khan. Hacen venir también todos sus elefantes, unos cinco mil, cubiertos con sus fundas, rica y hábilmente bordadas con figuras de animales y pájaros, en seda y oro. Cada

uno de ellos lleva sobre el lomo dos cofres suntuosos y hermosísimos, cargados con la vajilla de plata y oro del Señor y con los ornamentos necesarios para la fiesta. Llega también gran multitud de camellos, igualmente cubiertos con sus fundas de seda blanca, llevando otras cosas necesarias para la fiesta; y todo este desfile va pasando ante el Gran Señor, constituyendo el más hermoso espectáculo del mundo.

El día de la fiesta por la mañana, antes de que se coloquen las mesas, todos los reyes, duques, marqueses, condes, barones, caballeros, astrólogos, filósofos, vigilantes, halconeros y otros muchos funcionarios, gobernadores y

capitanes del Gran Rey, se reúnen en la gran sala, en presencia de su Señor; y los que no logran entrar, por causa de la gran multitud que allí se agolpa, permanecen en el exterior del palacio y desde allí lo adoran; de modo que el Gran Khan, sentado sobre un trono, puede verlos a todos. Ahora os diré cómo se colocan; pues a la cabeza de todos ellos están los hijos, nietos y sobrinos del Señor, así como los demás de su linaje; después vienen los reyes; después los duques, tras ellos los barones y caballeros, y más atrás todas las clases, por su orden, una tras otra según conviene a su rango y a la dignidad de su empleo. Y una vez

sentados, cada uno en su lugar, un viejo sabio que es una especie de gran sacerdote se levanta y dice en alta voz:

—¡Inclinaos y adoradle!

Tan pronto termina de pronunciar estas palabras, todos a una se levantan; y, curvándose hacia adelante, se arrodillan colocando la frente en tierra; a continuación dirigen sus plegarias hacia el Gran Señor, y lo adoran como si fuera un dios. Después dice el prelado:

—¡Dios salve y guarde a nuestro Señor durante muchos años, con toda felicidad y alegría!

Y todos responden:

—¡Dios lo quiera!

El prelado dice por segunda vez:

—¡Dios acrezca y multiplique cada vez más su imperio, preservando en paz y buena voluntad a todos los pueblos que le están sometidos, para que la prosperidad se mantenga íntegra y completa en todas sus tierras!

Y todos responden:

—¡Dios lo quiera!

Así lo adoran cuatro veces consecutivas.

A continuación se levantan y se dirigen en buen orden hacia un altar hermosamente adornado, sobre el que está depositada una tableta bermeja con el nombre del Gran Khan inscrito en ella, con letras de oro y muchas piedras preciosas.

A su lado está dispuesto un bello incensario de oro; y, tomándolo, sahúman la tableta y el altar con gran devoción, volviendo a continuación, uno a uno, a ocupar su sitio. Hecho esto, le ofrecen al Señor los presentes de los que antes os di noticia; y después de que los ha contemplado y examinado todos, lo adoran nuevamente; luego se colocan las mesas; y una vez dispuestas, todos se sientan en el orden que antes os decía, haciendo lo mismo las mujeres. El Gran Señor permanece ante su mesa, en su alto sitial, situado del lado norte de la sala, con el rostro mirando al Mediodía; y así puede ver con gran comodidad a todos los que asisten a su fiesta. A su

izquierda está situada su primera esposa, y ningún otro se sienta donde ella está. Después se van colocando los demás, tal como antes os dije, todos los hombres a la derecha, del lado donde está el Gran Khan, y todas las mujeres a la izquierda, juglares y bufones vienen para entretener a la Corte, tal como antes oísteis. Y tras esto, felices y contentos, se vuelven a sus casas y mansiones.

Mas ahora que ya he descrito la Fiesta Blanca del principio del año, he de añadir algo muy admirable que ha instituido el Gran Señor en honor de su fiesta, ordenando confeccionar ciertos vestidos de diversos colores y

entregándoselos a los barones que comparecen junto a él en estas ceremonias, tal como ahora veréis.

*Donde trata de los doce mil barones
que vienen a las fiestas*

El Gran Señor nombra doce mil barones a los que llama *quesitan*, lo que significa que son los hombres de confianza más próximos a su Señor. A cada uno le entrega trece vestidos de gran valor, cada uno de un color diferente; es decir que hay doce mil vestidos de un color, doce mil de otro, y así sucesivamente, distinguiéndose entre

sí por sus trece distintas tonalidades; están adornados noblemente con piedras preciosas, perlas y otros muchos adornos; y son todos ellos de un valor inmenso. También entrega a cada uno un bello cinturón de oro muy valioso, un par de botas de un cuero al que llaman *camut*, y un gorro; todo ello hábilmente bordado y adornado, con hilo de plata; y todo de gran precio y de enorme hermosura. Son tan nobles y hermosos estos ornamentos que, cuando los llevan puestos, diríase que cada uno es un rey. El ceremonial determina cuál de los tres vestidos deben ponerse en cada una de las fiestas. El Gran Señor tiene también trece ropajes como los de sus barones;

es decir, en cuanto al color; pero son mucho más nobles, de mayor valor y mucho mejor adornados.

Ya conocéis ahora las trece ropas diferentes que el Señor entrega a sus doce mil barones, lo que en conjunto vienen a ser ciento cincuenta y seis mil preciosos vestidos de gran precio y valor; pues equivalen a tal cantidad de tesoros que sería imposible calcularlo; esto sin contar los cinturones y las botas, que por sí solos vienen a valer otra fortuna; dispuso todo esto el Gran Señor para que su fiesta fuese más noble y deslumbrante.

Otra cosa diré que había olvidado y que me parece digna de ser contada en

nuestro libro. Pues cuando el Gran Khan celebra la fiesta y ceremonia de la que antes hablé llevan ante él un gran león. Y esta fiera, desde que ve al Emperador, se tiende ante él en el suelo dando muestras de profunda humildad y parece reconocerlo como su amo y señor. Tan domesticado está que allí lo dejan ante el Gran Khan sin encadenar, tranquilamente tumbado a los pies del rey como si fuese un perro; lo que es gran maravilla. Mas dejando esto, hemos de hablar de las grandes cacerías del Gran Khan tal como ahora oiréis.

De cómo ordena el Gran Khan a sus súbditos que le lleven la caza

Mientras el Gran Señor reside en la capital de Catai, durante los tres meses de diciembre, enero y febrero, ordena que todos cuantos viven en un radio de sesenta jornadas alrededor de su palacio deben practicar la caza y la cetrería. Tiene establecido además que toda la caza mayor que allí se coge, o sea grandes animales como los jabalíes, ciervos, gamos, corzos y osos, así como las aves que se capturan, le pertenecen; debiendo entregárselos todos los

señores que tienen tierras y servidumbre en aquella zona. Matan mucha caza con los perros, pero más con sus flechas; y antes de enviársela al Gran Señor, les sacan las entrañas del vientre a las piezas que han capturado, una vez limpias las amontonan en carretas o en barcazas, y se las hacen llevar. Hacen esto incluso los que están a treinta jornadas de distancia, que son muchísimos. Los que distan sesenta jornadas de su residencia no le envían carne, por ser demasiado largo el camino, pero le llevan en cambio los cueros ya desollados y preparados, para que el Señor provea a su ejército de cuantos pertrechos necesite.

Y ahora que os he dicho cómo hacen con la caza, hablaremos de las fieras que el Gran Señor lleva a cazar en su compañía.

Donde se trata de los leones, leopardos y lince adiestrados en la caza; habla también de los gerifaltes, los halcones y otras aves

Tiene el Gran Señor muchos leopardos, muy útiles para cazar y apresar animales; y también muchos lince, igualmente adiestrados, muy buenos cazadores. Posee además varios grandes leones, mayores que los de Babilonia,

de hermoso color y pelaje, rayados a lo largo^[4] en negro, rojo y blanco; están enseñados a atrapar jabalíes y bueyes salvajes, osos, asnos silvestres, ciervos, gamos y otras muchas especies; y os aseguro que son magníficas las bestias que cazan estos leones. Cuando el Señor sale a cazar con ellos los transportan enjaulados sobre unas carretas; y llevan además un perrillo como compañero, con el que fueron adiestrados desde que eran cachorros. Hay que llevarles siempre contra el viento, pues la caza de lo contrario les olería, huyendo de inmediato al detectar su presencia.

Tiene también multitud de águilas, a las que han enseñado a cazar lobos,

zorros, corzos, gamos, liebres y otros animaluchos. Las que cazan lobos son enormes y muy robustas, y no hay lobo por grande que sea que no logren llevarse.

Y ahora, tras explicaros esto, quiero deciros cómo el Gran Señor tiene también numerosos perros cazadores.

*Habla en él el autor de dos hermanos,
que están al cuidado de los perros de
caza*

El Gran Señor tiene a su servicio dos barones que son hermanos; uno se llama

Baián y el otro Mingán. Les llaman los *cuiucci*, lo que en lengua tártara significa «guardianes de los mastines». Tiene cada uno de ellos diez mil hombres a sus órdenes, todos vestidos del mismo color; es decir, de rojo todos los servidores de uno y de azul cielo todos los que sirven al otro.

Pero no siempre llevan estos vestidos, sino sólo cuando salen de caza acompañando al Gran Señor; de cada diez mil de éstos, dos mil llevan consigo uno o dos buenos mastines cada uno; de modo que tienen muchísimos. Cuando el Gran Señor va a cazar, uno de los hermanos, con sus diez mil hombres y hasta cinco mil perros, avanza por su

izquierda; y el otro, seguido por otros diez mil hombres con sus perros, camina a su derecha. Y el Señor y sus barones se quedan en medio de la gran llanura donde se practica la caza. Los cazadores van unos junto a otros, manteniendo entre sí una pequeña distancia; y son tan numerosos que, avanzando de este modo, cubren todo el espacio de una jornada de camino. Después de desplegarse se vuelven unos frente a otros, mirando todos hacia donde está el Gran Señor, y sueltan los perros; con lo que muy pocos animales pueden escapárseles.

Es extraordinario el espectáculo que ofrece este tipo de caza y la velocidad

que alcanzan los perros y cazadores; pues cuando el Gran Khan cabalga junto con sus barones, cazando por toda la extensión de aquellas amplias llanuras, si pudieseis ver cómo vienen sus perros persiguiendo a los osos, los jabalíes, los ciervos y otros muchos animales, acosándolos por ambos flancos, os asombraríais del magnífico espectáculo con el que el Gran Señor obtiene gran placer y contento.

Ambos hermanos están obligados por contrato a suministrar diariamente a la Corte del Gran Khan, desde octubre hasta el final de marzo, hasta mil cabezas de animales salvajes y todo tipo de aves excepto codornices; y deben

coger también tantos peces como puedan, de modo que todos los que tomen pescado en una de las comidas de la Corte logren quedar saciados con su mucha abundancia.

Y ahora que hemos visto cuanto se refiere a los perros de caza, hablaremos de lo que hace el Gran Señor durante otros tres meses.

Donde explica cómo sale a cazar el Gran Khan para atrapar muchas aves y todo tipo de animales salvajes

Después de residir tres meses en la ciudad de Cambaluc, cuando llega el

mes de marzo parte de allí el Gran Khan, y se dirige campo a través en dirección al Mediodía; hasta que llega al mar Océano, que está a dos jornadas de distancia. Diez mil halconeros le acompañan, llevando consigo más de quinientos gerifaltes, halcones sacros y halcones peregrinos; y también muchos azores para cazar en las riberas de los ríos.

Más no los tiene a todos reunidos en un solo lugar, sino que los reparte aquí y allí, en grupos de cien o doscientos, más o menos según le conviene. Y con todos ellos van cazando muchas aves y llevándole su mayor parte al Gran Señor.

Cuando avanza el Gran Khan cazando con sus azores y gerifaltes, más de diez mil hombres le acompañan, situados por parejas a lo largo de toda la llanura; en su idioma les llaman *toscaor*, lo que en el nuestro quiere decir «vigilantes de las aves»; al ir emparejados y dispersos abarcan mucho terreno; y cada uno lleva un reclamo y un capuchón, de modo que pueden llamar y retener a los pájaros.

Así, cuando el Gran Señor o los que lo acompañan sueltan sus aves, no precisan seguirlas; pues sus hombres, dispersos por la región, los vigilan para que no vuelen demasiado lejos; y si estas aves necesitan socorro, los

toscaor están siempre atentos para acudir en su ayuda.

Todas las aves del Gran Khan, así como las de los barones que le acompañan, llevan atada a una pata una pequeña tableta de plata, sobre la que va grabado el nombre de su propietario. Así los reconocen desde el momento en que los atrapan, y de inmediato los devuelven a su amo.

Mas si no saben quién es su dueño, los entregan a un barón llamado *bularguci*, lo que viene a significar «guardián de las cosas de dueño desconocido». Así, si se encuentran un caballo, una espada, un pájaro o cualquier otro objeto sin que se sepa a

quién pertenece, de inmediato se lo entregan a aquel barón; y él, tomándolo, lo conserva cuidadosamente hasta que sea reclamado por su propietario. Quien encuentra cualquier cosa perdida si no se la lleva rápidamente al *bularguci* es considerado ladrón. Por su parte, los que han perdido alguna cosa ante él se presentan; y el barón, si la tiene, al punto se la devuelve. El *bularguci* se sitúa siempre en el lugar más elevado, manteniendo en el aire su enseña para que cuantos pierdan o encuentren alguna cosa puedan fácilmente ver en dónde está. Así nada se pierde sin que sea encontrado y restituido a su dueño con mucha rapidez.

Cuando el Gran Señor hace la ruta que va hacia el mar Océano, a la que antes me referí, va siempre cazando gran cantidad de pájaros y otros animales; y no hay en el mundo distracción similar ni espectáculo más bello. Avanza el Gran Khan sobre cuatro elefantes, dentro de una hermosa cámara de madera colocada sobre el lomo de aquellos gigantes animales, forrada en su interior por paños de oro batido y cubierta con pieles de león por la parte de afuera. Siempre que va de caza lo hace así, pues el Gran Señor está aquejado de gota. Y lleva consigo en todo momento doce de sus mejores gerifaltes. Muchos barones van con él,

con objeto de acompañarle y distraerle; y en torno a los elefantes van cabalgando otros barones que le dan escolta. Así, mientras el Gran Señor permanece en su cámara sobre los elefantes, entreteniéndose en la conversación con algunos de sus barones, los que cabalgan a su alrededor, si ven pasar algunos faisanes, grullas u otros pájaros similares, se los señalan a los halconeros que van con el rey y dicen con grandes voces:

—¡Señor, una bandada de grullas!

De inmediato, mandando que descubran el techo de su cámara, el Gran Señor las ve; y tomando los gerifaltes que le parecen más

apropiados los envía tras ellas. Muchas veces, tras luchar largo tiempo con las grullas, los gerifaltes las atrapan y las matan ante su presencia. Y mientras el Gran Señor puede contemplarlo todo, manteniéndose sentado sobre el lecho, dentro de su cámara, lo que le produce gran placer y diversión, así como a cuantos barones y caballeros están en su cercanía. Y en verdad no creo que haya habido ni vuelva a haber nunca quien pueda disfrutar de tan grandes delicias y placeres como los que este Señor se proporciona.

Tras ir así cazando durante algunas horas llega a un lugar llamado Caccia Modun donde están plantados sus

pabellones y tiendas, dispuestas en buen orden, así como las tiendas de sus hijos, de sus barones, caballeros, halconeros, y concubinas; que son en total más de diez mil, de enorme riqueza y hermosura.

Ahora os diré cómo está hecho este pabellón y cómo es de grande. La tienda que le sirve de Corte es tan amplia que en ella caben hasta mil caballeros; y tiene su puerta dispuesta en dirección al Mediodía. En el porche se quedan sus barones y otra mucha gente afecta a su servicio. Junto a ésta, en otra tienda orientada hacia Poniente, se alojan otros barones aún; y otros en la siguiente, todas ellas unidas entre sí; de este modo,

cuando el Gran Khan quiere hablar con alguno lo hace entrar hasta donde él está. Tras la gran sala hay una cámara bella y espaciosa en la que duerme el Gran Señor, que también está unida a las precedentes. Hay además otras salas en otras muchas tiendas, mas no comunican con la grande, salvo las que he dicho. Las dos salas de las que os he hablado y la cámara en la que duerme el Gran Señor están confeccionadas tal como ahora explicaré. Cada una de las dos salas tiene tres columnas hechas de madera olorosa, doradas y labradas bellamente; ambas están exteriormente revestidas por hermosas pieles de león, rayadas de rojo, negro y blanco; son

éstos sus colores naturales, pues en estas regiones hay muchos leones cuya piel está rayada como digo; y están protegidas de tal modo que ni el viento ni la lluvia pueden dañarlas ni afearlas. El interior de estas salas va forrado de armiños y martas cibelinas, que son las pieles más valiosas y más bellas del mundo. Pues la cantidad de armiños que se necesita para confeccionar un vestido de hombre de primera calidad vale más de dos mil bizancios de oro; y mil bizancios si son peores las pieles. Los tártaros llaman a ésta la reina de las pieles en su idioma; y su tamaño es similar al de la piel de un hurón. Mas las pieles de las dos grandes salas de

Kublai Khan son magníficas por la habilidad de su confección y su rareza. La cámara donde duerme el Gran Señor también está por fuera revestida con pieles de león y con otras de cibelina y armiño en su interior, todo muy noble y ordenadamente preparado. Además los cordajes que sostienen la cámara del Gran Khan y las salas que la rodean, todos son de seda. Y tal es el valor de estas tres tiendas, y tanto deben costar, que un pequeño rey no podría costeárselas.

Alrededor de ésta están las demás tiendas, montadas en buen orden y en la mejor disposición. Las esposas, hijas y concubinas del Señor y de sus

acompañantes se alojan también en ricos pabellones; así como sus halcones y gerifaltes, sus restantes aves y animales, e incluso sus guardianes. ¿Qué más os diré? El campamento es enorme, formado por multitud de tiendas de muy diversa especie; hasta el punto de que, en su conjunto, parece constituir la más hermosa ciudad de toda la Tierra, a juzgar por la gran cantidad de gente que allí llega de todas partes y desde muy lejos. El Gran Khan reúne en su campamento a toda su Corte, astrólogos, halconeros y otros funcionarios, así como mercaderes de todo tipo, imprescindibles allí para cubrir las necesidades de tan gran número de

gentes; y además, cada uno de ellos se hace acompañar por toda su familia, según su costumbre. Mas a pesar de esto, todo está dispuesto y ordenado con tanta perfección como en la propia capital de Cambaluc.

En estas tierras permanece el Gran Khan hasta los primeros aires de la primavera, que coincide con nuestra época de Pascuas. Hasta entonces no deja de practicar la cetrería por lagos y por ríos muy diversos, cazando grullas y cisnes, garzas y todo tipo de aves en grandes cantidades. Sus gentes, esparcidas por muchos lugares a su alrededor, sólo se dedican a la caza; y así le llevan cada día cuantas piezas

atrapan. Hasta esta fecha que dije vive así, rodeado por todos los placeres; y nadie que no lo haya visto podrá creerlo, pues su magnificencia, esplendor y felicidad son mayores de cuanto puedo expresar.

He de añadir que ningún mercader, fabricante, ciudadano o aldeano, nadie en fin, sea quien sea, osará poseer un azor, un halcón, ni ningún otro pájaro adiestrado para la caza, ni tampoco un perro cazador, dentro de los dominios del Gran Khan, hasta más de veinte jornadas del lugar donde el Gran Señor reside. Ningún barón, ningún caballero, ni ningún otro noble se atrevería tampoco a cazar sin enrolarse entre los

hombres del jefe de halconeros del Gran Señor, o sin conseguir un privilegio real que así se lo permita. Mas en las restantes provincias el derecho de cazar, con perros o con aves, es libre. Además está establecido que en todas las tierras que están bajo el dominio el Gran Khan, ningún rey o barón ni ningún otro hombre tiene permitido cazar liebres, gamos, ciervos, corzos, ni otros animales, desde el mes de marzo hasta finales de octubre, para que éstos puedan crecer y multiplicarse. Y cualquiera que se atreviese a contravenir este reglamento tendría grandes motivos para arrepentirse, pues así lo quiere el Gran Señor; y su

mandato es tan universalmente obedecido que todos los animales, corredores o voladores, se multiplican inmensamente; tan lleno está el país de ellos que el Señor tiene cuantos quiere; y las liebres, corzos, y otros animales que dije, se acercan muchas veces al alcance de la mano del hombre sin temor de ser heridos ni recibir daño alguno; y aunque los encontrasen dormidos mientras van de camino tampoco los dañarían; mas, a partir de la fecha señalada, todos pueden cazar cuanto quieran.

Tal como habéis podido oír, reside en este lugar el Gran Señor hasta el tiempo de Pascuas; y entonces, partiendo

con toda su gente por la misma ruta por la que llegó, siempre cazando y practicando la cetrería, con todo placer y regocijo vuelve en dirección a su capital de Cambaluc.

[...]

De cómo el Gran Khan imprime y obliga a utilizar el papel moneda

La Ceca del Gran Señor se encuentra en esta ciudad de Cambaluc; y obran allí de tal forma que se puede decir que el Gran Khan está en posesión del secreto de la alquimia, tal como ahora os mostraré.

Para fabricar su moneda envían a unos hombres para mondar la corteza de un tipo de árboles que nosotros llamamos moreras y ellos *gelsus*, con los que los gusanos hacen seda comiendo de sus hojas; y hay allí tal cantidad de estos árboles que todos los campos están llenos de ellos. Cogen una capa de la corteza que es muy fina y está situada entre la monda exterior, más espesa, y la madera, que es de color blanco; de esta delgada película elaboran unas hojas, similares al papel de algodón, aunque son negras por completo. Y una vez hechas las hacen cortar así: la más pequeña vale entre ellos la mitad de un pequeño tornés; y la

siguiente, algo mayor, un tornés; la que le sigue, que es más grande aún, vale medio doblón de plata de Venecia; la superior un doblón de plata, la otra dos, la otra cinco, la otra diez doblones, la siguiente un bizancio de oro, la que le sigue dos de éstos, y la siguiente aún tres bizancios, continuando así hasta llegar a diez bizancios de oro. En todas estas hojas se imprime el Sello del Gran Señor, sin el cual nada valen: y están fabricadas con tantas garantías y formalidades como si se tratase de plata u oro puro; pues muchos funcionarios, nombrados al efecto, escriben su nombre en cada billete poniendo en él su marca personal; y, en cuanto lo han hecho, su

jefe, delegado para ello por el Señor, moja en cinabrio el sello que le tienen confiado y lo estampa en el billete; así la forma del sello, humedecido en cinabrio, queda impresa; a partir de este momento la moneda ya es válida; y si alguno intentase falsificarla, imitándola, sería castigado con la pena capital, así como sus descendientes hasta la tercera generación. Diferentes marcas se imprimen en ellos, según el destino de cada billete. Y hace fabricar el Gran Khan tan enorme cantidad de esta moneda que puede pagar con ella todos los tesoros del mundo sin que nada le cueste.

Confeccionados estos papeles, tal

como os he dicho, hace con ellos todos los pagos; y así los distribuye por todas las provincias, reinos y países de los que es amo y señor; nadie se atreve a rechazarlos, pues le costaría la vida; y nadie, aunque proceda de otros reinos, puede utilizar otra moneda en todos los territorios del Gran Khan. Por otra parte todas las gentes y comunidades que viven bajo sus leyes aceptan de buen grado como pago estas hojas; pues por cualquier sitio donde vayan pueden hacer con ellas todos sus pagos, tanto para las mercancías corrientes como para las perlas, piedras preciosas, plata, oro o cualquier otra cosa que se lleven, compren o vendan, cualquiera que sea el

valor de lo adquirido, como si en realidad utilizasen moneda de oro o plata. Y aún añadiré que son tan ligeras estas hojas que la que vale diez bizancios no llega a pesar uno siquiera.

Muchas veces al año llegan numerosos mercaderes, de la India o de otras regiones, cargados de perlas, piedras preciosas, oro, plata, y tejidos de seda y oro, y se los ofrecen al Gran Señor. Y éste, llamando a doce hombres expertos y escogidos para controlar estos negocios, muy hábiles en su oficio, les ordena que examinen con cuidado aquellas mercancías, pagándolas a continuación en el valor que estimen conveniente. Los doce peritos, tras

examinarlas y valorarlas, abonan a los comerciantes que las han traído lo que consideran su justo precio mediante las hojas de papel que antes dije. Y los mercaderes las aceptan gustosos, pues saben que ningún otro les daría tanto; y además porque reciben dinero contante y pueden cambiarlo inmediatamente por cuantas cosas quieran adquirir, tanto en aquel lugar como en cualquier otro que esté dentro de los territorios del Gran Señor. Además esta forma de pago es más ligera que ninguna otra, y se puede transportar por los caminos con toda facilidad; y puedo aseguraros, sin faltar a la verdad, que muchas veces al año estos comerciantes traen mercancías por

valor de más de cuatrocientos mil bizancios de oro; el Gran Señor compra cada año el equivalente a infinitas sumas de dinero; y todo cuanto compra lo hace pagar con estas hojas que le cuestan poquísimas, tal como habéis oído, prácticamente nada. Además, varias veces cada año, circula un edicto por la ciudad de Cambaluc según el cual todos cuantos tienen piedras preciosas y perlas, o metales de oro y plata, deben llevarlos a la Casa de Monedas del Gran Señor, lo que hacen gustosos; llevan incontable cantidad de estas riquezas, y todos reciben su pago en estas hojas, sin mayor dilación. Así el Gran Señor posee todo el oro y plata y

perlas y piedras preciosas de la totalidad de sus tierras.

También es importante que sepáis que quien tiene algunas de estas hojas y las conserva durante tanto tiempo que se desgarran y se estropean, aunque su material es muy duradero, llevándolas a la Ceca real se las cambian por otras nuevas y limpias; aunque el Tesoro se queda con un tres por ciento de la cantidad canjeada. También es curioso saber que si algún hombre desea comprar oro, plata, perlas o piedras preciosas, para hacerse una vajilla, un cinturón u otros valiosos objetos, yendo a la Ceca del Gran Señor con algunas de estas hojas las entrega en pago del oro o

la plata que adquiere del Guardián de la Moneda. En resumen, nunca se paga con oro ni plata; y tanto los ejércitos como los funcionarios perciben sus salarios en esta moneda de papel, de la que el Señor puede tener siempre tanta como quiera.

Con esto ya sabéis la forma y razón por la que el Gran Señor ha llegado a reunir un tesoro mayor que el de ningún otro hombre en el mundo. Y aún añadiré que todos los Señores de la Tierra, conjuntamente, no poseen tantas riquezas como el Gran Khan por sí solo. Y como ya os he hablado y explicado detalladamente lo que hace el Gran Khan para convertir en moneda los

papeles, hablaremos de los grandes señoríos a los que se llega desde la ciudad de Cambaluc.

Donde trata de los doce barones que gobiernan los asuntos del Gran Khan

Pues habéis de saber que el Gran Señor eligió a doce grandes y sabios barones a los que tiene encomendadas todas las cuestiones tocantes a sus ejércitos: sobre cómo variar su situación, cambiar a sus oficiales y enviarlos a donde los consideren más necesarios; o de cuantos hombres se precisen en un momento dado, según la mayor o menor

importancia de la guerra. Distinguen además entre los guerreros valerosos y viriles y los cobardes y mediocres, promoviendo a los unos a las más altas graduaciones, y rebajando a los que nada valen. Y si alguno es jefe de mil hombres y se comporta mediocrementemente en el combate, los barones que antes dije, considerándolo indigno de su grado, lo rebajan y lo ponen al frente de una centuria. Mas si combatió noble y virilmente, estimándolo digno de un grado superior lo nombran capitán de diez mil hombres; y en todo momento actúan con aprobación del Gran Señor, de modo que si quieren degradar a uno y rebajarlo, dicen al Gran Khan:

—Fulano es indigno de tanto honor.

Y él responde:

—Degradadlo a un rango inferior.

Y así lo hacen. Mas si quieren promover a uno que se haya distinguido por sus méritos, dicen:

—Tal capitán de mil hombres está capacitado para serlo de diez mil.

Y el Señor, confirmándolo, le entrega una tableta de mando que corresponde a ese grado; y le ofrece además grandes presentes para incitar a los otros a que sean tan valerosos como él.

El gobierno de estos doce barones se llama *Thai*, lo que quiere decir «Corte Suprema»; pues no tienen a

ningún Señor sobre ellos, exceptuando al Gran Khan. Además de estos doce nombra el Señor otros doce barones que siempre están con él, y les confía todo cuanto concierne a sus treinta y cuatro provincias. Ahora os diré cómo los elige y los nombra.

Los doce barones residen siempre juntos en un palacio, dentro de la ciudad de Cambaluc, muy amplio, hermoso y rico, con muchas salas, cámaras y pabellones, todos a su servicio, incluyendo a sus empleados y sirvientes; por cada provincia hay un juez, y bajo su autoridad muchos relatores y notarios; todos ellos viven en el mismo palacio, aunque cada uno tiene sus aposentos

independientes. El juez que digo, junto con sus agregados, se ocupa de cuanto concierne a su provincia respectiva; y hace esto por orden y decisión de los doce barones antedichos. Así, cuando alguien plantea una queja, los doce barones se la transmiten al Señor y éste decide lo que mejor le parece.

Además la autoridad de estos doce barones es muy grande; pues son ellos los que eligen los gobernadores de todas las provincias de las que antes os hablé; y una vez seleccionados, según su capacidad y valía, se los proponen al Gran Señor; y éste al fin, confirmándolos, les entrega una tableta de oro que corresponde al gobierno que

les concede. Los doce barones se ocupan también de supervisar los tributos y los ingresos, así como del control de los gastos y de todos los demás asuntos de la Corte, excepto los referentes a los ejércitos.

En lengua tártara les llaman *Scieng*, lo que quiere decir Corte Alta pues ya sabéis que nadie está por encima de ellos excepto el Gran Señor. Y el palacio donde residen también se llama *Scieng*. Constituyen la mayor autoridad existente en toda la Corte del Gran Khan, pues tienen el poder de favorecer grandemente a cualquiera si así lo desean; y pueden beneficiar a multitud de gentes, por lo que reciben grandes

honores.

Sin duda alguna ninguna de estas dos Cortes, *Scieng* y *Thai*, tiene por encima ningún señor que no sea el Gran Khan; mas el *Thai*, que se dedica a la vigilancia y cuidado del ejército, es considerado de mayor importancia y dignidad que ningún otro señorío.

No he de citar ahora cada una de las provincias por sus nombres, pues esto ya se hace con claridad todo a lo largo de nuestro libro. Mas dejando esto, hablaremos de cómo el Gran Señor envía sus correos y mensajeros, y de cómo tienen siempre preparados sus caballos para realizar su misión con la mayor celeridad.

*De cómo parten de la ciudad de
Cambaluc diversas rutas que se dirigen
a muchas provincias del imperio*

Habéis de saber que de la ciudad de Cambaluc salen muchos caminos, que se dirigen por separado a muchas y diversas provincias y regiones; es decir, que uno va hacia determinada provincia y otro hacia una provincia diferente. Y todas las rutas se conocen por el nombre de la tierra a donde se dirigen, lo que es muy acertado.

Saliendo de Cambaluc por uno de estos caminos —y sólo me refiero a los

principales y más concurridos—, veinticinco millas más allá los mensajeros del Gran Señor que hayan cubierto esa distancia llegan a un lugar llamado *iamb* en su idioma, lo que en el nuestro significa «posta de caballos». En cada posta los mensajeros cuentan con un gran palacio, hermoso y rico, donde se pueden alojar; pues estos albergues tienen muy ricos lechos, guarnecidos de valiosos tejidos de seda y de cuanto conviene para unos mensajeros de importancia; de modo que si viniera a ellos un gran rey encontraría alojamiento digno de su rango. En estas postas los mensajeros del Gran Señor cambian de caballo; pues el Gran Khan

ha atribuido unos cuatrocientos a cada posta, para que estén siempre a disposición de sus mensajeros y embajadores, cuando los envía en todas las direcciones a cumplimentar sus asuntos; de este modo pueden dejar allí al animal que llega fatigado y cambiarlo por otro que esté fresco para seguir su camino. En algunos sitios no hay sino trescientos caballos, pues no es necesario el mismo número en unos y otros lugares. Y cuando el Gran Señor los necesita, manda a su mensajero a una de estas postas, desde donde le envían tantos como pida. Y habéis de saber que establecen estas postas cada veinticinco o treinta millas, sobre las rutas

principales que se dirigen a las provincias de las que antes os hablé.

Cuando los mensajeros se encaminan a lugares alejados de las rutas habituales, es decir a regiones extrañas, salvajes y montañosas, en las que no se encuentra casa ni albergue ni pueblo siquiera, estando muy alejadas de las ciudades, también en estas direcciones estableció el Gran Khan postas y palacios y todo cuanto hay en los demás albergues, ni más ni menos, con sus caballos y arneses; todo ello mantenido a cargo del Gran Señor; mas entre unas y otras de estas postas hay mayor distancia y más jornadas de camino; pues están situadas a unas treinta y cinco

millas de distancia, y a veces a más de cuarenta. Y envía el Khan a sus gentes de modo que, viviendo allí, trabajen la tierra y sirvan la posta, formándose así a su alrededor grandes pueblos.

Tal como habéis oído van los mensajeros del Gran Señor en todas las direcciones con gran facilidad; y hallan alojamiento y caballos siempre listos para la siguiente etapa, y en todo lugar pueden reposarse. Es ésta en verdad una de las más nobles razones de orgullo y grandeza para cualquier Emperador, o para cualquier rey de la Tierra. Pues tiene más de doscientos mil caballos en estas postas, reservados a sus mensajeros. Y he de añadir que estos

palacios son más de diez mil, tan ricamente provistos como antes dije; es esta perfecta organización algo tan maravilloso y de tanto valor que a duras penas puede decirse ni escribirse.

Mas por si alguno pusiera en duda que pueda haber tanta gente realizando tal cantidad de tareas, y que tengan de qué vivir, tendré que responderle que todos los idólatras, igual que los sarracenos, toman cada uno seis, ocho o diez esposas, con tal de que puedan costear sus gastos; y así tienen infinidad de hijos; existen multitud de hombres, cada uno de los cuales tiene más de treinta hijos; y éstos, todos armados, siguen a su padre; siendo esto posible

por el gran número de esposas que allí tienen. Pero entre nosotros un hombre toma sólo una mujer; y si ésta es estéril, terminará su vida con ella sin llegar a tener ningún hijo; en consecuencia no hay entre nosotros tanta población como entre ellos. En cuanto a su alimentación, les basta con sus cosechas, pues casi todos viven de arroz, panizo, o mijo; sobre todo los catayenses, los tártaros, y los de la provincia de Mangí. Y estos tres tipos de grano se producen en su país al céntuplo en cada siembra. Aquellas gentes no consumen pan; sino que sólo hierven estas tres clases de grano, mezclados con leche o carne, y así lo comen. Entre ellos el trigo no da

tanto rendimiento; y además lo que de él cosechan sólo lo toman en forma de macarrones, y otros platos a base de pastas. Nunca se ven obligados a dejar en barbecho sus tierras labrantías, y sus animales se multiplican sin fin: así, cuando marchan a la guerra, no hay nadie que no lleve tras de sí seis, ocho o más caballos. Con esto se comprende fácilmente cómo pueden tener tantos y tener de qué vivir holgadamente.

Otra cosa diré que había olvidado, relacionada con esto, por lo que es preciso y conveniente mencionarla. Pues entre una y otra posta, en cualquier ruta de la que se trate, hay cada tres millas un pueblo de unos cuarenta caseríos

donde viven unos correos al servicio del Gran Khan. Y llevan un gran cinturón guarnecido de campanillas, de esos cascabeles que nosotros llamamos *sonaglóscula*, para que cuando van corriendo se les oiga desde muy lejos. Así cuando el rey quiere enviar una carta por este medio, la entrega a uno de estos correos, quien va siempre a galope tendido, pero nunca hasta una distancia superior a tres millas, es decir, de una a otra de estas postas. Al cabo de esta distancia otro correo, que desde muy lejos oye venir a su compañero, se prepara para salir y se mantiene dispuesto desde antes de su llegada, igualmente provisto con su cinturón de

campanillas. En cuanto el otro llega, va a su encuentro; y tomando lo que trae, así como una nota que le entrega al escribano del lugar, siempre dispuesto para estos menesteres, comienza a su vez a correr un tramo de tres millas hasta alcanzar la siguiente posta; allí hallará otro correo, igualmente dispuesto a la carrera. De esta forma, sucesivamente, logran cubrir en poco tiempo una gran distancia por medio de estos correos rapidísimos que el Gran Khan tiene empleados. Y siendo muy numerosos, en sólo un día y una noche llevan noticias que provienen de diez jornadas de distancia ante la presencia del Gran Señor; pues tanto corren de

noche como de día. Así vienen a hacer en sólo un día con su noche diez jornadas; y en dos días con sus noches transportan noticias ocurridas a veinte jornadas de donde se encuentran; y en diez días enteros, con sus noches, pueden llevar novedades que provienen de cien jornadas de distancia, lo que es algo extraordinario.

Muy a menudo estos hombres llegan ante su Señor en sólo un día y una noche, cargados con frutos y otros presentes, transportándolos desde lugares situados a diez jornadas de camino; de modo que, cuando aquéllos están en sazón, muchas veces los recogen por la mañana en Cambaluc y al siguiente día, cuando

amanece, le llegan al Gran Khan a la ciudad de Ciandú, que dista de la otra diez jornadas. A cada una de estas postas destinan un secretario que anota el día y hora en que el correo sale. Otros se encargan mensualmente de revisar las postas. Y si encuentran correos que no han sido diligentes los castigan. El Gran Señor no exige impuestos de estos correos ni de cuantos viven en sus postas, sino que los provee de todo género de cosas, de caballos y de todo cuanto necesitan; y además la Corte paga bien y muy espléndidamente su trabajo.

En cuanto a los caballos que antes dije, siempre dispuestos en las postas para transporte de sus mensajeros, el

Gran Señor organiza su servicio diciendo:

—¿Qué lugar es el más cercano a tal posta?

—¡Tal ciudad! —le contestan.

Entonces pide que le calculen cuántos caballos puede dar y mantener esa ciudad para sus mensajeros; y si le dicen: un centenar, ordena situar en esa posta cien caballos. Y, calculando después cuántos caballos pueden mantener las demás villas y ciudades, les ordena que lo hagan. Así organiza el Gran Señor todas sus postas, sin gastar nada en ellas, excepto en las que están alejadas de las rutas habitadas, a las que tiene que proveer con sus propios

caballos.

Las ciudades toman entre sí sus propios acuerdos y se reparten los gastos de las postas que existen entre ellas. Mantienen los caballos a cuenta de los impuestos que deben pagar al Gran Khan. Así, a quien tuviese que pagar tanto como cuesta el pupilaje de un caballo y medio le ordenan que lo mantenga realmente en la posta más cercana. Y he de añadir que las ciudades no mantienen continuamente cuatrocientos caballos en la posta. Sino que, soportando cada mes los gastos de doscientos, mantienen los restantes en los pastos en el mismo período. A fin de mes traen éstos a la posta y mandan al

campo a los que en ella estaban; y así lo hacen siempre.

Si en algún lugar hay un río o un lago que tengan que atravesar necesariamente los correos o los mensajeros, las ciudades vecinas mantienen siempre dispuestas, con este solo objeto, tres o cuatro naves. Y si hay que cruzar algún desierto de muchas jornadas de extensión, sin lugar habitado en toda su travesía, la ciudad más cercana debe entregar caballos, escolta y vituallas, a los embajadores del Señor, hasta que alcancen el otro extremo del desierto. Mas en este caso el Gran Señor concede a esta ciudad alguna ayuda para sostener dicho servicio.

Cuando es preciso enviar mensajeros a caballo para llevarle expresamente al Gran Señor noticias de última hora procedentes de lugares lejanos, de una ciudad o provincia que se haya rebelado contra él, o acerca de algún barón o de alguna cosa que puede ser importante, llegan a cabalgar en un solo día cien o doscientas millas, o incluso doscientas cincuenta, de la siguiente forma; cuando el mensajero tiene que ir tan rápido y tan diligentemente como acabo de decirlos, lleva consigo una tableta en la que va grabado un gerifalte, como signo especial de urgencia; de esta suerte, si sucediera que galopando sin cesar

reventase el animal en plena ruta, o si se produjera algún retraso, si encuentra a alguno, sea quien sea, puede desmontarlo y requisarle su caballo, sin que nadie se atreva a oponerse. Siempre tienen así los mejores corceles, frescos y aptos para cualquier necesidad. Toman los caballos de las postas que allí les esperan; y si son dos los que parten del mismo lugar, salen sobre los dos mejores caballos, los más fuertes y rápidos que encuentran. Se vendan todo el vientre y todo el pecho, y también la cabeza, con finas tiras de suave tejido, pues de lo contrario no podrían resistir su carrera. Parten después a galope tendido, manteniéndolo cuanto pueden

hasta llegar a la siguiente posta, a veinticinco millas de distancia; y cuando están llegando tocan una trompa que de muy lejos se oye, para que les preparen más caballos; hallan así otros dos magníficos corceles de refresco, dispuestos ya, muy rápidos y descansados; y montan en ellos con tanta prisa que ni poco ni mucho se reposan. Una vez a caballo vuelven a lanzarse de inmediato al galope tendido, tanto como alcanza el animal, y no lo dejan hasta la siguiente posta. Así avanzan, siempre galopando, cambiando los caballos y los hombres, sin cesar en todo un día hasta que anochece, y cubriendo distancias increíbles. De este modo alcanzan a

realizar estos mensajeros doscientas cincuenta millas diarias, para dar al Gran Señor sus importantes noticias; y, cuando es necesario, hacen hasta trescientas. En los casos más graves cabalgan por la noche; y si no hubiere luna, los hombres de posta van corriendo ante ellos, con antorchas, hasta la posta siguiente. Mas aun así no pueden ir tan rápido de noche como de día, sin contar con que los que corren a pie con las antorchas no pueden ser tan veloces como ellos. Y estos mensajeros que logran soportar tan fatigosas carreras, son muy estimados en la Corte, y alcanzan buen salario.

Mas dejemos ahora todo esto, pues

lo hemos explicado con la mayor precisión y claridad; y pasemos a considerar la gran bondad que el Gran Señor demuestra, con su pueblo, dos veces cada año.

De cómo el Gran Khan auxilia a sus súbditos cuando sufren pérdidas en sus ganados y cosechas

Habéis de saber que todos los años en la misma fecha envía el Gran Señor a sus fieles mensajeros e inspectores por todas sus tierras, reinos y provincias, para conocer los daños que hayan podido sufrir sus súbditos en sus

cosechas; ya sea por el mal tiempo o por la langosta, las orugas u otras plagas. Y si algunos han experimentado graves pérdidas y carecen de grano, el Señor les perdona el impuesto que debían entregar ese año; e incluso muchas veces les entrega de sus propios graneros tanto grano como necesitan, para que así tengan de qué comer, y puedan sembrar también este año. Lo que demuestra la gran misericordia con la que trata a sus vasallos el Gran Señor.

A estas necesidades provee durante el verano y, en invierno, también se ocupa de los que hayan podido sufrir pérdidas en sus rebaños; pues hace investigar este extremo; y si encuentran a

algún hombre cuyos animales hayan muerto de epidemia o de peste, o incluso de frío, le regala algunos de sus propios animales, de los que recibe de las demás provincias a título de diezmos; así le ayuda, en mayor o menor medida según la gravedad de sus pérdidas, sin reclamarle el impuesto correspondiente a esa anualidad. Pues todos sus pensamientos y mayores preocupaciones se dirigen siempre a la mejor asistencia de sus súbditos, para que siempre tengan de qué vivir, y cómo trabajar y acrecentar sus bienes.

Aún añadiré otro rasgo del carácter del Gran Khan: pues si casualmente el rayo cae sobre algún rebaño de ovejas,

corderos u otros animales, que pertenezcan a uno o varios dueños, cualquiera que sea el número de cabezas del rebaño, el Gran Señor le perdona durante tres años el pago del diezmo. Del mismo modo, si el rayo cae sobre una nave repleta de mercancías no exige su parte, ni tasa alguna sobre éstas; pues considera como mal presagio la caída del rayo sobre el patrimonio de cualquiera de sus súbditos. Por eso dice el Gran Khan: «Es el odio de Dios, que ha enviado el rayo sobre él». Y no quiere en modo alguno que ninguna parte de esos bienes, perseguidos por la cólera divina, entren a formar parte de su tesoro.

Tal como habéis oído, ayuda y asiste a sus súbditos el Gran Señor; y ahora que hemos hablado de todo esto, pasaremos a otro asunto.

De cómo ordena el Gran Khan que se planten árboles a lo largo de los caminos

Interesa que conozcáis otra disposición útil y hermosa que ha tomado el Gran Señor; y es ésta que por todas las vías principales que atraviesan la región de Catai y las provincias vecinas, frecuentadas por los mensajeros, mercaderes y demás caminantes, ha

ordenado plantar árboles a ambos lados, a una distancia de dos o tres pasos unos de otros; y los planta de una especie que llega a ser con el tiempo muy fuerte y grande, de modo que por su altura se les puede ver desde muy lejos. Ordenó esto para que todos puedan reconocer los caminos, y para que los mercaderes tengan sombra donde reposar; y también para que no pierdan la ruta, ni de día ni de noche. Y en verdad que estos enormes árboles, situados todo a lo largo de los solitarios caminos, son de gran ayuda para los mercaderes y viajeros, que a su amparo retoman nuevas fuerzas. Así se hace por orden del Gran Khan en todas las provincias y

reinos que le están sometidos, con tal de que el terreno lo permita. Mas en los lugares desiertos y arenosos y en las pedregosas montañas, donde no es posible plantarlos, ha hecho colocar señales, mojones y columnas que marcan bien la senda.

Tiene nombrados ciertos barones que se ocupan de vigilar que todas las rutas se mantengan siempre en buen estado de conservación. Y he de añadir que otra de las razones que tiene el Gran Khan para plantar aquellos árboles es que sus adivinos y astrólogos dicen que quien los planta disfrutará de larga vida.

Y ahora que hemos hablado de los árboles de los caminos, pasaremos a

otro asunto.

*Donde trata del vino que beben los
habitantes de Catai*

La mayor parte de los habitantes de la provincia de Catai beben el vino que ahora os diré. Pues fabrican su bebida con arroz y con otras muchas y buenas especias; y lo hacen tan bueno y con tal arte que tiene mejor sabor que ningún vino de uva, y nadie podría desearlo mejor. Es éste un vino espumoso y oloroso, de color muy claro, y su efecto embriaga más que el de ningún otro, pues se sirve muy caliente y azucarado.

Mas, dejando ahora esto, pasaremos a hablar de unas piedras que arden como la leña cuando se les prende fuego^[5].

Donde trata de un tipo de piedras que arden igual que la leña

Por toda la provincia de Catai tienen unas piedras negras que extraen de sus montañas, que arden haciendo llama como si de troncos de madera se tratase; y se consumen por completo, igual que los carbones vegetales. Mantienen la lumbre y producen la cocción mejor que la madera. Y si se ponen al fuego por la

noche y prende bien la hoguera, se mantendrá encendido hasta la mañana siguiente. Aunque estas piedras no dan mucha llama, salvo una poca al principio, cuando se encienden, igual que el carbón vegetal; pero permanecen al rojo y despiden mucho calor. En toda la provincia de Catai queman estas piedras, a pesar de que tienen madera en abundancia para cortar leña; mas es tal la cantidad de su población y tantas sus saunas y baños públicos continuamente encendidos, que no bastaría con la madera, pues ninguno de ellos se baña ni va a la sauna menos de tres veces por semana; y en invierno, si pueden, van todos los días. Además todo hombre

noble o rico tiene en casa su propio baño para lavarse; de modo que no bastaría la madera para tantos fuegos como encienden; mas las piedras que os he dicho son muy abundantes, y por eso las queman en grandes cantidades, pues dan más calor y cuestan menos que la madera, con lo que hacen mucho ahorro. En cambio estas piedras no sirven para construir casas, y no tienen otra utilidad que la de hacer fuego con ellas.

Y después de lo que acabamos de contar hablaremos de cómo el Gran Señor logra que el grano no cueste demasiado.

De cómo reúne y distribuye el Gran Khan gran cantidad de grano para socorrer a sus súbditos

Cuando ve al Gran Señor que abundan las cosechas y que se vende mucho grano, lo manda comprar y lo almacena en grandes cantidades en todas sus provincias dentro de unas enormes construcciones destinadas a estos usos, diseminadas por sus extensos territorios. Hace cuidar el grano que tiene almacenado para que no se pierda en tres o cuatro años, y cada tres años va cambiando y reponiendo cuanto guarda

en sus almacenes. Con tal cuidado se ocupa de acopiar grano suficiente que sus silos y graneros se mantienen siempre llenos, de modo que puede paliar su necesidad cuando viene la escasez. Hace así grandes reservas públicas de todo tipo de granos, trigo candeal, cebada, mijo, panizo, arroz y otros muchos; y los reúne en grandísima abundancia.

Cuando falta alguno de estos granos o es grande la carestía, el Gran Señor lo hace sacar de donde lo tiene guardado, vendiéndolo a cambio de dinero. Así por bizancio entrega tres o cuatro medidas de trigo, cuando una sola costaría ese precio; y distribuye así la

suficiente cantidad como para que todos tengan lo que necesitan, de modo que también puedan sembrarlo en abundancia. Así logra el Gran Khan que sus hombres no sufran con el hambre; y lo mismo dispone que se haga por todas las tierras de su imperio.

Y ahora pasaremos a otro capítulo en el que hemos de explicar cómo practica el Gran Señor la caridad con los más pobres de sus súbditos.

De cómo practica el Gran Khan la caridad con los menesterosos

Ahora, tras haberos explicado cómo

hace el Gran Señor para proveer a su pueblo en tiempos de escasez, pasaremos a hablar de cómo practica la caridad con los pobres y mendigos de la ciudad de Cambaluc, lo que es obra no inferior a las demás en mérito y estima. A este fin, a cuantas familias de la ciudad, de sus arrabales y cercanías, son pobres y no tienen qué comer, estando algunas compuestas por seis personas, otras por ocho, otras por diez, unas más y otras menos, lo que en conjunto representa una enorme multitud, el Gran Señor les entrega a todas trigo candeal y otros diversos granos de sus propios almacenes, de modo que cada una de ellas tenga de qué vivir durante todo el

año. Así hace anualmente con una enorme muchedumbre.

Y si se entera de que una familia de gente digna y honorable se empobrece por un inesperado giro de la fortuna, perdiendo su trabajo por alguna enfermedad o careciendo de medios para cosechar su grano, el Gran Khan les entrega semillas suficientes para que, durante todo el año, puedan sufragar sus gastos. Por lo común estas familias se presentan a los funcionarios que gestionan los gastos del Gran Khan, que viven juntos en un palacio expresamente dispuesto para estos fines; y entregan un escrito en el que consta la ayuda recibida el año anterior para poder

vivir; y según fuera aquélla, los proveen para el año en curso. Igualmente reciben sus vestidos, pues el Gran Khan cobra el diezmo sobre toda la lana, la seda y el cáñamo del que se hacen las ropas y después, transportándolo hasta un edificio construido al efecto donde lo almacenan, lo hace tejer. Como todos los artesanos están obligados por la ley a trabajar para su Señor un día a la semana, el Gran Khan manda que confeccionen ropa con aquellos materiales y la regala a las familias de los pobres, según las necesidades que en invierno o verano tienen de ella. Y del mismo modo provee al vestido de todo su ejército, pues en todas sus ciudades

ordena tejer vestidos de lana que se confeccionan a cargo de su diezmo. Debo aclarar que los tártaros, según sus antiguas costumbres, antes de conocer las leyes de los ídolos nunca daban limosna. Y si algún pobre venía a suplicarles, insultándole lo apartaban, diciendo:

—¡Vete de ahí con la mala suerte que Dios te ha dado! Pues si te amase, tal como a mí me ama, te habría colmado de bienes.

Mas como los sabios de los idólatras, especialmente los llamados *basci*, han advertido al Gran Khan que proveer a las necesidades de los pobres es una buena obra agradable a sus

ídolos, el Señor desde entonces mira por los pobres tal como antes se ha dicho. Y aún añadiré que a cuantos se acercan a la Corte para participar del pan de su Señor nunca les falta una hogaza caliente. Pues a nadie rehúsa la limosna y hace que se la den a todos cuantos allí llegan, sin recibir pago alguno. Y no creo mentir si digo que, entre hombres y mujeres, se acercan a la Corte cada día más de treinta mil pobres; y nunca se distribuyen menos de veinte mil cuencos de arroz, de mijo, y de panizo. Se hace esto durante todos los días del año, lo que muestra la misericordia del Señor y la piedad que siente por los más pobres de sus

súbditos. Y como nunca a ningún mendigo le rehúsa su pan, por su extraordinaria y asombrosa generosidad todas sus gentes lo adoran como a un dios. Y tras decir esto cambiaremos de asunto.

Hay en la ciudad de Cambaluc más de cinco mil astrólogos y adivinos, cristianos, sarracenos, y catayenses; y a éstos, tal como hace con los pobres, les provee el Gran Khan todos los años de sustento y vestido. Y ejercen sin cesar su oficio en aquella ciudad dedicados a la práctica de la astrología, considerando los signos de los planetas, las horas y los minutos del año entero. Así, todos los años, estos astrólogos catayenses,

sarracenos y cristianos estudian el curso y la disposición de los días de cada anualidad, de acuerdo con el curso de la luna; y descubren y prevén el tiempo que la luna ha de traer consigo, según su marcha natural y la situación de los planetas y los distintos signos. Así saben que en tal luna será tiempo de truenos y tempestades; y que en tal otra habrá algún temblor de tierra; para otras predicen vendavales, relámpagos y lluvias abundantes, y para otras aun la peste y muchas guerras, enfermedades y discordia infinita; y van previendo cada luna, según sus artificios. Mas después de explicaros cómo será el curso de las cosas y su naturaleza, añaden muchas

veces:

—Mas Dios proveerá que ocurra más o menos, siguiendo sus designios.

Así en sus hojitas os escriben lo que está por venir en cada mes del año; y a estas hojas les llaman *tacuiini*. Los venden a un doblón cada uno de ellos a quien quiera comprarlos, para saber de antemano lo que sucederá durante el año. Y los que más aciertan son tenidos por buenos maestros de su arte; y logran más honores. Y si alguno piensa comenzar alguna empresa o marchar a algún lugar lejano, por razón de comercio o por otra cualquiera, o si está meditando algún otro negocio y quisiera saber su resultado, va a ver a algún

astrólogo y le dice:

—Mira en tu libro la posición del cielo, pues quisiera partir a tal comercio o realizar tal cosa.

Y antes que nada le informa del año, el mes, el día, la hora y el minuto de su nacimiento, que es lo primero que les enseñan de pequeños para que lo tengan siempre en cuenta. Y ahora veréis cómo proceden, pues los tártaros cuentan sus años de doce en doce y marcan doce años con doce signos; el primer año está bajo el signo del león, el segundo del buey, el tercero de un dragón, el cuarto de un perro, y siguen así hasta llegar al doceavo; de suerte que si preguntan a uno cuándo nació ha de responder:

—El año del león, tal día o tal noche, hora y minuto de tal luna.

Y así dirán, o de otra forma, según el signo del año en que nacieron; pues sus padres lo anotan con cuidado en un libro para que nunca se olvide.

Cuando se termina la serie de los años, al llegar al doceavo signo comienza otra vez desde el primero, siguiendo el mismo orden. Por ello, cuando un hombre le pregunta al astrólogo o al adivino cuál será el resultado de su empresa dice primero el día, hora, y minuto de la luna de su nacimiento, y en qué año ocurrió; y el adivino, tras estudiar la constelación y hallar el planeta bajo el que nació el que

le consulta, ordenadamente predice cuanto ha de ocurrirle en este viaje, y cómo resultará su intento; informándole de todo, bueno o malo, según los casos. Si se trata de un mercader, en muchas ocasiones el planeta que tenga en su ascendente se opondrá a su comercio, de tal suerte que deberá esperar otro influjo que le sea propicio; o bien el signo astral que brille justamente frente a la puerta por la que debe salir de la ciudad se encontrará en oposición al suyo propio, y en tal caso tendrá que salir por otra puerta o esperar el cambio de este signo. Por un signo le dirán que en tal lugar o tal día topará con ladrones; por tal otro, que la lluvia y los grandes

temporales caerán sobre él; en virtud de otro signo diferente, su caballo ha de romperse una pata; y aun por causa de otro perderá o ganará sobre el valor de sus géneros; así predicen cada suceso, contrario o favorable, según le están opuestos o propicios los signos hasta el día en que piensa volver, viendo la posición de las estrellas.

Los hombres de Catai son más educados y corteses que ninguno de los otros, pues allí todos se aplican al estudio y a los más sabios ejercicios.

Hablan graciosamente y con buen orden, saludan con amabilidad, con rostro agradable y sonriente, y se conducen en la mesa con mucha limpieza

y dignidad tal como en sus demás actividades. Sienten gran respeto por su padre y su madre; y si un hijo hace algo que disguste a sus progenitores o no les asiste en sus necesidades, pueden acudir a un público tribunal que no tiene otro oficio que el de castigar severamente a los hijos ingratos que cometan alguna acción indebida respecto a sus mayores.

En cuanto a los malhechores que siendo culpables de diversos crímenes han sido detenidos y puestos en prisión, si aún no se les ha ejecutado cuando llega el tiempo establecido por el Gran Khan para la liberación de los prisioneros, cosa que ocurre cada tres años, salen en libertad, aunque les hacen

una marca en la mandíbula para poder reconocerlos.

Kublai Khan, el Gran Khan que ahora reina, les tiene prohibidos todos sus juegos y fullerías, a los que son más aficionados que ningún otro pueblo del mundo. Y para apartarlos de ellos les ha dicho: «Todo cuanto poseéis me pertenece, pues os he conquistado con las armas. Por eso, si jugáis, os jugáis lo que es mío». Aunque en realidad nada les ha quitado.

No quiero dejar de hablaros del orden y maneras que observan los barones y el pueblo del Gran Khan cuando se presentan ante él. Al principio se mantienen humildes, quietos y

tranquilos, a una media milla del lugar donde el Gran Khan se encuentra, por respeto a su altísima excelencia, para que no importunen sus oídos ningún ruido ni riña, ni la voz de nadie, hablando o gritando con ardor. Todo barón y todo noble lleva siempre consigo un pequeño vaso en el que escupe si se encuentra en la sala, pues ninguno osaría escupir en el suelo; y después de hacerlo tapa y cierra aquel vaso. Tienen también ciertas bellas pantuflas de cuero blanco que llevan siempre consigo cuando van a la Corte; y si desean entrar en la sala, suponiendo que el Señor los reclame, se calzan estas blancas pantuflas y entregan a los

servidores del Gran Khan las que tenían puestas; hacen esto para no manchar los maravillosos y bellísimos tapices de seda, oro y otros colores que allí tiene el Señor.

Todos son idólatras, tal como antes dijimos; y para rendir culto a sus dioses hacen de esta manera. Todos tienen en sus casas una estatua colgada del muro de una habitación, representando el grande y sublime dios del cielo; y otras veces tan sólo una tableta situada bien alta en la pared de su cámara, con el nombre del dios escrito sobre ella. Allí lo adoran diariamente con un incensario, alzando las manos y rechinando al tiempo tres veces con los dientes; y

hecho esto le piden que les dé larga vida, muy feliz y alegre, con buen entendimiento y salud, pues no solicitan otra cosa. Sobre el suelo tienen otra estatua a la que llaman Natigai, dios de los asuntos terrenales, que sólo se ocupa de las cosas de la tierra y de cuanto en ella crece. Junto a este dios están su mujer y sus hijos; y a todos los adoran de la misma manera con el incensario, rechinando los dientes y alzando las manos en el aire; así le piden clima templado y abundancia de frutos de la tierra, hijos y otras cosas semejantes. No tienen ni consciencia ni preocupación alguna de su alma, sino que sólo se ocupan en nutrir sus cuerpos

y procurarse placeres. En cuanto al espíritu, piensan que es inmortal; mas creen que cuando un hombre muere su alma penetra de inmediato en otro cuerpo; y según su comportamiento en esta vida, van de lo bueno a lo mejor, o de mal en peor, según los casos; es decir que si en la vida un pobre hombre se conduce bien y modestamente, renacerá tras su muerte del seno de alguna noble dama y será gentilhombre; y más tarde, renaciendo en el seno de una princesa, llegará a ser Señor. Si uno es hijo de un caballero y lleva una vida honesta, cuando muera renacerá del seno de una condesa; y al morir de nuevo, en el de una princesa; y así irá subiendo hasta ser

recibido por Dios. Y al contrario, si su comportamiento fue malo cuando era gentilhomme, renacerá como hijo de villano, y de esta baja condición pasará a ser perro, y así seguirá descendiendo sin cesar hacia una vida inferior.

Mas ahora que hemos terminado de explicar el gobierno y la administración de la provincia de Catai y de la ciudad de Cambaluc, así como la magnificencia del Gran Khan, abandonaremos esta capital para seguir hablando de las demás regiones a donde fue enviado Micer Marco por negocios del gobierno del Gran Señor; y así atravesaremos el Catai, hablando de las grandes y ricas cosas que allí tienen.

Del Tíbet a Bengala

Donde trata de la provincia de Tíbet

Tras avanzar las cinco jornadas que antes dije se penetra en una región que está muy devastada, pues Mongu Khan la destruyó toda en una gran guerra. Hay allí muchas ciudades, pueblos y aldeas arruinadas y demolidas. Y durante más de veinte días hay que atravesar muchos lugares desiertos por los que ronda una gran multitud de animales salvajes, de modo que el camino es peligroso. Pero aun así los viajeros han hallado un

remedio que ahora voy a explicar.

Hay en aquel país, sobre todo en las orillas de los ríos, unos bambúes increíblemente grandes y gruesos que tienen más de tres palmos de circunferencia y quince pasos de largo, más o menos, teniendo más de tres palmos de distancia entre cada nudo. Por eso, cuando los comerciantes y viajeros que van por estas tierras quieren detenerse a pasar la noche, cortando algunos de estos bambúes hacen un gran fuego; pues cuando están ardiendo crujen tan fuertemente y con tan gran ruido que los leones, los osos y otras fieras salvajes cobran tanto temor que huyen cuanto pueden, en lugar de

seguir la caravana; y por nada del mundo se acercarían a la hoguera. Las fieras se han multiplicado tanto allí porque nadie habita en todo aquel paraje; y si no fuera por aquellos bambúes que crepitan con tanta fuerza nadie osaría atravesarlo.

El ruido de estos bambúes se oye desde muy lejos y produce gran temor. Pues, cortándolos cuando están muy verdes, cuando llega la noche se cogen muchos de ellos y una vez amontonados se colocan en la hoguera, junto con mucha leña; pasado un momento empiezan a retorcerse y revientan por la mitad, con terrible estampido; y sus explosiones se pueden escuchar durante

la noche a una distancia de diez millas. Quien no esté acostumbrado a escucharlo se queda espantado, por el horrible estrépito que provocan. Algunos llegan incluso a desmayarse, y aun otros mueren; mas quienes están habituados ni siquiera lo notan. Los que no tienen costumbre, al principio tienen que coger algodón y taparse con cuidado los oídos y después de fajarse el rostro y la cabeza entera y cubrirse con cuanta ropa tienen; sólo así puede soportarlo al principio quien no tiene costumbre.

Los caballos que nunca hayan escuchado este ruido se espantan al oírlo; y con tanta violencia que rompen las correas a las que están atados y

huyen del lugar. Esto le ha ocurrido a mucha gente, y por ello muchos viajeros poco cuidadosos perdieron sus monturas; mas hoy los caminantes llevan cadenas de hierro para atarles las patas, y les fajan la cabeza, las orejas y los ojos, atándolos de forma que el caballo, cuando oiga las explosiones del bambú, no pueda huir aunque lo intente. Por suerte cuando los caballos se acostumbran no dan tanto trabajo.

En esta región hay que avanzar durante veinte jornadas sin encontrar albergue ni nada que comer; y por eso hay que llevar alimento suficiente para los veinte días, para hombres y animales; y es preciso avanzar siempre

con gran cuidado de las fieras salvajes, que son muy feroces y malignas, peligrosas y dignas de temer. Pasado este trecho se encuentran nuevamente varios pueblos y aldeas, colgados de las adustas faldas de las montañas.

Tienen una curiosa costumbre para casar a sus mujeres. Pues en aquellas regiones ningún hombre, por nada del mundo, tomaría como esposa a una virgen; pues dicen que nada vale mientras no está acostumbrada a yacer con muchos hombres. Así de una mujer o una moza que no haya conocido a varón dicen que no es querida por los dioses; y por esto los hombres la ignoran y la evitan; y, al contrario, aman y desean a

aquellas que son bien vistas por sus ídolos. Ahora veréis cómo se casan. Cuando llegan forasteros que viniendo de otros países pasan por aquella comarca y plantan sus tiendas cerca de algún pueblo o caserío u otro lugar habitado —pues no es posible alojarse entre ellos, porque no lo permiten—, las ancianas del pueblo o de la aldea que tienen hijas casaderas las llevan allí en grupos de veinte, treinta y hasta cuarenta, y se las ofrecen a los extranjeros, cuantas más mejor, suplicándoles que tomen a sus hijas y las guarden consigo mientras estén allí. Se las entregan para que hagan cuanto quieran con ellas y se acuesten juntos. Y

desde luego son las más jóvenes las que tienen más éxito, pues los extranjeros las escogen y gozan de ellas y permanecen allí todo el tiempo que quieren; mas las que no han sido aceptadas, vuelven muy afligidas a sus casas. Pero nadie puede sacarlas del país y llevarlas consigo.

Cuando los forasteros han hecho con ellas lo que han querido y desean reemprender su camino, es costumbre que les den algún pequeño regalo, una joya, un anillo o alguna medalla, a las mozas con las que han tenido su placer; así cuando quieren casarse pueden presentar pruebas de haber sido amadas y haber tenido muchos amantes. Por eso tienen la costumbre de que cada

doncella lleve al cuello más de veinte baratijas y medallas, para mostrar cuántos amantes y cuántos hombres han gozado de ellas. Cuando una jovencita gana su primera medalla se la cuelga sobre el pecho y se va muy feliz con su regalo; y sus padres la reciben con gran honor y alegría, y consideran venturosa a la que recibió más obsequios de mayor número de forasteros. A la que logra esto la estiman muchísimo; y todos quieren casarse con ella, diciendo que es una mujer más amada de los dioses que todas las restantes. Así, los presentes que han recibido de los viajeros son la mejor dote que pueden ofrecer a sus esposos; pues nadie las

querría y serían despreciadas si no pudiesen mostrar al menos veinte medallas, probando así que han estado con veinte viajeros distintos. Tras celebrar las bodas presentan y ofrecen a sus maridos sus prendas y regalos. Y cuando alguna queda encinta, su hijo es educado por el que con ella se casa y es su heredero, igual que los que nazcan a continuación. Mas he de señalar que, una vez que han tomado a una de estas mujeres, la estiman mucho; y considerarían abominable que uno de ellos se intentara acercar a la mujer de otro, cosa de la que todos se abstienen.

Y ahora que os he hablado de sus matrimonios, lo que es una historia bien

curiosa, ¿no os parece que harían bien nuestros jóvenes, de dieciséis a veinticuatro años, dándose una vuelta por aquellas tierras? Así tendrían cuantas mujeres quisieran, rogándoles por favor que las tomaran, totalmente gratis.

Por lo demás aquellas gentes son idólatras y malvadas, pues no consideran pecado robar o hacer daño a otro; y así son los mayores asesinos y ladrones del mundo. Viven de la caza y de la cría del ganado y también de los frutos de la tierra, hay en esta comarca muchas bichas almizcleras, en tal número que en todas partes puede percibirse su olor, pues una vez al mes

producen almizcle estos animales.

Tal como antes dije una pústula llena de sangre, similar a un tumor, se forma junto al ombligo del animal; y esta sangre es el almizcle; y cuando la pústula está llena expulsa esta sangre, lo que sucede cada mes. Como hay tantos de estos animales por aquel país, lo van vertiendo por todas partes, de suerte que toda la región huele a almizcle. Llaman a estos animales en su idioma *gudderi*, y tienen una carne muy sabrosa.

Los que allí habitan tienen muchos y buenos perros, que son muy rápidos y están enseñados a cazar estos *gudderi* en mucha abundancia: poseen así el almizcle en grandes cantidades. Mas no

tienen monedas de plata, ni de aquellos billetes que fabrica el Gran Khan; sino que utilizan la sal como moneda. Se visten pobremente, pues sus ropas son pieles de animales y están hechas de un tejido de cáñamo y de un *bougran* muy malo. Tienen su propio idioma y dicen que son del Tíbet; y como esta región es muy extensa aún diré algunas cosas de ella, pero muy brevemente.

*Sigue hablando de la misma provincia
del Tíbet*

El Tíbet es una gran provincia, cuyos habitantes tienen idioma propio y son

idólatras, que confina con el Mangí y con otras diversas regiones. Sus gentes son ladrones redomados; y es tan vasto el territorio que contiene ocho reinos dentro de sus límites y gran cantidad de pueblos y ciudades; tiene también muchos ríos, lagos y montañas, donde se encuentran abundantísimas pepitas de oro. Recogen mucha canela y jengibre y utilizan como dinero el coral, que es allí muy caro; y sólo lo usan en sus mayores fiestas, colgándoselo del cuello las mujeres y los ídolos. Además tienen muchas baratijas y paños de seda, de oro y de felpa. Y gran cantidad de especias, algunas de las cuales no llegan hasta nuestros países, donde son

desconocidas.

Viven allí los más hábiles hechiceros y los mejores astrólogos de todas aquellas tierras; pues logran realizar los más extraños encantos que puedan existir, y los mayores imposibles que se hayan visto o escuchado nunca; todo ello merced al arte diabólico, por lo que no hablaré de estas cosas en mi libro para no escandalizar a sus lectores. Sólo diré que desencadenan cuando quieren grandes tempestades, con truenos y relámpagos; o, al contrario, hacen desaparecer la tormenta; y hacen así infinitas maravillas; pero son mala gente y van muy mal vestidos.

Hay allí los más grandes mastines del mundo, del tamaño de un asno, muy útiles para cazar toda suerte de animales salvajes, especialmente unos bueyes silvestres a los que llaman *beyamini*, enormes y feroces, que son muy numerosos. Tienen también otras muchas razas de perros cazadores; y hay además en las montañas donde viven unos magníficos halcones, que son muy rápidos y cazan a la perfección.

Dejando ahora el Tíbet, del que ya hemos dicho demasiado, hablaremos de otra provincia llamada Gaindú. Mas antes aún he de añadir que este Tíbet pertenece al Gran Khan; pues todas las provincias y reinos que se describen en

este libro pertenecen a aquel Gran Señor, exceptuando sólo aquéllas de las que se habla al comienzo de nuestro relato, pertenecientes al hijo del rey Argón. Mas quitando aquéllas, todas las demás tierras que he descrito obedecen al Gran Khan. Digo esto para que lo tengáis en cuenta en todo el resto de mi relación, aunque no lo diga expresamente.

Mas dejando esto ahora, hablaremos de la provincia de Gaindú.

Donde trata de la provincia de Gaindú

Gaindú es una provincia situada en

dirección a Poniente, toda ella bajo el dominio de un rey. Mas no debéis creer que este término de Poniente que vengo utilizando signifique que estas regiones formen parte de ningún territorio llamado Poniente. Sino que, como hemos dejado las tierras que están situadas entre Levante y el Viento Griego, decimos que éstos son países del Poniente por cuanto viajemos hacia el ocaso del sol.

Sus habitantes son todos idólatras y súbditos del Gran Señor. Hay allí muchas ciudades y pueblos, y la capital de la provincia también se llama Gaindú. En un lago de esta región se pueden encontrar muchas perlas de color

blanco, mas no son redondas sino que forman una especie de nudos, pues parece como si en una de ellas hubiese cuatro o cinco o seis, arracimadas. El Gran Khan no permite recoger estas perlas, pues si todos los que las quieren las cogiesen a placer se empobrecería su valor, hasta no valer nada. Mas cuando el Gran Khan, su Señor, quiere alguna de estas perlas, las manda pescar, retirando unas pocas para él solo. Y ninguna persona puede tocarlas sin pagarlo con la vida. También hay allí una montaña donde se pueden encontrar unas piedras hermosísimas llamadas turquesas. Tienen gran cantidad de estas joyas, mas tampoco permite el Gran

Señor que las cojan, si no es por orden suya.

En esta misma provincia reina una costumbre referente a sus mujeres, tal como ahora os diré. No les parece mal que un extranjero deshonne a sus esposas y a sus hijas, a sus hermanas o a las demás mujeres que viven en sus casas. Muy al contrario, les parece un gran honor que los forasteros se acuesten con ellas; y dicen que, en consecuencia de su hospitalidad, su dios y sus ídolos les serán favorables, colmándoles de bienes temporales en gran abundancia. Ésta es la razón por la que entregan con tanta generosidad sus mujeres a los extranjeros. Pues habéis de saber que

cuando algún hombre de los que viven en estas tierras ve que un forastero viene a alojarse en su casa o quiere entrar en ella, aunque no desee hospedarse allí, se considera feliz y afortunado al poder acogerlo. Y después, sin tardanza, ordena a su mujer que haga escrupulosamente cuanto le pida su huésped; y, encaminándose hacia sus campos o sus viñas, no vuelve mientras el extranjero permanece en su casa. Así éste puede quedarse cuanto tiempo quiera, tres o cuatro días o más, retozando en la cama del otro idiota. Una vez que el dueño de la casa ha partido, el extranjero fija una señal para que sepa que está allí dentro, colgando

su sombrero o cualquier otra cosa en la ventana o en la puerta del patio. Y el muy bobo del marido mientras vea este signo no osará volver, por miedo a estropear su buena ventura. Y no importa cuál o cuáles de sus mujeres, esposa, hijas, hermanas o toda la banda se entreguen a estos placeres, pues cree que, por la buena acción con la que obsequian al forastero, sus dioses y sus ídolos multiplicarán sus rebaños, sus cosechas y sus frutos.

Cuando el huésped se marcha vuelve el amo, y encuentra a todos los de su casa llenos de esperanza y alegría; pide a las mujeres que le cuenten todo cuanto han hecho con el extranjero; y todos a

una dan gracias a sus dioses. Esto es lo que hacen en la provincia de Gaiindú, y no les parece vergonzoso; y aunque el Gran Khan les tiene prohibida esta práctica ellos no la abandonan; pues todos son partidarios de seguir con su costumbre y por ello no se descubren unos a otros. Los que viven en algún pueblo situado en regiones montañosas y de difícil acceso se acercan al camino y ofrecen sus hermosas mujeres a los que pasan. Los mercaderes regalan a la mujer algún trocito de cualquier paño malo y de poco valor, como media vara o aún menos, o cualquier otra chuchería. Y, tras gozar de la mujer, el mercader vuelve a subir a su caballo y se aleja.

Mas el matrimonio, ambos entre grandes risas, le gritan:

—¿Adónde crees que vas? ¿Puedes enseñarnos lo que te llevas? ¡Muéstranos si puedes, estúpido, lo que nos has sacado! ¡Mira en cambio lo que te has dejado aquí!

Señalan entonces la prenda que les ha dejado y dicen:

—¡Tenemos lo que es tu yo, imbécil, y tú en cambio no te llevas nada!

Así se burlan de él, pues ésta es su costumbre que observan fielmente.

En cuanto al dinero que utilizan en esta provincia, habéis de saber que tiene oro en barras y lo valoran según el peso, dividiéndolo en *saggi*; usan el oro para

los pagos fuertes, pues no tienen moneda fraccionaria acuñada. Y para los pequeños pagos toman agua salada y la hacen hervir en una jofaina; y después de hervirla durante una hora se va espesando, hasta que queda como pasta; la echan entonces en un molde y hacen con ella unos panes similares a una hogaza de dos dinares, plana por abajo y redonda por arriba, de un tamaño que puede pesar, más o menos, media libra. Tras hacer estos panes los colocan sobre unas piedras muy calientes que tienen junto al fuego, y así los secan y se ponen duros. Ésta es su moneda, grabando sobre ella el sello del Gran Señor; y sólo la pueden fabricar los funcionarios

del Gran Khan. Algunos panes pesan más de una libra, otros media, y así más o menos según su tamaño y su peso en *saggi*. Ochenta de estos panes de sal valen por un *saggio* de oro fino. Esto es lo que usan como moneda corriente; y con ella los mercaderes se dirigen al encuentro de los que viven en las más aisladas montañas, que son muy poco frecuentadas; y aquellos montañeses les dan un *saggio* de oro a cambio de sesenta, cincuenta o incluso cuarenta de estas monedas de sal, según que el lugar sea más o menos salvaje, más o menos alejado de las ciudades y de las gentes civilizadas; pues como no pueden vender su oro o sus demás bienes, el

almizcle entre otros, siempre que lo desean, ya que no tienen a quién vendérselo, lo ceden muy barato; porque cogen mucho oro de los lagos y ríos, tal como antes dije. Y a cualquier sitio que van los comerciantes, por las montañas y localidades del Tíbet, todos utilizan las mismas monedas de sal; con lo que los mercaderes logran grandes ganancias y beneficios; en cuanto a aquellas gentes, utilizan esta sal para sazonar sus alimentos; y así, compran de ésta cuanto necesitan. En cambio en las ciudades sólo usan para su alimentación trozos de estas monedas, y las que están enteras las utilizan para el comercio.

Hay allí gran cantidad de bichas

almizcleras; y los cazadores, atrapándolas, juntan grandes cantidades de almizcle. Hay también muchos y muy buenos peces que se pescan en el mismo lago donde se encuentran las perlas. Y hay también leones, linceos, osos, gamos y corzos en gran cantidad; y mucha abundancia de aves de todas las especies. No tienen vino de uva, pero lo hacen de trigo candéal y de arroz, mezclándolo con muchas especias; y logran así una bebida muy buena y de muy buen sabor. Crece en esta región mucho clavo, que es una especia producida por un arbusto de hojas semejantes a las del laurel, aunque un poco más largas y más estrechas. Sus

flores son muy blancas y pequeñas, mas toman un color negruzco cuando maduran. Tienen también mucho jengibre, canela y otras especias, muchas de las cuales son desconocidas en nuestras tierras, por lo que no tiene sentido mencionarlas.

Saliendo de Gaindú y cabalgando diez jornadas hay que pasar por bastantes aldeas y pueblos cuyos habitantes observan las mismas costumbres que los de Gaindú; y tienen abundante caza, de aves y de todo tipo de animales. Tras avanzar estas diez jornadas se llega a un río llamado Bríus, donde termina la provincia de Gaindú; hay en él polvo de oro en grandes

cantidades y crece mucha canela en sus bordes, llegando su corriente hasta el mar Océano. Mas dejando ahora este río, del que ya no hay nada más que sea digno de contar, hablaremos de otra provincia que se llama Caragián.

*Donde trata de la gran provincia de
Caragián*

Atravesando este río se entra en la provincia de Caragián, tan extensa que encierra en su interior siete reinos; está orientada hacia Poniente, y sus habitantes son idólatras y súbditos del Gran Khan. Mas su rey es un hijo del

Gran Señor llamado Esentemur, que es un soberano grande, rico y muy poderoso y que mantiene sus territorios con mucha justicia; pues es hombre sabio y prudente. Dejando atrás este río que antes dije hay que avanzar cinco jornadas en dirección a Poniente cruzando por muchos pueblos y ciudades donde se crían magníficos caballos. Sus habitantes viven de los rebaños y del producto de la tierra, y tienen un idioma propio, muy difícil de comprender.

Al final de las cinco jornadas se llega a la capital llamada Iací, que es muy grande y noble; viven allí muchos mercaderes y artesanos. Sus habitantes son de todo tipo, pues mientras unos

adoran a Mahoma otros son idólatras y cristianos nestorianos. El país es muy fértil en trigo y en arroz, mas muy insano. Y sus gentes no comen pan de trigo candeal, pues en esta región dicen que no es bueno para la salud. Comen en cambio arroz, y hacen con él un licor muy especiado, muy bueno y de un color muy claro, que embriaga a quien lo bebe tal como hace el vino. Ésta es su moneda: pagan en porcelana blanca, con unas conchas que sacan del mar y que llevan al cuello como adorno, poniéndolas también en los collares de sus perros; cada ochenta porcelanas valen un *saggio* de plata, es decir dos doblones venecianos. Y cada ocho *saggi*

de plata equivalen a un *saggio* de oro fino. Tienen muchos pozos de aguas salobres de los que extraen sal en grandes cantidades y toda esta comarca vive de la sal, de la que el rey obtiene muchos ingresos y beneficios.

Además no les importa si uno de ellos yace con la mujer de otro con tal de que esto ocurra por voluntad de la mujer; en este caso no le dan importancia; mas, si fue forzada, lo consideran un gran delito.

Tienen un lago con más de siete millas de circunferencia donde se pueden pescar enormes cantidades de peces, que son los mejores del mundo, todos muy grandes y muy variados.

También habéis de saber que sus habitantes comen cruda la carne de las aves, los terneros, los bueyes, y los búfalos; los más pobres de entre ellos van a la carnicería y, cogiendo el hígado crudo según sale del animal, lo trinchan muy fino; y añadiendo sal y salsa de ajo se lo comen; lo mismo hacen con las restantes carnes. En cuanto a sus gentilhombres, también comen carne cruda, pero la desmenuzan mucho más; y añadiéndole salsa de ajo, mezclada con muchas y exquisitas especias, se la comen con tanto gusto como nosotros la tomamos cocida.

Y por ahora hemos de seguir hablando de la provincia de Caragián.

*Donde sigue hablando de la provincia
de Caragián*

Dejando la ciudad de Iací y cabalgando diez jornadas en dirección a Poniente, siempre a través de la provincia de Caragián, se llega a otra capital de esta gran región que también se llama Caragián. Sus habitantes son idólatras y súbditos del Gran Kan.

Cogacín, otro hijo del Gran Khan, es su rey. En su tierra hay muchísimo polvo de oro que cogen en sus ríos; y también lo sacan de sus lagos y montañas, aunque no en forma de polvo sino algo

más grueso. Tienen tanto oro que, aunque parezca increíble, dan un *saggio* de oro por cada seis de plata. Utilizan también como moneda las porcelanas de las que antes os hablé, aunque no son del país sino que se las traen los mercaderes de la India.

En esta región hay grandes culebras y enormes serpientes, tan desmesuradas que parece increíble; y son muy repugnantes a la vista. Ahora os diré cómo son de grandes y gruesas, pues habéis de saber con toda verdad que algunas miden hasta diez pasos de largo; y son gruesas como toneles, pues tienen diez palmos de circunferencia. Éstas son las más grandes. Tienen dos cortas patas

delanteras junto a la cabeza, mas carecen de pezuñas aunque tienen tres garras, dos pequeñas y otra más grande, aceradas como las de los halcones o las del león. Tienen la cabeza enorme y los ojos muy relucientes y mayores que una hogaza de cuatro dinares; sus fauces son tan vastas que pueden tragarse a un hombre de una sola vez, y están provistas de enormes y agudos dientes. Son tan espantosamente repulsivas, enormes, y feroces, que no hay nadie en el mundo, ni hombre ni mujer ni animal alguno, que no tema llegarse a su cercanía y al que no causen horror. Mas hay otras más pequeñas que tienen ocho pasos de longitud, seis, cinco, o menos.

Ahora veréis cómo hacen para cazarlas. Estos monstruos permanecen todo el día bajo tierra a causa del calor, y salen durante la noche para alimentarse; van cogiendo todos los animales que se ponen a su alcance, leones, lobos y otros muchos sin distinción, y los devoran de un bocado. En cuanto están llenos se arrastran hasta los ríos, lagos y fuentes, para abreviar. Son tan grandes y pesados que, cuando se arrastran sobre la arena para comer o beber —siempre de noche—, dejan una huella tan profunda que parece como si hubieran arrastrado rodando un tonel lleno de vino. Los cazadores que se dedican a cogerlos tienen esto muy en

cuenta, y tienden sus trampas en el camino por donde el monstruo acostumbra ir hacia el agua, pues saben que siempre pasa por el mismo sitio. Entonces fijan en tierra, sólidamente, una pica de madera gruesa y fuerte, justo en el camino por donde baja la bestia, preferentemente en algún lugar que tenga pendiente; y colocan la pica de forma que el animal no pueda verla, en su extremo incrustan un hierro, como el de una navaja o el de una lanza, de algo más de un palmo de longitud; y lo cubren de arena con mucho cuidado para que la culebra no lo vea. Así, en el mismo lugar, plantan los cazadores gran número de estas estacas y hierros; y cuando la

culebra, es decir la serpiente, viene bajando para beber en el río precisamente por el lugar donde está la trampa, casi en volandas a causa de la gran pendiente, se lanza contra los hierros con tal fuerza que estos le atraviesan el pecho y se lo abren en canal hasta el ombligo; de modo que el animal muere al instante. Al verlo muerto, los pájaros lanzan muchos gritos; y al saber de esta forma que la serpiente ha muerto, el cazador se acerca a recogerla; pues sin oír esta señal no se atrevería a salir. Buscando la sangre, sigue el reguero y encuentra el cadáver. Así es como los cazadores las atrapan.

Una vez junto al monstruo lo abren de inmediato; y, sacándole la hiel que tiene en el vientre, la venden muy cara. Pues es muy apreciada, ya que de ella se hace una extraordinaria medicina que posee, entre otras, tres importantes virtudes. La primera de ellas es que si un hombre sufre la mordedura de un perro rabioso, dándole a beber un poco de esta medicina, más o menos el peso de un diñar pequeño, mezclada con el vino, de inmediato se cura. La segunda es que si una dama no logra dar a luz y grita mucho, con grandes sufrimientos, dándole a beber un poco de esta hiel de serpiente, de inmediato, según termina de beberla, libre de dolores consigue

parir. La tercera es que cuando a alguien le brota una erupción, un forúnculo o algo similar que crezca sobre el cuerpo, poniendo encima un poco de la hiel de esta serpiente se cura en pocos días. Ésta es la razón por la que aprecian tanto esta hiel en aquella provincia; y aún tengo que añadir que la carne del animal también se vende muy cara, pues es muy buena y sabrosa y la comen con gusto.

Para terminar habéis de saber que estas serpientes, cuando están hambrientas, van a las madrigueras donde los lobos, los osos, los leones, y las demás grandes fieras salvajes tienen sus crías, y se las comen, grandes y

pequeñas, sin que sus padres y madres puedan defenderlas. Pues si logran alcanzarlos devoran también a los adultos; y por eso nunca intentan luchar contra ellas.

Habéis de saber también que en esta provincia se crían unos grandes caballos que luego llevan a vender a la India. Y tienen por costumbre extirparles dos o tres huesos de la cola, para que no puedan moverla ni levantarla cuando corren, ni golpear con ella a su jinete; pues les parece una cosa de pésimo gusto el que un caballo balancee la cola mientras galopa. Aquellas gentes cabalgan con los estribos muy bajos, como hacen entre nosotros los franceses.

Por eso les llaman *largos*, pues los tártaros y los demás pueblos llevan el estribo alto para poder disparar bien con sus arcos; y así, cuando los tensan, pueden ponerse en pie sobre el caballo. Usan armaduras cubiertas de cuero de búfalo hervido; y tienen lanzas y escudos, y unas ballestas cuyas puntas envenenan.

He de decir también que todos ellos, hombres y mujeres, sobre todo los que piensan en hacer algún daño, llevan siempre consigo algún veneno; y si por desgracia prenden a uno de ellos por algo que haya hecho, cuando los van a torturar, antes de soportar el dolor del látigo, se ponen el veneno en la boca y

lo tragan, para morir cuanto antes. Mas el gobierno, que sabe esto, tiene siempre a punto boñigas de perro; y si uno de ellos, al detenerlo, logra tragarse su veneno, le obligan a comer excremento de perro para que vomite; con lo que el gobierno ha encontrado un magnífico remedio contra la astucia de estos malhechores, aplicándolo a menudo.

Aún tengo algo que añadir, que es cosa horrible y vergonzosa que hacían antes de que el Gran Khan los conquistara. Si por azar algún hombre de buena ley y aspecto venía a alojarse en la casa de un habitante de esta región, por la noche, mediante veneno o de cualquier otra forma, lo hacían morir.

Mas no creáis que lo hacían para robarle el dinero o porque lo odiasen, sino porque creían que así el alma del noble extranjero nunca abandonaría aquella casa; y decían que su buena sombra y augurio permanecerían allí, protegiéndoles después de su muerte y trayéndoles todo tipo de venturas. Por esto todos se consideraban afortunados si lograban de este modo atrapar el alma de alguno; y cuanto más noble fuera y de mejor aspecto, más felices y afortunados habían de ser en todos sus negocios. Antes de que el Gran Khan los conquistara mataban así a muchos; mas después de la conquista, hace unos treinta y cinco años, consiguió

arrancarles esta maldita costumbre; y, gracias a los terribles castigos que les impuso, ya no cometen esta infamia, pues temen al Gran Señor que no se lo permite.



MARCO POLO (Venecia, c. 15 de septiembre de 1254-ibídem, 8/9 de enero de 1324) fue un mercader y viajero veneciano, célebre por los relatos que se le atribuyen de viaje al Asia Oriental, manuscritos por Rustichello de Pisa con el título original de *Il Milione*, y conocido en español

como Los viajes de Marco Polo, relato que dio a conocer en la Europa medieval las tierras y civilizaciones del Asia central y China.

Existen discrepancias entre los historiadores sobre el hecho de que Marco Polo haya realizado efectivamente los viajes que se le atribuyen, en particular aquellos que lo ubican en Mongolia y China, de los que proviene su celebridad.

Según los relatos Marco Polo nació y aprendió a comerciar en Venecia mientras su padre Niccolò y su tío Maffeo, viajaban por Asia donde habrían conocido al Kublai Kan. En

1269 ambos regresaron a Venecia y vieron por primera vez a Marco, llevándolo con ellos —según los relatos— en un nuevo viaje comercial a Asia, en el que habrían visitado Armenia, Persia y Afganistán, recorriendo toda la Ruta de la Seda, hasta llegar a Mongolia y China. Las narraciones afirman que Marco Polo permaneció más de 20 años al servicio del Kublai Kan, emperador de Mongolia y China, llegando a ser gobernador durante tres años de la ciudad china de Yangzhou y volviendo a Venecia en 1295.

En 1295 Venecia estaba en guerra con su rival, la República de Génova. En el

transcurso del conflicto Marco fue capturado y encarcelado por los genoveses. Fue en esa situación que en 1298, durante su período en la cárcel, conoció al escritor Rustichello de Pisa, a quien relató sus fabulosos viajes, que fueron el tema del libro conocido en principio como *Le divisament du monde, Livre des merveilles du monde*, o *Il Milione*. Fue liberado en 1299, Marco Polo se convirtió en un rico mercader y miembro del Gran Consejo de la República de Venecia. Murió en 1324 y lo enterraron en la iglesia de San Lorenzo de su ciudad. El relato de sus viajes, inspiró, entre otros, a Cristóbal Colón que poseía un ejemplar del libro

cuidadosamente anotado.

Notas

[1] Mangostas. [*N. del T.*] <<

[2] Cambaluc es «la ciudad del Khan», es decir Pekín, que era la principal de sus capitales. Conquistada por Gengis en 1215, Kublai había trasladado allí en 1264, desde Caracorum, la capitalidad de su imperio. *[N. del T.]* <<

[3] Sobrenombre mongol de Buda. [N.
del T.] <<

[4] Es evidente que se refiere a los tigres. *[N. del T.]* <<

[5] Se refiere al carbón mineral. Además destaca el veneciano que tiene más calorías que la madera o el carbón vegetal. Marco Polo lo trajo a Europa, logrando la admiración de sus contemporáneos. *[N. del T.] <<*